

LA INVASIÓN DEL PUEBLO DEL ESPÍRITU

JUAN PABLO VILLALOBOS



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: febrero de 2020

© imagen de cubierta, Julio César Pérez

© Juan Pablo Villalobos. Publicado por acuerdo con Literary Agency Michael Gaeb, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4122-0

Este libro se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte 2016-2019

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

Para mis padres
Para mis hijos

Estamos solos.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

No estamos solos.

FOX MULDER

1

Esta es la historia de Gastón y de su mejor amigo, Max; es, además, la historia de Gato, el perro de Gastón, y de Pol, el hijo de Max. Hay muchos más personajes en esta historia, pero nosotros siempre vamos a acompañar a Gastón, como si flotáramos detrás de él y pudiéramos acceder a sus sentimientos, a sus sensaciones, al flujo de su pensamiento. Somos unos entrometidos, en realidad, por lo que tendremos que ser cautelosos o podría echarnos de su lado y acabar con nuestro plan. Nuestro plan es llegar a la última página de este libro (que nadie imagine una conspiración), por eso tenemos que seguir a Gastón, en el presente, hasta llegar al final. El presente está aquí, mientras escribimos aquí y leemos aquí. Aquí. También el lugar, la ciudad en la que se desarrolla la historia, está aquí. En esta página, no hace falta buscarla más allá. Al fin y al cabo, el tiempo y el espacio son lo mismo. Nuestro lugar es el tiempo en el que transcurrimos; el presente es nuestro lugar de residencia. El pasado lo iremos entendiendo sobre la marcha, porque es la conexión entre el presente y el futuro. El pasado será el dedo que hará avanzar las páginas de este libro.

Demos la vuelta a la página: el futuro está ahí.

2

Están solos en el restaurante vacío, trece mil ochocientos millones de años después del nacimiento de nuestro Universo, viendo un partido del equipo de la ciudad, el equipo donde juega el mejor futbolista de la Tierra, y tomando una segunda cerveza en la barra; Gastón del lado de los clientes, con Gato echado a sus pies, dormitando, y Max del lado del barman. Es una barra de madera rústica, pintada de verde, que intenta imitar a las de la tierra natal de Max, aunque los pimientos que la decoran recuerdan más a los de oriente próximo; de hecho, el carpintero que contrató Max era proximoriental, y resultó un buen carpintero, eficaz y cumplidor, pero un fracaso con el folclor forastero. La persiana de metal de la entrada está echada y hay un letrero de «Cerrado por vacaciones» con el que Max pretende ahorrarse explicaciones a clientes y vecinos.

—¿Y si compramos el local? —le pregunta Gastón a Max.

Ese es Max, o lo que queda de él, si hacemos caso a lo que siente al verlo Gastón. Max con los hombros abatidos y la mirada permanentemente agachada desde que descubrió en su teléfono el videojuego de los caramelos multicolores. Está pasando una mala época, Max; primero su hijo tuvo que irse a vivir lejos por el trabajo y luego perdió el restaurante, a traición. El dueño del local lo vendió a sus espaldas, aprovechando el vencimiento del contrato de alquiler y sin darle oportunidad de negociar. Desde entonces, Max se ha encerrado en el edificio donde están el restaurante y su hogar; lo que fue una solución práctica hace años, vivir en el mismo edificio en el que el local del restaurante ocupa la planta baja, ahora favorece su rutina de enclaustramiento. Baja por la escalera desde la cuarta planta en la mañana, se pasa el día en el restaurante sin hacer nada y sube de vuelta al terminar (y como no hacer nada es una actividad que es fácil que se extienda sin control, suele volver muy tarde, la mayoría de las veces por la madrugada). Le quedan unos cuantos días para entregar el local y lo único que ha hecho, la única decisión que ha tomado, es no volver a abrirlo a los clientes.

Huele a aceite frito de girasol, rancio, al aceite renovado y recalentado en el que quizá perdure una billonésima de litro del aceite originario al que Max arrojó triángulos de tortilla de maíz por primera vez hace casi treinta años para preparar un plato de nachos con salsa de aguacate. Todas las televisiones están encendidas, también la pantalla gigante del comedor, porque hay un sistema que las controla en conjunto. Seguramente es posible ponerlas a funcionar de manera independiente, pero habría que investigar cómo, preguntárselo al técnico que hizo la instalación, o tratar de recordarlo, y esa es una de las muchas cosas que Max tendría que hacer y que sigue posponiendo, como si no tuviera una fecha límite, una línea muerta en el calendario, el último día del mes. El volumen está silenciado; hacen falta las estridencias del locutor, su letanía en la lengua aborigen, y el barullo de los clientes que bebían de pie, apretujados alrededor de la

barra, para que sea una noche cualquiera.

—No tengo dinero —responde Max.

—Yo tengo ahorros —dice Gastón—, podríamos asociarnos.

—Estoy cansado —replica Max, sin levantar la cabeza, mirando la pantalla del teléfono en lugar del partido—, no quiero hablar de eso.

Gastón sabe que cuando Max dice que está cansado se refiere a que ha descartado de antemano esa y otras opciones. Los precios de los alquileres en el barrio han subido tanto que lo obligarían a facturar casi el doble en un local nuevo; podría mudarse a una ubicación más económica, aunque perdería a su clientela habitual y tendría que comenzar de cero, algo que le resulta aberrante a su edad (Max tiene cincuenta y cinco años, uno menos que Gastón).

Las pantallas muestran que el mejor futbolista de la Tierra ha parado de correr. Está inclinado hacia el frente, con las manos en las rodillas, escupiendo o quizá vomitando. El partido continúa, aunque las cámaras se quedan ahí, como si la pelota fuera un accesorio o el objetivo del juego fuera sufrir una indisposición.

—¿Qué le pasará? —pregunta Gastón, al aire, a un interlocutor que no está afuera de su cabeza, a sí mismo, a esta página, a nosotros.

Toma el control remoto y activa el sonido para escuchar al comentarista decir que en la tierra donde nació el mejor futbolista de la Tierra afirman que tiene miedo, ataques de ansiedad, y que por eso es incapaz de ganar el Mundial para los suyos. Mientras tanto, el equipo de la ciudad pasea la pelota de un lado para otro, mareando a los contrincantes, esperando a que el héroe recupere la compostura. Gastón vuelve a silenciar la transmisión. De pronto, Max sale de su aturdimiento, asoma la cabeza hacia el otro lado de la barra y le ofrece nachos al perro. Gato agacha las orejas y los ojos se le llenan de lágrimas; es el mismo gesto que hace cuando vomita en el sofá o en la cama de Gastón. Suponemos que quiere decir que sí, pero es un perro. Un perro con dolores. La semana pasada, Gastón lo llevó al veterinario, luego de descubrirle un bulto en el pecho. Era una masa de células anormal, maligna, que ya se había propagado por todo el cuerpo.

—¿Cuándo empieza el tratamiento? —pregunta Max, mientras mete la mano a una bolsa gigante de nachos; da la vuelta a la barra en cámara lenta, se agacha para depositar el puñado de tortillas fritas en el suelo, frente al hocico del perro, y le da un beso en la coronilla.

Gastón le responde con un insulto que nos sobresalta, un insulto en el que menciona a la madre de Max, o no exactamente a su madre, en realidad; es uno de esos insultos retóricos tan comunes en la tierra natal de Max y que Gastón ha adoptado como propio después de tantos años de convivencia.

¿Será Gastón un tipo irascible?, ¿otro de esos energúmenos que abundan en la historia de la literatura? Esperemos que no. Estamos cansados de historias de resentidos, estamos hartos de enaltecer el rencor y las frustraciones. No, calma; ahora entendemos lo que pasa: al equipo de la ciudad acaban de marcarle una anotación.

3

Se dice que los lejanorientales han ido comprándolo todo en el barrio. Los cafés, los bares, los restaurantes, comercios anticuados como mercerías o ultramarinos que transforman en bazares. Gastón interroga a Yu, el lejanoriental del bazar de la esquina del restaurante (Max se ha negado a contarle los detalles). Pero esta vez no se trata de lejanorientales, nos hemos precipitado; son del oriente, pero no del lejano oriente, sino del próximo.

—Los mismos que abrieron la frutería nueva, a la vuelta —explica Yu, haciendo un esfuerzo sobrehumano para pronunciar las erres de la palabra frutería.

Gastón se encamina hacia allá. Pero tampoco son del oriente próximo; son nororientales.

4

El nororiental de la frutería insiste en que Gastón se identifique apropiadamente si quiere hablar de negocios; necesita saber de dónde procede y a qué se dedica para poner a funcionar los códigos de confianza, o desconfianza, territorial y gremial. No es fácil determinar de dónde procede Gastón; la piel más tostada que la de los peninsulares, los pómulos anchos, los ojos casi grises, la abundancia de pelos en las orejas, que más que una característica fenotípica es una señal licantrópica de avejentamiento, producen un efecto visual singular, inmune a la clasificación. Tampoco ayuda su manera de hablar, el acento extraño con el que entona la lengua colonizadora después de tantos años de vivir aquí, más de treinta, el vocabulario en el que mezcla su léxico folclórico con el de la Península, el de Max y con expresiones traídas de la lengua aborigen.

—Soy del Cono Sur —dice Gastón—. Conosureño. Tengo el huerto que está atrás del Parque Histórico.

—¿En la montaña? —pregunta extrañado el nororiental.

—Es tierra muy buena —contesta Gastón—, solo hay que cortar la ladera y asentar terrazas de cultivo. Si quieres venir un día, te lo enseño y nos tomamos una cerveza.

El nororiental le pregunta si es proveedor de las tiendas de la competencia. Están rodeados de cajones de fruta y verdura y a pesar de ello Gastón se siente un intruso, un agricultor en una fábrica de paraguas. La mercancía brilla a la luz de la mañana preprimaveral, demasiado limpia, demasiado colorida, encerada, plastificada. Casi no hay rastros de tierra, tampoco aromas. La etiqueta adherida a cada una de las piezas evidencia miles de kilómetros de transporte por mar o por tierra, desde parcelas inmensas de trabajo semiesclavo en el suroriente o suroccidente de la Tierra.

Gastón le explica que es una parcela pequeña, que sus clientes son restaurantes y particulares, que cosecha hierbas, frutas y verduras exóticas, eso que llaman gourmet o étnico, y que, de hecho, desde hace muchos años cultiva los pimientos con los que Max prepara las salsas para los nachos y los guisados de su tierra natal.

—¿Y eso da para vivir? —pregunta el nororiental.

Es una buena pregunta, propia de quien tiene los conocimientos suficientes de economía para saber que la agricultura solo es negocio conforme crece el volumen de explotación. Gastón le contesta que da lo suficiente para ir tirando, que él solo se basta para cuidar del huerto y que no tiene familia, que tiene pocos gastos; esto, sin embargo, no explica que tenga dinero para comprar el local del restaurante, pero ese parece ser un razonamiento que el nororiental, así, a bote pronto, no hace, o, si lo hace, se lo calla.

En este momento, Gato, que acompaña a Gastón para arriba y para abajo, comienza a gemir y a

retorcerse en el suelo. Estos episodios comenzaron después de la detección de la enfermedad; con toda seguridad, ha sido una coincidencia, aunque sentimos la tentación de atribuirlo a un poder perceptivo del perro, como si el diagnóstico hubiera despertado sus neuronas receptoras del dolor. Gastón se agacha para intentar tranquilizarlo; esta vez, el episodio dura solo unos cuantos segundos, Gato recupera la calma y se mantiene echado en el suelo, temiendo que si se mueve puedan reaparecer los dolores; se queda tan inmóvil que, en lugar de un reflejo conductista, pareciera una superstición. En su lógica perruna de causas y efectos, cuando se echa desaparece el dolor.

—¿Qué le pasa? —pregunta el nororiental.

—Tiene una mutación genética —responde Gastón—, acaban de diagnosticarlo.

De súbito se conmueve, las mejillas le arden y los conductos lacrimales reciben una señal de alerta: son las hormonas de la tristeza. El nororiental se da cuenta.

—No sirve —dice.

Gastón le contesta que no entiende.

—Si es una estrategia de negociación, causar lástima con el perro —explica el nororiental—. No puedo vender. El restaurante es para mi hermano, viene a vivir aquí con su familia y necesitamos la propiedad del local para tramitar el visado.

Le explica que en su tierra natal no hay trabajo ni tierra para trabajar, que la tierra fue devastada en la última guerra de fronteras entre los nororientales del norte y los nororientales del sur, donde murió su esposa, la madre de su hija. Lo dice todo de manera fría, quizá para que Gastón no crea que está subiendo la apuesta en la competencia de la conmiseración; luego gira la cabeza hacia atrás, hacia el umbral de la trastienda, en el que aparece una niña pequeña, como demostrando que el nororiental no miente. Debe tener tres o cuatro años, más bien tres cumplidos hace poco, porque si fuera mayor tendría que estar en la escuela en ese horario, y se acerca arrastrando los pies, luchando contra su timidez, hasta el lugar donde está echado Gato. Le dice algo a su padre en una lengua que no comprendemos.

—Quiere saber el nombre del perro —dice el nororiental.

Gastón contesta, lo repite tres veces, separando las sílabas enfáticamente, suponiendo que así hay más probabilidades de que la niña pueda entenderlo. El nororiental parece confundido, por la contradicción del nombre del perro, pero no dice nada, quizá porque cree que ha entendido mal (esta suposición es nuestra). La niña, en cambio, no vería ninguna contradicción; al fin y al cabo fue otro niño, Pol, el hijo de Max, quien le puso el nombre al perro hace muchos años.

—¿Y tú? —pregunta Gastón.

El padre responde que se llama Varushka. La niña se reclina para ver al perro de cerca y dice algo.

—Pregunta si puede acariciarlo —traduce el nororiental.

Gastón le dice que sí, que al perro le gustan mucho los niños. El nororiental cumple su función de intérprete. La nena se sienta en el suelo y pasa suavemente la mano derecha por la cabeza de Gato, una y otra vez, y repite al mismo tiempo, una vez y también otra, una frase corta y dulce, como una cancioncita, como el encantamiento de un hechizo en un cuento infantil.

—Dice que es un lobo muy guapo —traduce el nororiental.

5

Al despertar, Gastón le hace una videollamada a Pol, el hijo de Max. Pol terminó la carrera de biología y, luego de un periodo de inactividad alarmantemente parecido al de los microbios que estudiaba en su tesis, consiguió un puesto en un equipo de científicos que investiga la vida en condiciones extremas. Su trabajo lo obliga a vivir en un lugar helado, lejos, más allá de la línea de congelamiento, en la Tundra, seis horas por delante hacia el oriente del poniente en el que viven Gastón y Max. Parece un trabajo emocionante, y lo es, pero el contrato es solo por un año y su continuidad depende de que el instituto de investigación consiga fondos de financiamiento. El salario de Pol, de hecho, no lo paga la universidad, lo paga un grupo de inversionistas que costea parte del presupuesto del instituto.

—Ni siquiera se levanta a abrirme —le dice Gastón a Pol—. Menos mal que me dio ese juego de llaves para emergencias. Tiene que entregar el local a fin de mes y no ha hecho nada. Hay comida pudriéndose en las neveras.

Intenta analizar la reacción de Pol en la pantalla del teléfono; nosotros miramos por encima de su hombro: más que triste o preocupado, pareciera asustado, aunque quizá sea por otra cosa. O quizá esa expresión no represente ningún estado del espíritu, sino del cuerpo; quizá sea el frío (Pol lleva puesto un abrigo monstruoso). Se parece muy poco a Max, casi nada, si acaso las entradas prematuras en el cráneo, y eso tampoco podemos estar seguros de que lo haya heredado de su padre, porque la calvicie es multigenética. Si Gastón no estuviera hablando con él, difícilmente adivinaríamos que ese es Pol. Pero, sabiéndolo, podemos intentar imaginar a su madre, en comparación con Max: más morena, con la nariz más achatada, los labios más finos y esa dentadura desencajada del maxilar, como si fuera postiza y estuviera a punto de salir disparada a la primera carcajada.

¿Habrà sido así la madre de Pol? No podemos saberlo y en realidad no importa, porque la verdad no radica en la imagen, sino en el proceso de imaginar, en lo que sucede entre la mente y la materia, en cómo contamos esta historia. De hecho, Gastón apenas puede recordarla (Max y ella nunca convivieron como pareja), tan solo la vio unas cuantas veces cuando Pol empezaba la escuela y él le ayudaba a Max con la logística de la custodia compartida, ese entramado de horarios, cambios de ropa, meriendas y mochilas, poco antes de que ella tuviera aquel accidente en la carretera, durante unas vacaciones en su tierra natal, la misma de Max.

Pol está tiritando y, si la conexión fuera mejor, estamos seguros de que podríamos escuchar el castañear de sus dientes.

—¿No tienes calefacción? —le pregunta Gastón.

—Estoy en la universidad —responde Pol—, he salido al pasillo para que nadie nos oiga.

—¿Alguien puede entendernos en la Tundra?

—Aquí hay de todo, hay bastante gente del Cono Sur, unos cuantos de la Península.

—¿Qué temperatura hace hoy?

—¿Ahora? Menos veinticinco.

Según lo que le había contado Pol, podría ser mucho peor: hay días, en esta época del año en que el invierno se aferra y la primavera no tiene prisa, en que el termómetro llega a marcar diez grados menos.

—¿Dónde estás tú? —pregunta Pol—, casi no te veo.

Gastón le responde que está en casa, sentado en la sala, y le pide que espere para encender las luces, porque la Tierra todavía no acaba de girar lo suficiente para sacarlo de la penumbra. Deja el teléfono en la mesa de centro y se levanta, lo que aprovechamos para desviar la mirada de la pantalla del teléfono y echar un vistazo alrededor, a los muebles sólidos, antiguos, pesados, de cuando había madera de verdad, de cuando quedaban bosques y talábamos con despreocupación. Vemos también las cortinas y los manteles vigesimónicos, de poliéster industrial, la vajilla expuesta en la cristalera, con los bordes dorados. Es una vajilla antigua que perteneció a la propietaria de la casa, pero no es una antigüedad; es tan solo una vajilla vieja y descascarillada, como todas las cosas que hay aquí, los vestigios de otra vida que Gastón no tuvo problema en ocupar cuando se mudó, sin hacerlos suyos, sin adaptarlos, como haría un viajante que fuera a pernoctar ahí solo por una noche. Hace muchos años la propietaria tuvo que ser internada en una residencia de ancianos y la familia puso la casa en alquiler; Gastón se instaló ahí como lo habría hecho un hijo si ella los hubiera tenido. La mujer murió hace bastante tiempo y desde entonces la inmobiliaria transfiere el dinero del alquiler a una sobrina que no vive en la ciudad. Hay una habitación, el cuarto que sirve de trastero, la cocina, un baño y ninguna foto, ningún portarretratos, ningún rastro de las cuatro o cinco parejas que ha tenido Gastón, ni de familia o antepasados, como si Gastón hubiera salido de la nada, de ningún lugar, aunque, en realidad, salió del mismo lugar que todos, del útero de una madre (que falleció cuando él era adolescente), de una tierra de la que se sintió expulsado porque siempre le resultó ajena, un error del destino que corrigió marchándose en cuanto le fue posible.

—Hay que hacer algo con tu padre —insiste Gastón, cuando recoge el teléfono, retomando la conversación.

Pol le dice que ya se le pasará, que se aburrirá de estar encerrado, que es el duelo por el restaurante, pero que su padre es un hombre de acción, que no sabe quedarse quieto. Que lleva mucho tiempo trabajando sin parar y que se merece un respiro.

—¿No puedes venir? —le pregunta Gastón a Pol—, eso seguramente lo animaría, te echa mucho de menos.

—Ahora no —contesta Pol—, justo ahora no. Estamos atrás de algo muy gordo. No puedo contarte, hay cláusulas de confidencialidad, ya sabes cómo es esto. Pero iré en cuanto pueda; lo prometo.

Gastón lo observa en la pantalla desviar la mirada hacia uno de los costados, lo escucha decir algo en una lengua que no comprendemos.

—Tengo que irme —dice Pol.

Hace una pausa para suavizar la despedida, para no parecer descortés.

—¿Cómo está Gato? —dice.

—Me pregunta por ti todos los días —contesta Gastón, para no tener que hablar de la salud del perro.

—Dale un beso de mi parte —dice Pol—. Y cuida por favor a papá. Yo estaré al pendiente.

Hace un gesto de despedida con la mano enguantada que tiene libre y antes de interrumpir la llamada se acuerda de algo. Le pregunta si está al tanto de lo del abuelo, lo que sorprende a Gastón, no solo por el súbito giro de la conversación, sino porque se trata de un tema del que no suelen hablar. Gastón y el padre de Max solo han convivido en las ocasionales visitas del viejo, que vive en la dirección temporal y espacial contraria, nueve horas atrás de Gastón y de Max, quince horas atrás de Pol, en los límites del poniente del oeste, en la Península de una de las antiguas Colonias. Han sido pocas visitas, cuatro o cinco en los treinta años que tiene de conocer a Max.

—¿Pasa algo? —pregunta Gastón.

—¿Mi papá no te ha contado? —responde Pol.

Gastón imagina que será un problema de salud; el abuelo de Pol no es tan grande, tendrá poco más de setenta, pero es una edad de noticias definitivas.

—¿Está enfermo? —pregunta Gastón.

—No, no es eso, que te lo explique papá —responde Pol, y corta.

6

Gastón prefiere no preguntárselo a Max, pero basta una simple búsqueda en la red para darles sentido a las palabras de Pol. Los periódicos de aquella Península, la del abuelo de Pol en las antiguas Colonias, hablan de una comisión para investigar las cuentas del consistorio en el que el padre de Max fue secretario de obras públicas en el gobierno pasado. Las últimas noticias informan que se encuentra en paradero desconocido. Se especula que podría haber aprovechado que sus antepasados eran peninsulares, de la Península colonizadora, para atravesar fronteras con ese pasaporte sin ser identificado.

Max es el hijo mayor de una serie que, según calcula Gastón ahora, sin estar seguro, debe sumar alrededor de la decena, entre legítimos y alternativos (Max inaugura la segunda lista). Fue concebido cuando sus padres eran aún unos adolescentes; es lo que llamaríamos «un pecado de juventud», si esta fuera una novela romántica, pero aquí diremos que fue el producto de una acción imprudente por sobredosis de hormonas de la felicidad.

Poco después de conocerse, en una de aquellas noches de fiesta de los primeros tiempos en la ciudad, Max le preguntó a Gastón que él de qué estaba huyendo. Dicho así, sonaba a una exageración; ya no era la época de los exiliados de las dictaduras de las antiguas Colonias del lejano oeste, la gente ahora se trasladaba por motivos profesionales o familiares, por necesidad económica o por el anhelo de una vida mejor (este «ahora» se refiere al tiempo de aquella conversación, hace treinta años). O, como Gastón intentó explicarle a Max, por un sentimiento de inadecuación, de incompatibilidad; por la certeza de no pertenecer a la tierra donde se nació.

—Todos estamos huyendo de alguien —escuchamos que Gastón recuerda que dice Max.

No era el momento ni el lugar apropiados para las explicaciones filosóficas de Gastón, sus balbuceos alcohólicos sobre cómo poner distancia con la tierra natal era la condición de la libertad, su perorata del traslado territorial como un renacimiento, como una oportunidad de destruir la identidad pasada, de ser alguien nuevo o de no volver a ser nunca nadie en particular.

—Estamos diciendo lo mismo —escuchamos a Max en el recuerdo de Gastón—. Todos estamos huyendo de papá.

—Pero mi padre ya había muerto cuando yo decidí venirme —recuerda Gastón.

—Peor —dice Max en el recuerdo—, entonces has venido a buscarlo.

7

En la recepción de la clínica, luego de que el veterinario interpretara los resultados de los análisis, luego de que acabara con las esperanzas de Gastón y de que le advirtiera que no debería prolongar innecesariamente el sufrimiento del perro, le entregan un sobre con documentos. Es el diagnóstico del caso, las radiografías, las recetas médicas, las instrucciones. Los papeles pesan en las manos de Gastón como una condena.

El recepcionista está esperando a que Gastón elija la fecha en que traerá a Gato para cumplir el procedimiento. Esas fueron las palabras que usó el veterinario y que ahora repite el recepcionista. Cumplir el procedimiento. ¿Qué tienen que ver, piensa Gastón, esas palabras con la muerte de su compañero?

—¿Le parece bien pasado mañana? —insiste el recepcionista.

Gastón finge que recibe una llamada, se coloca el teléfono en la oreja derecha, se disculpa con un gesto, tira de la correa con la mano izquierda para arrastrar a Gato y se escapa de la clínica.

8

Acude a la inmobiliaria que le alquila la casa para exponer la situación. Su idea es comprar otro local en los alrededores a un precio equivalente para proponerle al nororiental un intercambio. Lo atiende un agente muy joven, que le resulta familiar, quizá fue compañero de Pol en la primaria o en las clases de fútbol, aunque no está del todo seguro. Viste un traje barato, un uniforme, más bien, un disfraz para disimular la precariedad, y una ridícula corbata verde botella que está obligado a llevar para hacerle juego a la decoración del local y a la imagen corporativa de la empresa.

Hacen una búsqueda pormenorizada en la base de datos, que les toma casi media hora, tras la cual, luego de varios descartes, no hay nada. El agente le explica, para disculparse, lo que Gastón sabe que no quiso decirle desde el inicio, lo que el agente ya sabía y Gastón también, pero su trabajo consiste en simular esas búsquedas, en esperar que un milagro acontezca. El milagro se llama nueva alta en la base de datos de la agencia.

—El mercado está caliente —dice el agente para concluir—. Y peor en esta zona, que está de moda.

—Eso dicen —contesta Gastón, que piensa que parte de la estrategia para calentar más el mercado es, justamente, toda la pantomima que acaban de representar.

El agente le ofrece a Gastón una tarjeta de presentación, un folleto, la revista de la empresa, confirma sus datos y le promete que lo llamará si aparece algo con las características de lo que está buscando. Gastón se levanta y tira de la correa de Gato, pero el agente lo retiene.

—Si un día piensas en vender el huerto, por favor avísame —dice, cambiando de tema—. No sé cómo esté la calificación del terreno, pero eso es oro puro.

Gastón confirma que el agente sí es amigo, o cuando menos conocido, de Pol. Asiente con la cabeza como respuesta, sin más. No se ofende por la intromisión ni se cree obligado a responder. Sabe que es lo que todo el mundo supone que tendrá que hacer para poder jubilarse. Recalificar el uso de suelo era una cosa de la que siempre le hablaba Max, el Max anterior, el pragmático, el hombre de acción con los dos pies bien puestos en la tierra.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —insiste el agente.

—Dime —contesta Gastón, que vuelve a intentar recordar cuál es la relación entre el agente y Pol, de dónde lo conoce.

—¿Es tan buen negocio el huerto? —dice el agente—. ¿Tanto como para que tengas ahorros para comprar un local de ese precio, quiero decir? No me lo tomes a mal, es curiosidad. Mis abuelos emigraron del campo, del sur, porque se estaban muriendo de hambre.

—El huerto da lo suyo —responde Gastón—, pero tengo algo de una herencia.

—Me lo imaginaba —contesta el agente.

Se arrepiente al instante de la espontaneidad de la frase, que es ofensiva y produce incomodidad, y se apresura a recoger su teléfono de encima del escritorio.

—¿Viste el video que publicó Pol? —le pregunta, mientras desbloquea el aparato y empieza a deslizar el dedo índice de la mano derecha por la pantalla.

Gastón le dice que no usa redes sociales y aprovecha para preguntarle de dónde conoce a Pol.

—De la Plaza de las Mujeres —dice el agente.

Por eso Gastón no lo recordaba del todo: era una cara más en la coreografía de niños corriendo atrás de la pelota o subidos a una bicicleta. Durante años, todas las tardes, Gastón iba a recoger a Pol a la escuela, a las cinco, con la merienda; Max no podía hacerlo, porque era el horario en el que tenía que alistar el restaurante para la cena. Los lunes y los miércoles lo llevaba al entrenamiento de fútbol. El resto de los días a jugar a la Plaza de las Mujeres Revolucionarias (llamada habitualmente Plaza de las Mujeres, para abreviar), que estaba a mitad de camino entre la escuela y el restaurante. Luego, alrededor de las siete, iba a dejárselo a Max, quien los recibía depositando en la barra una cerveza, un agua de flores de hibisco y un cuenco con nachos y salsa de aguacate.

El agente por fin localiza el video y le entrega el teléfono a Gastón. Vemos a Pol en la nieve, en el hielo, en realidad. Tiene en la mano derecha un teléfono con el que muestra a la cámara, la cámara de otro teléfono que sostendrá alguno de sus colegas, imaginamos, la temperatura que marca una aplicación: menos treinta y dos grados centígrados. Luego la cámara se acerca al rostro de Pol, que aprieta los ojos, fuerte, se va enrojeciendo, hasta que dos lágrimas brotan de cada párpado inferior, van a resbalar, pero se congelan de inmediato. Pol se lleva la mano enguantada a los ojos y trata de quitarse las dos gotas de hielo. Se ríe porque por culpa de los guantes no puede redondear el espectáculo.

9

Gato sufre un nuevo ataque, ahora en la calle, justo cuando Gastón y el perro pasan frente a la vidriera del bazar lejanoriental. Yu presencia la escena desde la caja y sale apresurado para ofrecer ayuda. Los gemidos no tardan en desaparecer, pero Gato no se levanta. Yu pregunta qué le pasa. Sus dos hijos, una niña y un niño de siete y cinco años, calculamos, también han salido de la tienda.

—¿Le duele? —pregunta el niño en la lengua aborígen.

Gastón le contesta que sí, que es un perro mayor, que está enfermo. La niña se sienta en las baldosas de flor de la acera para acompañar a Gato y, cuando acerca la mano para acariciarlo, Yu le grita algo en una lengua que no comprendemos, en una de las numerosas lenguas que se hablan en el lejano oriente. No comprendemos la lengua, pero el sentido del grito de Yu lo podemos especular: que no toque al perro sin pedir permiso; o que no lo toque, sin más, asustado de que Gato pudiera reaccionar mal debido al dolor.

La niña se incorpora y los dos niños se marchan, antes de que Gastón pueda intervenir a su favor y de que advierta que lo que Yu les ha gritado, en realidad, es una orden para que se metan de vuelta a la tienda.

—¿Tiene cura? —le pregunta Yu a Gastón.

Gastón se queda mirando a Gato, como si esa pregunta tampoco la entendiera, como si la tuviéramos que interpretar. Yu le cuenta que cuando era niño tenía un perro que se enfermó y al que tuvieron que adormecer; que lo hizo una adormecedora, que las adormecedoras utilizan la medicina tradicional para aliviar el dolor y adormecer, definitivamente, a los sufrientes. Dice todo esto con otras palabras, usando la lengua colonizadora de una manera que transluce otra estructura del pensamiento. Gastón se repite las palabras en la cabeza, lo escuchamos, imitando la erre muy suave de Yu, que las vuelve todavía más dulces, las aleja más aún del vocabulario técnico, contable, del veterinario. Le pregunta si sabe de alguna adormecedora en la ciudad y Yu enciende un cigarrillo como si el tabaco fuera a ayudarlo a pensar o a recordar, pero menea la cabeza negativamente y dice que eso fue hace mucho tiempo, en su tierra natal. Gastón saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrae una tarjeta de presentación. Tiene su nombre completo, su teléfono, su correo electrónico y la dirección del huerto. Le dice que por favor le avise si sabe de algo o si se le ocurre cómo podría localizar a una adormecedora.

Los dos se quedan en silencio, observando a Gato, su respiración desconfiada. No ha terminado de calmarse y Gastón prefiere aguardar antes de reemprender el camino. Duda si debe aprovechar la situación, que parece propicia, para interrogar a Yu, para pedirle ayuda. Reflexiona en la manera en que debe hacerlo, elige las palabras, antes de abrir la boca. Finalmente se decide

y le pregunta si ellos tienen alguna inmobiliaria que les gestione la compra de locales. Gastón dice «ustedes», que sugiere un uso formal o protocolario en la Península, pero que es el modo común que se utiliza en la mayoría de las antiguas Colonias del lejano oeste.

—¿Nosotros? —contesta Yu—, ¿nosotros quiénes?

Gastón ha caído en su propia trampa. Preocupado por no asociar su consulta al origen de Yu, por no mencionar la tierra del lejano oriente desde la que emigraron Yu, su familia y sus paisanos, los propietarios de los bazares lejanorientales del barrio, ha cometido una ofensa mayor: segregarlo; decir «ustedes» los pone aparte, los separa, los distingue, los agrupa. Yu se da cuenta de que Gastón se ha abochornado. Está sonrojado y su reacción instintiva es pedir perdón, pero no lo hace, porque cree que eso supondría una doble humillación, para él y para Yu. Pero Yu parece divertirse.

—¿Nosotros? —dice de nuevo, esta vez sin intentar disimular su pronunciación, sin esforzarse en articular la erre, transformándola en la ele que marca el estereotipo fonético con el que se espera que los lejanorientales hablen la lengua colonizadora.

Suelta una carcajada que no sabemos si es genuina o sobreactuada, tira el resto del cigarrillo a la acera, palmea el hombro de Gastón y se mete de vuelta al bazar.

10

El padecimiento de Gato tiene un nombre, uno de esos nombres difíciles de pronunciar que suelen tener las enfermedades. Aquí no lo queremos nombrar, como tampoco nombramos otras cosas, algunas porque no tienen importancia, otras porque al negarnos a nombrarlas nos resultan todavía más ominosas.

En la clínica le dijeron a Gastón que Gato no podría realizar grandes esfuerzos, pero que tampoco se resignara a verlo echado, que debía insistir para llevarlo a dar breves paseos. Que la inmovilidad podría provocarle una atrofia muscular definitiva. Atrofia. Ya ensuciamos la página. En fin. Se acabaron los largos paseos al caer la tarde y a primera hora de la mañana, en el intervalo entre las primeras labores del día y el desayuno. Ahora Gastón se limita a lo esencial, a recorrer la distancia que separa el huerto del restaurante de Max, de su casa, del supermercado donde Gastón hace siempre la compra porque no lo obligan a abandonar a Gato amarrado en la entrada.

Nos gustaría entrar en la cabeza de Gato, saber si se da cuenta de lo que le pasa, cómo interpreta lo que le espera, desmentir la creencia que nos confiere superioridad sobre los otros seres vivos que habitan la Tierra; ya puestos, también podríamos registrar el catálogo de olores del barrio, actualizado en cada paseo, pero no seamos charlatanes. Nadie puede entrar en la cabeza de un perro. Nosotros debemos conformarnos con Gastón, con esa responsabilidad tenemos más que suficiente. Se nos dio un poder para escribir esta historia. No abusemos de él.

Gastón busca a la adormecedora en la red; intenta ignorar todo lo que no lo conduzca a su objetivo concreto, un número de teléfono o una dirección de correo electrónico, pero fracasa. Navega en el teléfono a través de páginas que terminan por llevarlo a callejones sin salida. Publicidad de talismanes. Cursos de meditación. Terapias del lejano oriente y del próximo. Desintoxicación mediante hipnosis. Cuando un enlace despliega una advertencia de virus concluye que tendrá que recurrir a métodos más tradicionales.

Llama a uno de los numerosos comercios de productos espirituales de la ciudad y le explica la situación al hombre que le contesta. El hombre tiene una voz maternal, con la que le informa que ahí están especializados en piedras curativas, que lamenta no poder ayudarlo. Gastón llama a otra de las tiendas. La mujer que lo atiende se muestra desconfiada, pregunta si Gastón es de la policía. Luego cuelga, sin dar tiempo a que Gastón intente desmentirla.

La mención de la policía desconcierta a Gastón, aunque se tranquiliza concluyendo que el recelo tendrá que ver con las actividades de ese comercio y no con que su petición sea tan extraña que parezca un delito. El teléfono suena. Es el hombre de la primera tienda. Le dice a Gastón que acaba de ocurrírsele cómo puede resolver su problema.

—Hable a la Asociación de Sanadores Tradicionales de la Península —explica—. Ellos sabrán encaminarlo.

Gastón anota el número que el hombre de la primera tienda le dicta con su voz maternal, se despide dando las gracias por su gentileza y marca de inmediato. El teléfono suena tres veces y luego cae en el buzón de voz. Lo intenta otras veces en las próximas horas, con idéntico resultado. Termina dejando un mensaje escueto, pidiendo que le devuelvan la llamada con urgencia.

Aunque pueda parecer lo contrario, Gastón no cree en filosofías lejanorientales, ni está recurriendo a ellas por una flaqueza del ánimo condicionada por la tragedia. Lo que quiere es acompañar a Gato en estos momentos, no separarse de él y que todo acontezca sin alterar la rutina, en los horarios y lugares familiares para el perro. Quiere que la adormecedora venga al huerto, donde piensa darle sepultura a Gato.

11

El abogado viene a buscar a Gastón al huerto. No ha sido difícil dar con él; la ciudad es grande pero el barrio es como un pueblo, interrogando a dos o tres personas, incluso al azar, se puede localizar a cualquiera. Ha entrado al huerto porque la cancela está siempre entreabierta, pero no ha querido alejarse mucho del sitio donde dejó estacionada la moto. Gastón lo recibe a la defensiva; en general, no le gustan las visitas, menos aún las inesperadas. Hace muchos años, cuando Pol era pequeño, Max solía pasarse por ahí el sábado o el domingo por la mañana, para tomar una cerveza tempranera a la sombra del algarrobo o de la caseta de herramientas. La conversación era agradable, pero había que estar al pendiente de Pol, porque en cuanto se descuidaban se ponía a desenterrar tubérculos. Gastón no va a invitarle una cerveza al abogado, pero al menos lo conduce a la otra sombra del huerto, la del tejado que Gastón ha montado al lado de la entrada para proteger la camioneta de reparto.

—Me dicen que estás interesado en recuperar el restaurante de tu amigo —dice el abogado.

Tiene un fuerte acento de la meseta, o eso le parece a Gastón, que tampoco es que sea experto en las peculiaridades regionales de la Península (ni nosotros). Dice que representa a un grupo de comerciantes y vecinos que se está organizando para hacer frente a la invasión que está sufriendo el barrio.

—Es una invasión —repite—, si no hacemos nada pronto solo quedarán bazares de lejanorientales, colmados de proximorientales y fruterías de nororientales.

Lo dice gesticulando, usando manos y muecas para acentuar lo dramático del asunto. La verdad, es más moreno de lo que debería si quisiera que su discurso tuviera mayor credibilidad. Gastón le explica que, por si no lo sabía, también Max y él llegaron de otro lugar. Y que el restaurante en cuestión servía comida típica de la tierra donde nació su amigo.

—Es diferente —responde el abogado—, tenemos un pasado común, hablamos la misma lengua. ¿De dónde eres tú?

—Soy conosureño —contesta Gastón.

—¿Lo ves? —exclama el abogado—, somos pueblos hermanos, nosotros nunca olvidamos las Colonias. Estamos juntos en esto.

El abogado mira hacia atrás de Gastón, hacia las terrazas del huerto, hacia el horizonte recortado por el algarrobo. Por un segundo, Gastón fantasea con que el árbol estire alguna de sus ramas y tapone la garganta del abogado, haciéndolo callar, pero el algarrobo es de savia dulce; si Gastón hubiera querido un árbol para defender el huerto tendría que haber plantado uno de bayas amargas o un arbusto arisco, un olivo salvaje.

—Mi familia viene del campo —dice el abogado, soñador—, todo esto me recuerda los

veranos de mi infancia. ¿Son cebollas alargadas? —pregunta, apuntando hacia la parcela donde, en efecto, crecen cebollas alargadas.

Luego de que Gastón le responde que sí, el abogado dirige el brazo extendido hacia el cultivo vecino, en el que pueden apreciarse cuatro filas de arbustos con hojas en forma de lanza.

—¿Y ahí? —pregunta, como si fuera un niño en día de excursión escolar.

—Papas de tierra —dice Gastón.

—¿De qué tierra? —replica el abogado.

—Pregúntales a ellas —contesta Gastón—, supongo que te dirán que de esta tierra.

—¿Son de tu tierra? —insiste el abogado, que de pronto parece más interesado.

Le pregunta si esas son las papas que le gustan al mejor futbolista de la Tierra, las papas de tierra de la tierra del mejor futbolista de la Tierra, que recuerda haber leído algo en el periódico, que no podía vivir sin ellas, que se las hacía cultivar aquí, en un huerto local, que si acaso Gastón no es quien se las cultiva. Gastón advierte su desliz y lo interrumpe para desviar la conversación (le prometió al dueño del restaurante conosureño que lo recomendó con el padre del mejor futbolista de la Tierra que nunca le contaría a nadie que era su proveedor, y eso ha significado, en más de una ocasión, negarse a responder entrevistas de la prensa deportiva, que, de manera infantil, quería ver en ese capricho nostálgico un alimento fetiche, la fuente de superpoderes del héroe de la ciudad); le dice que cree que hay un malentendido. Que a él le gustaría ayudar a Max, pero que no tiene nada contra los lejanorientales o los nororientales.

—Ni tampoco contra los abogados campesinos —completa, por ironía y amabilidad, por una combinación improbable de las dos cosas que nos hace ver que Gastón puede que sea un poco ermitaño, pero misántropo no es.

Gato lanza un gemido de dolor desde donde sea que se encuentre echado, algún lugar cercano a la caseta donde Gastón guarda las herramientas. El abogado entiende que es el pretexto que utilizará Gastón para excusarse.

—Si me das tu teléfono te mantendré informado de lo que está sucediendo en el barrio —dice el abogado—. Es importante que estemos unidos.

Explica que han creado un boletín electrónico que funciona a través de la aplicación de mensajería instantánea que utiliza todo el mundo. Gastón le dicta su número, para acabar con la entrevista, y porque sabe que, de cualquier manera, no tendría ningún problema en conseguirlo. El hombre mira para atrás, confirma que nadie le ha robado la moto y se marcha.

12

No es un programa de divulgación científica, es una estrategia de la televisión pública para exaltar el territorialismo. Visitan a gente de la Península por toda la Tierra, gente que sufre una distorsión de la nostalgia fruto del alejamiento espacial. Gastón solo lo ve en la red días después de que se emitiera, porque un cliente le contó que el último capítulo se desarrollaba en la Tundra y que aparecía Pol. A nosotros nos hubiera gustado verlo en una pantalla mayor, y preparar algo para picar, unas aceitunas, tomar una cerveza, pero Gastón lo ve en el teléfono en un descanso del trabajo, sentado a la sombrita de la caseta de herramientas, con los auriculares puestos, y nos tenemos que meter a su cabeza para escuchar.

El fragmento en el que aparece Pol, junto con otros tres colegas peninsulares, está filmado en el interior de un laboratorio. Gastón reconoce el escenario de las fotografías que Pol le ha enviado hace unos meses, cuando acababa de incorporarse a su nuevo trabajo. Un hombre mayor, con acento sureño, se encarga de explicar, confusamente, las investigaciones que tienen en marcha. Habla de bacterias capaces de hacer una pausa y permanecer en suspenso, de microorganismos que sobreviven a pesar de que su metabolismo se detiene por completo. Dice que hay vida que no depende de la energía solar, que la presencia de metano es una señal de actividad biológica y que estas pesquisas podrían ayudar a descubrir vida en otros planetas. El presentador intenta hacer un comentario gracioso sobre platillos voladores, pero el hombre mayor no deja ni siquiera que termine.

—La vida es un sistema químico capaz de evolución darwinista —sentencia—, lo demás es literatura.

El desprecio con el que el hombre mayor pronuncia la palabra literatura nos ofende, pero Gastón ni siquiera repara en ello (no es un hombre de letras, de libros, no lee novelas). Otro de los científicos interviene para suavizar el arrebato, cuenta cómo se ha encontrado vida donde en teoría no debería haberla, al perforar más de un kilómetro de hielo, en un lago subglacial que había estado aislado por capas congeladas que se remontaban a más de cuatrocientos mil años. El tercer científico es el más pedagógico; trata al presentador y, por extensión, a los espectadores como niños. Dice, despacio, haciendo pausas para permitir que se digiera la información, que esos organismos se llaman extremófilos.

—Son organismos que se desarrollan en condiciones intolerables para formas de vida superior —concluye.

Por extraño que parezca, todo esto le resulta conocido a Gastón: era el tema de la tesis de Pol y de muchas de sus conversaciones por aquella época, mientras la escribía; sin embargo, hasta ese momento, Pol se mantiene en un tercer o, más bien, cuarto plano; es el más joven y, con certeza,

también el más novato, por eso no le ceden la palabra. Luego se trasladan a la cafetería de la universidad, donde muestran la comida de la Tundra (gelatinas de pescado y lácteos fermentados), y enumeran todos los platillos de la Península que echan de menos. El hombre mayor es el más convincente: logra la hazaña de hacer una lista de embutidos de cerdo con la voz quebrada.

Solo entonces el presentador advierte el silencio de Pol y le pregunta qué se siente al formar parte de un grupo de peninsulares que trabaja en un proyecto tan trascendental para la ciencia. La imagen se enfoca en un Pol sorprendido, que ya estaría resignado y satisfecho con su papel de extra de relleno.

—No sé —dice—, aquí hay investigadores de toda la Tierra.

El presentador parece creer que Pol es tímido e insiste para animarlo, lo felicita, dice que son un orgullo para los de su tierra. Aunque es un mensaje demagógico, Gastón sí vuelve a sentirse orgulloso, como tantas otras veces, pero no por el paisanaje, sino porque cree que el interés de Pol por la biología, aunque nunca se lo haya confesado, tiene algo que ver con él y con el huerto.

—¿De qué parte de la Península eres? —le pregunta a Pol el presentador.

Por un instante, como todavía no conocemos tanto a Pol, tememos que albergue algún tipo de resentimiento. Que diga que no se siente peninsular, que la familia de sus padres proviene de una de las antiguas Colonias (un homenaje al discurso nostálgico de su padre y a la memoria de su madre), o que haga una reivindicación del pueblo aborigen de la parte de la Península en la que ha nacido y crecido (un reflejo de lo aprendido en la escuela cuando era pequeño). Pero Pol mira a la cámara como si fuera incapaz de entender lo que está sucediendo. Se ve ausente, asustado, como si estuviera padeciendo un ataque de paranoia, algo por el estilo o todo eso mezclado. El hombre mayor interrumpe la espera (la imagen se amplía para incluirlo), le da dos palmadas cariñosas en el hombro a Pol y pronuncia el nombre de la ciudad. Pol intenta sonreír y el presentador despide esa sección del programa.

13

«Te he visto en el programa de la tele», le escribe Gastón a Pol a través de la aplicación de mensajería instantánea del teléfono. «Te veías muy delgado, ¿estás bien?», le pregunta. Prefiere recurrir al lugar común de progenitor acongojado, chantajear a Pol por el supuesto deterioro de su aspecto físico, algo que es posible objetivar en una báscula, en caso de polémica, que exponer abiertamente preocupación por su estado psicológico, por su apariencia trastornada en la pantalla. No puede decirle lo que piensa, que le pareció nervioso, asustado, desconcertado, perturbado, dominado por el mismo desasosiego que le ha transmitido en las últimas videollamadas, ahora acentuado por su errática actuación en el programa.

Gastón confirma que la aplicación ha entregado sus mensajes y se levanta para asearse, para prepararse para visitar a Max; cae la tarde y esta noche hay partido del equipo de la ciudad. Se lava los brazos, la cara y las axilas en el minúsculo lavabo que ha acondicionado en la caseta de herramientas, con una ligera sensación de sospecha, de que algo no acaba de encajar; sigue pensando en el programa, en que no explicaron la verdadera actividad del equipo de investigación en el que trabaja Pol. Todo lo que hablaron fue teórico, aunque, en realidad, lo que hacen en la Tundra tiene una aplicación muy práctica y concreta. Pol se lo contó a Max y a Gastón cuando lo seleccionaron, y les advirtió, ceremoniosamente, que se trataba de información confidencial, que el proyecto era secreto; Gastón creyó que estaba exagerando, dándose importancia; sin embargo, ahora descubre que quizá era verdad, porque de eso no se habló nada en el programa.

Lo que hace el instituto donde trabaja Pol es desarrollar un taladro rotativo de agua caliente para perforar el hielo sin contaminarlo. Ese instrumento es empleado para extraer microorganismos de los lagos subglaciales de la Tundra, y el trabajo de Pol consiste en hacer mediciones para comprobar la asepsia del procedimiento. Si hicieran un agujero en el hielo con un pico, les había puesto como ejemplo Pol, y no se tuviera el cuidado de asegurar que el pico permaneciera estéril en todo momento, las muestras que se obtuvieran no servirían de nada. En un futuro, una herramienta como esta será enviada al espacio para perforar la superficie de las lunas heladas de Júpiter y Saturno y es fundamental garantizar que si se encuentra una bacteria allá no resulte que la hemos llevado nosotros. Aunque suene fantasioso, no se trata de ciencia ficción, eso Gastón lo comprobó en la red luego de la charla con Pol: hay varios proyectos de exploración espacial parecidos y el grupo de Pol es uno más en la carrera por ver quién patenta la mejor herramienta y se lleva un contrato millonario.

Gastón termina de acicalarse, se pone la chaqueta, porque ahora que el sol se ha ido comienza a refrescar, le coloca la correa a Gato y verifica de nuevo su teléfono. «Voy a estar fuera unos días, ilocalizable», leemos que escribe Pol, ignorando las preocupaciones de Gastón. «Traté de

hablar con papá, pero no contesta. Avisaré cuando esté de vuelta.» Investigación de campo, se imagina Gastón, irán a sacar bichos del hielo. «Ok», le contesta, «cuídate.»

14

Otro partido del equipo de la ciudad, ahora en el campeonato continental. Mientras tanto, Gastón inspecciona las neveras. Trae desde la cocina los recipientes para poder vigilar, de reojo, la pantalla gigante. Mete al congelador lo que encuentra en buen estado. O en estado, cuando menos, dudoso. Lo podrido lo va echando a una bolsa negra enorme, de plástico reforzado, que ha localizado en el armario de los productos de limpieza. Max lo deja hacer, ni siquiera está viendo el partido: se ha envenenado con el videojuego de los caramelos multicolores.

—Las cosas no se van a resolver solas —dice Gastón, en una pausa entre la inspección de una nevera y otra, como si hablara, en abstracto, de la vida de Gastón, aunque, en realidad, se refiere a cosas concretas—. A este ritmo no podrás entregar el local a tiempo.

Le explica que los nuevos dueños son nororientales, que debería hablar con ellos para pedirles una extensión del plazo, ganar unos días. Max ni siquiera levanta la vista del teléfono. Tampoco dice nada. La barba rala y la camiseta agujereada de un festival de música acontecido en el lejano oeste en los años noventa del siglo pasado dan una idea bastante acertada de sus nuevos hábitos de higiene y cuidado personal.

—Lo mínimo que podrías hacer —le dice Gastón— es ducharte.

Así que esta peste a cajón encerrado, a humedad, a polvo agrio, emana de Max (no habíamos podido comprobarlo).

—¿Hace cuánto que no te lavas los dientes, campeón? —insiste—. Te hiede el hocico peor que a Gato.

En las diferentes pantallas, el mejor futbolista de la Tierra corre en diagonal, desde la orilla del campo hacia el centro, con la pelota en los pies, esquivando a los defensores del equipo septentrional. La transmisión otra vez está silenciada y eso amortigua la emoción, la devalúa, pero esto lo hemos vivido cientos de veces y nosotros podemos ponerle el sonido ambiente: un rumor que va creciendo hasta convertirse en un alarido, el preámbulo de la anotación.

—Tenemos que dormir a Gato —dice Gastón, de golpe, sin venir a cuento.

Tiene un recipiente lleno de pollo con hongos en las manos. Hongos de los malos, no de los buenos. Hongos de la descomposición, micotoxinas, veneno. La peste que emana del alimento hace que apresure la operación. Vacía el contenido en la bolsa y se detiene a observar a su amigo. Dos lágrimas brotan y descienden por las mejillas de Max.

Max llora, sin escándalo, sin grandes gestos, un llanto sordo y discreto, acompañado por la galopada del mejor futbolista de la Tierra, que sigue eludiendo las piernas de los rivales como única prueba de que el tiempo no se ha detenido. Gastón mira las lágrimas de Max y el resplandor multicolor de los caramelos en la pantalla del teléfono. Nos preguntamos qué tipo de llanto es ese,

de qué tipo de hormonas y elementos químicos está compuesto; si Max llora para eliminar las hormonas de la tristeza o si ese llanto aumentará su impotencia. Y entonces el mejor futbolista de la Tierra finalmente encuentra el hueco para disparar, golpea la pelota con la izquierda y falla.

15

Al salir del restaurante, Gastón ve venir al Tucu, que atraviesa la calle para aproximarse. La persiana está ya a mitad de camino en su descenso para clausurar la entrada.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunta el Tucu.

¿Max y el Tucu acabaron bien? Gastón no lo sabe y le gustaría saberlo, para prevenirse, para saber qué actitud debería adoptar. Le contesta que sí.

—Invítame una cerveza —dice el Tucu.

Caminan en silencio las calles que los separan del bar donde solían reunirse los empleados del restaurante luego de cerrar en la noche, para tomar algo antes de irse a casa. Se sientan en una mesa lejos de la barra; Gato se acurruca a los pies de Gastón; piden dos cervezas.

En la cocina del restaurante, el Tucu era el que contaba los chistes, pero ahora nada le hace gracia. Cruza las manos regordetas y morenas encima de la mesa, con prepotencia, como un cura que dirige un colegio.

—Max no hace caso —dice—. Hay una manera de salvar el restaurante y él no quiere pelear. Pero tú sí entiendes, ¿no? Me dijeron que quieres comprar el local y volverte socio.

Llegan las cervezas. Gastón aprovecha la pausa para arrepentirse de haber aceptado con tanta naturalidad el encuentro; se insulta en silencio usando otra vez una palabra de Max. Por alguna razón, cuando se trata de insultos siempre recurre al vocabulario de Max, como reconociendo su superioridad semántica o fonética.

—Fue una idea —contesta Gastón—, fue solo una idea.

—Pero tienes dinero —insiste el Tucu.

Esa afirmación interrogativa, que pretende imponer un rumbo a la conversación, Gastón sabe que tiene todo el derecho a no confirmarla.

—Déjame contarte lo que podemos hacer —dice el Tucu.

El uso del plural lo desconcierta. ¿Se refiere el Tucu a un grupo organizado? ¿A la asociación de la que le habló el abogado campesino? ¿O ese plural lo incluye a él de antemano, sin su consentimiento, como una amenaza?

—Nosotros apretamos a los lejanorientales —explica el Tucu—, organizamos la presión vecinal, los acorralamos, les hacemos la vida imposible.

—Son nororientales —lo corrige Gastón.

—¿De donde sean! —replica el Tucu—. Hay un par de regidores del distrito que nos apoyan. Nos movemos fuerte en redes sociales, hacemos venir a la televisión, a la prensa, los obligamos a vender.

—Yo no voy a comprar —contesta Gastón—, ya no me interesa.

El Tucu descruza las manos sobre la mesa. No ha tocado la cerveza; Gastón tampoco. Mira a Gastón a los ojos con voluntad de amedrentarlo, con desprecio. Solo entonces entendemos algo: que si el Tucu contaba chistes no era para agradar a la gente, sino como método de control; él dictaba cómo y de qué se hablaba, cómo y de qué se reía. El Tucu, por ejemplo, es de los que dicen que el mejor futbolista de la Tierra no es en realidad el mejor, que es blando, un niño mimado que necesitó hormonas de crecimiento y que ahora está asustado. Es de los que preferirían estar en el equipo rival, persiguiéndolo, intentando quitarle el balón, a patadas de ser necesario.

—Nos fuimos cinco a la calle —dice el Tucu, después de beber la mitad del vaso de cerveza de un tirón—, más los dos o tres de la temporada alta. Esta gente no contrata a nadie; ellos se lo guisan y ellos se lo comen. Nosotros tenemos hijos, familia. Ojalá tuviéramos tu suerte, ojalá supiéramos tanto de geografía.

Gastón esquiva la mirada acusadora del Tucu, sus reproches, ese resentimiento ancestral que fue el motor de revoluciones y saqueos. Levanta el brazo derecho y dibuja algo en el aire para pedir la cuenta. Intenta concentrarse en otra cosa pero escucha el resoplar pesado del Tucu, sus insultos telepáticos. No volverá a mirarlo. Pagará las cervezas y se irá de ahí sin decir nada. Se precipitará hacia el futuro, hacia las siguientes páginas, está deseando con todas sus fuerzas que aparezca el punto y aparte que nos lleve al siguiente capítulo. En la mesa vecina descubre la prensa deportiva del día, el titular que anuncia que la participación del mejor futbolista de la Tierra en el próximo partido está en duda, que las náuseas y los vómitos no cesan.

16

Sigue sin obtener respuesta de la Asociación de Sanadores Tradicionales y la dirección de correo electrónico que localiza en la red le devuelve los mensajes por haber sido desactivada hace tiempo. La asociación no tiene una oficina, un horario de atención a socios o clientes, una dirección física, ningún tipo de infraestructura.

En cambio, recibe dos o tres llamadas diarias de la clínica veterinaria. Una por la mañana, un par por la tarde. Gastón nunca atiende el teléfono. Un mensaje cada día, al caer la noche: «Comuníquese urgentemente para concertar hora para cumplir procedimiento.»

Gastón decide esperar. No pierde la esperanza de encontrar a una adormecedora.

17

Cuando despierta, tiene el teléfono lleno de mensajes, cientos, debido a la diferencia horaria con el Cono Sur. De nada le sirve ir adelante en el tiempo, si el pasado le está esperando al abrir los ojos. Lo han incluido en un grupo que ha creado alguno de sus primos; hacen planes para celebrar el aniversario del fallecimiento del abuelo, el patriarca de la familia. Gastón desliza el dedo índice por la pantalla del teléfono para alcanzar los primeros mensajes, leer los detalles de la fiesta, que será el mes próximo, en el salón de un club social de la ciudad en la que nació y vivió hasta los veintiséis años. Hay primos organizándose para viajar desde la capital y un par que, como Gastón, viven lejos, aunque ellos al norte del Cono Sur, en el Cono Norte, en los límites de occidente.

Después de discutir la logística, las confirmaciones y negativas, la familia aprovecha el grupo para ponerse al día. Hay fotos de sobrinos que Gastón no sabía que existían, de primos a los que tiene que esforzarse en reconocer, porque dejó de frecuentarlos en la adolescencia o, cuando mucho, antes de trasladarse a la Península, anuncios de decesos de tíos lejanos, de bodas, divorcios, embarazos, negocios, y una invitación para que cuando los que viven fuera estén en la ciudad vayan a la peluquería de una de sus primas, donde también pueden hacerse la manicura y pedicura.

Dos veces preguntan por Gastón (no podemos saber quién lo hace, Gastón no tiene registrados los números en la agenda). ¿Dónde está? ¿Qué es de su vida? Uno dice que cree que sigue en la Península, otros especulan que nunca volvió desde que se fue, hace treinta años, quizá más, después de que hubiera muerto su padre. Alguien más dice que ya saben cómo era Gastón, un poco raro, desde niño. Que prefirió malvender los negocios de su padre, que nunca le interesaron, y que por eso lo estafaron, que le dieron cualquier cosa porque él lo único que quería era agarrar el dinero para largarse. Otros dicen que de cualquier manera los negocios no le iban a hacer falta, con todas las propiedades que heredó. Entonces el que suponemos que creó el grupo (que imaginamos se había ausentado en los últimos minutos) avisa que Gastón los está leyendo, que consiguió su teléfono con la inmobiliaria que administra las propiedades que le dejó su padre, que uno de los agentes es su cuñado. Varios saludan a Gastón, le piden que les cuente cómo está, qué es de su vida, si tiene familia, si acaso ha procreado un pequeño colonizador, le dicen que aproveche la fiesta para visitar la ciudad, que lo echan de menos.

Termina de leer los mensajes, todavía en la cama, desperezándose, y luego navega por la configuración del aplicativo; bloquea a algunos usuarios, cuatro, cinco, no son tantos, si consideramos que hay más de veinte en el grupo; lo abandona sin escribir nada y lo borra del dispositivo.

18

Otro mensaje en el teléfono de Gastón. Es el abogado campesino. Le dice que están organizando una barbacoa popular de cebollas alargadas para recaudar fondos para apoyar a los comerciantes de toda la vida del barrio. Que han pensado que el lugar ideal para celebrarla es su huerto, que incluso podrían comprarle las cebollas alargadas, para que solo se consuman cebollas alargadas de la tierra del barrio, pero que esperaba que él contribuyera donándolas. Luego propone un par de fechas, dos domingos, dentro de tres o cuatro semanas, para que Gastón elija la que le parezca más conveniente.

Qué manía con la tierra, exclama Gastón, en voz alta, para sí mismo, para que lo escuchemos nosotros. Las cebollas alargadas ni siquiera son propiamente de aquí, fueron traídas del surponiente muy cercano, y, además, la barbacoa de cebollas alargadas es una tradición invernal, no de entrada de la primavera. De hecho, Gastón este año las ha cultivado tarde, a pedido de uno de sus clientes, que las sirve rebozadas como parte del menú de un restaurante que fusiona la comida conosureña con la lejanoriental, hermanadas por la técnica de la fritura, que viajó del lejano oriente hacia las antiguas Colonias del lejano oeste hace dos siglos.

Gastón permite que la aplicación de mensajería instantánea notifique al abogado campesino que ha leído el mensaje y no contesta.

19

La gestora está hablando por teléfono; hace un ademán con el que pretende saludarlo y despedirse al mismo tiempo, disculpándose por estar ocupada, y se agacha para acariciar a Gato en la coronilla. Va a continuar su marcha hacia donde quiera que se dirija, pero Gastón se interpone, la toma del antebrazo y con gestos y señas le hace saber que necesita hablar con ella. La escuchamos tratar de acordar una fecha con su interlocutor, algo relacionado con una reunión en el banco, articulando la lengua aborigen con esa dicción sobreactuada que es santo y seña de los que no se han movido de la ciudad y están orgullosos de ello.

Se pegan a la pared para no obstruir del todo el paso en la acera estrecha y Gato, al advertir la espera, se echa en las losetas de flor. Gastón desvía la mirada, para que la interrupción no sea interpretada, además, como una intromisión, pero nosotros aprovechamos que la gestora no puede vernos para observarla de pies a cabeza con detenimiento; los zapatos de tacón, el traje sastre de color marfil y el maquillaje discreto, ni tan chirriante que llame la atención, ni tan modesto que pase desapercibido, propio de quien tiene que dar la cara a los clientes. Esa piel blanca. Los ojos claros.

—¿Un café? —le pregunta Gastón en cuanto ella, por fin, termina la llamada.

—Me dijo que se iría —contesta la gestora.

—¿Cómo? —replica Gastón.

—Me dijo que volvería a su tierra —dice la gestora.

El rumbo inesperado del diálogo desarma a Gastón. No entiende si esa fue la estrategia que Max utilizó para apartarse de ella o si en realidad está pensando en irse y no se lo ha contado.

—¿Por qué no te pasas por el restaurante? —dice Gastón—, eso seguramente lo animaría.

—Estoy harta —replica la gestora—, qué fastidio. ¿Por qué no me dice las cosas claras?, ¿por qué tiene que mentirme?

Gastón excusa a Max diciendo que está confundido, que lo del restaurante ha sido muy duro, que lo ha paralizado, que no es que haya reaccionado mal, que ni siquiera ha reaccionado.

—Me coló a Ona en la gestoría —dice ella, que sigue la lógica que le impone el flujo de su pensamiento y no la conversación—, me pidió que le diera una oportunidad, luego Pol se fue y hasta donde sé ya ni siquiera están juntos, y yo me tengo que quedar con Ona, la pobre es un poco lenta, pero no voy a echarla, me da pena.

Es inútil que insista, Gastón se da cuenta; ha sido una relación breve, de meses, como todas las de Max, pero suficiente para que la gestora acumule una lista de agravios irrefutable. Tira de la correa para que Gato se levante.

—No quería molestarte —dice Gastón.

—Escucha —dice la gestora.

Gastón hace una pausa en su intento de despedida y vemos a la gestora dudar, elegir con cuidado las palabras de lo que sea que está a punto de decir.

—Yo sé que quieres ayudar a Max —dice—, pero tienes que tener cuidado. No está bien que la gente te asocie según con quién, que piensen que estás de un lado o del otro. Las cosas están raras.

—¿Según con quién? —repite Gastón, pero con la entonación de una pregunta.

Si fuera verdad que a la gestora le gusta que le digan las cosas claras, piensa Gastón, que no le venga ahora con esa fórmula retórica falsamente confusa, un eufemismo cobarde.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando —dice ella.

20

En la radio escucha que el endocrinólogo del equipo de la ciudad descarta que los vómitos sean un efecto secundario de las hormonas de crecimiento, que esa hipótesis no tiene sentido, porque hace trece años que no se le administran. Gastón está calzando las cebollas alargadas para evitar que echen barriga. Algún día, no muy lejano, tendrá que resignarse a contratar a un jornalero que le ayude con este tipo de labores. Estar agachado amontonando tierra en cada uno de los bulbos produce, además del alargamiento del tallo de las cebollas, contracciones musculares en las paletillas. Tiene uno de los auriculares en el oído izquierdo y el otro libre para escuchar a Gato, que se ha quedado acostado en el jergón que Gastón le ha tendido bajo el tejadito de la caseta de herramientas. Las voces de la radio, dentro de su cabeza, ensordecen la propia, la apagan, intentan anularla. También nosotros escuchamos.

Se especula que el mejor futbolista de la Tierra padece náuseas antes de los partidos, lo cual podría tener su origen en problemas digestivos o psicológicos, gastritis, estrés, ataques de ansiedad. Un gastroenterólogo consultado por teléfono hace una lista de alimentos que favorecen la acidez y el reflujo. Salsas de tomate, chocolate, vino tinto, bebidas gaseosas, pimientos, cítricos, harinas industriales. La mención del pan deriva en una larga discusión, en la que ya no participa el gastroenterólogo, sobre la posibilidad de que el mejor futbolista de la Tierra padezca intolerancia al gluten. Hasta que un celíaco llama desde el archipiélago situado una hora antes hacia el poniente para informar que lo que él sentía antes del diagnóstico, antes de modificar su dieta, era la barriga hinchada, tensa, como si fuera a reventar y a salpicar tripas por las paredes y el techo. Se vuelve, entonces, a la psicología. ¿Sufre el mejor futbolista de la Tierra ataques de ansiedad? Los radioescuchas votan a través de la red. Luego se da lectura a una noticia que llega desde la tierra natal del mejor futbolista de la Tierra: el antiguo entrenador del equipo territorial ha opinado en un programa de televisión sobre su salud y ha hecho apuestas, pesimistas, sobre si es capaz de darle el Mundial a los suyos. «Es inútil querer hacer caudillo a un hombre que va veinte veces al baño antes de un partido», ha sentenciado. Gastón le dedica al entrenador, en voz alta, la serie de insultos maternos del léxico de Max, a la que nosotros también, a fuerza de repetición, ya nos estamos habituando.

La polémica que desatan las declaraciones del entrenador es interrumpida por la llamada de otro radioescucha, que dice que él sabe la verdad de lo que está sucediendo. Lo dice de manera tan enfática que crea expectación. Dice que el mejor futbolista de la Tierra es extraterrestre, un reptiliano con problemas de digestión por la dieta terrícola. Los presentadores del programa ríen a carcajadas.

Gastón ha terminado de calzar los bulbos de esa parcela. Se quita los guantes y se incorpora.

Abre la aplicación de la radio para pausarla y, antes de hacerlo, alcanza a oír que el radioescucha conspiracionista dice que hay tres tipos de extraterrestres, que los reptilianos y los artrópodos vienen de planetas donde la evolución se desarrolló de manera diferente a la de la Tierra y que, en cambio, los grises son humanoides y que serían como nuestros primos lejanos.

21

Luego de presionar desde adentro el interruptor del control remoto que hace descender la persiana, escucha la voz fastidiada de Max, que grita desde el comedor.

—Te dije que era Gastón, sal de ahí, no seas ridículo.

El padre de Max va apareciendo al incorporarse desde atrás de la barra. ¿Cuándo fue la última vez que había venido?, se pregunta Gastón; calcula que hace siete u ocho años. Puede ser mucho, o poco, el tiempo no pasa igual para todos. Al padre de Max lo ha convertido, ya, en un pergamino. Un pergamino hinchado, para ser más exactos, con ese globo en el abdomen. La mala vida, piensa Gastón; o más bien será la buena: exceso de azúcares, sedentarismo, sol, todo tipo de hormonas de la felicidad y somníferos.

El padre de Max da la vuelta a la barra, enérgico, y le propina a Gastón un apretón en los brazos tan vehemente que consigue alterar a Gato. El perro se pone en alerta para defenderlo.

—Tranquilo —le dice Gastón—, es el abuelo de Pol, ¿no te acuerdas?

El tono condescendiente persuade a Gato, que camina hasta su rincón favorito, al lado de la barra, y se echa entre dos bancos.

—Nadie puede saber que estoy aquí —dice el padre de Max.

—Has visto muchas películas —contesta Gastón.

—No estoy para bromas —replica el padre de Max.

—Lo sé —dice Gastón—, eres el hombre más buscado de tu pueblo.

Max permanece sentado en una de las mesas del comedor, con la cabeza agachada hacia el teléfono, fiel a su abstracción de caramelos multicolores. El contraste grotesco entre la resolución sobreactuada del padre de Max y la reciente abulia de su hijo le recuerda a Gastón que estas visitas suelen acabar abruptamente. Él mismo alguna vez tuvo que intervenir para ayudar al padre de Max a anticipar su vuelo de retorno. Pero esto es distinto. Esta vez no habrá lucha de poder, una pelea permanente por imponer un estilo, por juzgar las decisiones del otro, por atribuir culpas y sentirse damnificado. Esta vez el padre de Max no tendrá contrincante.

—¿No se te ocurrió un peor escondite? —continúa Gastón—, no es un secreto que Max vive aquí, tampoco que tienes un pasaporte de estas tierras.

—No utilicé ese pasaporte —responde el padre de Max.

—¿Tienes otro?

—El de mi cuarta esposa, el bueno. Me salió carísimo.

El padre de Max introduce la mano derecha en el bolsillo del pantalón y extrae el documento de portadas azules de las otras antiguas Colonias, las prósperas, las que los isleños del norte

arrebataron a los peninsulares hace siglos. ¿Habrá vuelto a procrear otro vástago el padre de Max en el intervalo desde su anterior visita?

—¿Qué le pasa a este? —pregunta el padre de Max, señalando con las cejas hacia la mesa donde reposa su hijo.

Gastón se da el tiempo para reflexionar muy bien lo que va a contestar; quiere ayudar a su amigo, pero la lealtad es primero. Sopesa una explicación u otra. Quizá la visita del padre de Max pueda despertar a Max por las malas. Al fin y al cabo, él fue quien le dio el dinero para que abriera el restaurante y lo mantuvo a flote hasta que llegaron los números negros. Podría decirse que con ese dinero había saldado una deuda, con Max y con la madre de Max, pero Gastón sabe que el padre de Max va a interpretar que su hijo ha dilapidado su patrimonio.

—¿Ponemos el partido? —dice Gastón—, está a punto de empezar.

Camina hacia el comedor para buscar los controles que encienden el sistema audiovisual. Al acercarse, Max le hace un ademán para que se siente a su lado; por lo visto, por lo que olemos, Max se ha echado el frasco de perfume encima, como deferencia por la llegada de su padre, o para evitar, más bien, que lo obligue a ducharse, que lo trate como a un niño. La mescolanza, sin embargo, fracasa, y el resultado es un aroma desagradable y, además, por si fuera poco, desconcertante. ¿Dónde se ha metido Max, qué ha estado haciendo?, se preguntaría cualquiera, lo que lo obligaría a dar explicaciones más sofisticadas que las excusas habituales del simple desaseo.

Se trata, pues, de un olor que distrae, como nos ha distraído a nosotros, que casi no vemos cómo Max le muestra el teléfono a Gastón en secreto, gesticulando para que guarde silencio. No quiere que su padre, el padre de Max, se dé cuenta. Por un instante imaginamos que va a presumirle el récord mundial en el videojuego de los caramelos multicolores.

Son mensajes del jefe de Pol, preguntando si el hijo de Max ha vuelto a casa. Hace días que no se presenta en el laboratorio, no ha dormido en su cuarto de la residencia, nadie lo ha visto ni sabe nada. Explica que quizá no sea motivo de alarma, que es normal que algunos investigadores no soporten las condiciones inhumanas de la Tundra, que es bastante común que huyan. Que la mayoría vuelve y la universidad refuerza el apoyo psicológico.

Son varios mensajes, de hace dos, tres días. Al bajar la pantalla del teléfono con el dedo, para hacer transcurrir el tiempo, las preguntas suben de intensidad, de urgencia, el jefe de Pol, desesperado, dice que él es responsable de rendir cuentas a los inversionistas.

Max no contesta.

22

Cuando por fin el presidente de la Asociación de Sanadores Tradicionales le devuelve la llamada, resulta que está más interesado en promover sus propios servicios, o los de aquellos socios con los que ha pactado cobrar comisión, podemos imaginar, que en escuchar lo que le están solicitando. Dice que es chamán de perros, certificado. Que la meditación ha demostrado eficacia en enfermedades terminales de todo tipo de mascotas, incluidos canarios y conejos. Gastón insiste en la adormecedora y lo que obtiene a cambio es una oferta de dos sesiones de terapia electromagnética al precio de una.

—Veo que me he equivocado —dice Gastón, con fastidio—, muchas gracias de todas maneras.

—Espere —contesta el presidente de la asociación de inmediato.

El silencio del otro lado de la línea nos hace albergar esperanzas de que el presidente de la asociación esté consultando el listado de miembros, si es que tal cosa existe, aunque en realidad es más probable que lo que esté haciendo sea consultar a su memoria.

—Necesito revisar nuestros registros —dice, con lo cual confirmamos que, tal y como temíamos, ese listado no existe—. Le llamaré en un par de días.

—Es urgente —replica Gastón—, el perro necesita cuidados paliativos.

—No hay nada urgente —contesta el presidente de la asociación—, todo dolor es un reflejo del pasado que puede desvanecerse en el presente, puedo demostrárselo, si me deja hipnotizar al perro.

—Espero su llamada —dice Gastón, y cuelga.

23

Los dos hombres interceptan a Gastón cuando sale del supermercado, antes de que emprenda la cuesta que lo lleva a casa. Se presentan diciendo que son paisanos, como advirtiendo que están al tanto de la procedencia de Gastón, incluso a pesar de que estrictamente no son paisanos ni entre ellos, porque uno dice ser de la Cordillera y el otro de la Costa del Pacífico. La entonación, el vocabulario, el peinado, los ademanes, todo indica un traslado reciente, no más de cinco años.

—Somos de la asociación de comerciantes —dice el costapacifiqueño—, yo tengo el colmado de la riera.

—Yo manejo el locutorio aquí nomás —dice el cordillerano, y no es hasta ese momento que Gastón se percató de que lo han parado frente a un locutorio.

Quieren saber si en el huerto hay una nevera grande, para enfriar las cervezas de la barbacoa. Gastón les dice que no sabe de qué están hablando. El costapacifiqueño le recuerda la visita del abogado campesino, la barbacoa de cebollas alargadas para recaudar fondos. Gastón insiste en que no los entiende.

—¿Ves eso ahí? —pregunta el cordillerano, apuntando con el brazo extendido hacia un local que está siendo reformado en la calle siguiente—. ¿Te acuerdas de qué era? Una granja. Ahí los abuelos compraban su lechita, sus quesitos, sus huevitos, su mantequilla. ¿Adivina de quién es ahora? ¿Adivina qué van a abrir?

Gastón les dice que conoce al dueño de la granja, que ha decidido jubilarse, que encontró un cliente que le pagó lo que pedía por el traspaso, quizá un poco menos, pero que eso era lo natural en cualquier negociación.

—Lo jubilaron, compadre —dice el costapacifiqueño—. Los hijos iban a seguir con el negocio, eso hubiera sido lo natural.

Los hijos son ingenieros y trabajan en empresas transterritoriales, recuerda Gastón, pero antes de que diga nada también recuerda que es inútil razonar con gente que utiliza el paisanaje como forma de aproximación o argumento, así que mejor se lo calla. El cordillerano se aproxima mucho, hasta rozarlo, invadiéndolo.

—No se puede estar en dos bandos —dice.

—Yo no estoy en ninguno —contesta Gastón.

—No se puede no estar en ningún bando —insiste el cordillerano.

Gastón dice que no sabía que estaban en guerra. El costapacifiqueño se desespera. Es evidente que la intimidación civilizada le queda corta, como una camiseta varias tallas más pequeña.

—¿En qué planeta vives, compadre? —le pregunta.

En qué planeta vives, se repite Gastón, y hay tanta violencia, tanta voluntad de exclusión en esa pregunta, que parece una amenaza de desalojo: aquí no cabes; vete a vivir a otro planeta. Gastón tira de la correa de Gato, rodea al cordillerano y se aleja.

24

Estira el brazo y tantea en la mesita de noche para agarrar el teléfono. Faltan dos minutos para que suene la alarma y, además, reconoce la alerta de los mensajes recibidos mientras dormía. Desbloquea la pantalla rápido pensando en Pol y en Max, quizá por fin Pol haya aparecido. Vemos cómo la luz ilumina el rostro adormilado de Gastón, que parpadea para proteger a sus globos oculares de la agresión artificial. Gato gime un bostezo y estira las patas echado en su jergón.

—Buenos días, compañero —le dice Gastón, mientras manipula el teléfono para acceder a la aplicación de mensajería instantánea.

Pero no son noticias de Pol. Otra vez la diferencia horaria, los mensajes del pasado, del Cono Sur. Es un sobrino con el que nunca ha tenido relación, lo confirmamos no solo porque no está registrado en la agenda, ni porque escuchemos cómo Gastón se pregunta quién será, sino porque los primeros mensajes los dedica a presentarse, a explicarle su filiación; es el hijo mayor de uno de los primos de Gastón, el hijo del hijo de la hermana mayor del padre de Gastón. Le cuenta que su padre, el primo de Gastón, no sabe que le va a escribir, que le está escribiendo, se corrige, que le escribió, corregimos nosotros, pero que él y sus hermanos han decidido buscarlo porque han hablado con un abogado y, aunque su padre no esté de acuerdo (el padre del sobrino, el primo de Gastón), el abogado les ha dicho que tienen derecho a reclamar parte de la herencia del bisabuelo (del abuelo de Gastón, del padre del padre de Gastón), por no haber actuado proporcionalmente al dejarle todas esas propiedades al padre de Gastón, y que resulta injusto que él, Gastón, sea el único que se haya beneficiado y siga beneficiándose de ese patrimonio. Que aunque sea verdad que a su abuela (la hermana del padre de Gastón) el bisabuelo le dejó mucho dinero, la cantidad, pasado el tiempo, es del todo desproporcionada, porque ese capital se fue devaluando con cada crisis económica, y como la abuela no sabía de finanzas y, además, estuvo mal aconsejada, lo que le dejó a sus hijos, entre ellos a su padre (el primo de Gastón), no puede compararse con la herencia que recibió Gastón.

Gastón contempla, sin leer, los siguientes mensajes, varios más, largos, verborágicos, redactados con una ortografía heterodoxa y una sintaxis rota; desliza el dedo hacia abajo para que la aplicación notifique al emisario que los ha leído, navega por la configuración, bloquea al sobrino y elimina la conversación, que, para ser exactos, ha sido un monólogo.

25

—Tienes que decirle que llamas de mi parte —dice el presidente de la Asociación de Sanadores Tradicionales, luego de dictarle el teléfono de la adormecedora.

Gastón corta la llamada y, mientras marca el número, se divierte pensando en que al final va a resultar que las pirámides sí son poderosas, pero como estrategia de recomendación y mercadeo de productos sobrenaturales. La adormecedora tampoco contesta el teléfono, pero minutos después le envía un mensaje a través de la aplicación de mensajería instantánea preguntándole qué necesita. Quizá para reprimir uno de los probables rumbos de la conversación, para asegurarse de que no se desbarranque hacia lo mágico o lo maravilloso (para que la adormecedora entienda que no cree en misticismos, para no arruinar esta historia), Gastón se esmera en redactar los mensajes con la mayor objetividad que puede acopiar.

Explica que tiene un perro enfermo, en fase terminal, con dolores, y que quiere darle cuidados paliativos, y luego adormecerlo, pero que debe ser en su casa, que tiene un huerto, en realidad, que no quiere llevar al perro a otro sitio, que ella tendría que desplazarse hasta donde ellos están. La adormecedora responde con la misma frialdad: informa el precio del servicio, pide la dirección y le dice que estará ahí al día siguiente, por la tarde.

Una vez concluido el intercambio de mensajes, Gastón observa la fotografía con la que la adormecedora se presenta en el perfil de la aplicación, mira sus ojos, esos ojos rasgados que señalarían su origen como un dedo sobre un mapa, que nos hacen dejar de contemplar a la adormecedora para inferir al grupo, los lejanorientales, su comida, sus bazares, sus lenguas, su espiritualidad, sus silencios, todo eso que conforma nuestra incompreensión.

26

Gastón escucha los silbidos y Gato levanta las orejas como si levantara el cuerpo, como si saliera corriendo hacia la entrada del huerto, pero el dolor le impide una cosa y la otra, así que se conforma con sonreír. Una sonrisa de perro echado, enfermo, una sonrisa no con el hocico sino con la cola, que agita con felicidad sobre el suelo, haciendo el ruido de una escoba al barrer la superficie de la caseta de herramientas.

—Te dije que estaba bien —le dice Gastón a Gato, aliviado, en voz alta, aunque en realidad se lo dice a sí mismo y nos anuncia a nosotros quién ha llegado.

Deja en su lugar los guantes que había ido a buscar y remonta el sendero que lo conduce hacia la entrada. Pol está esperándolo del otro lado de la cancela, las manos en los bolsillos de una chaqueta demasiado abrigada para la temperatura casi posinvernal.

—¿Ahora cierras? —pregunta Pol, acostumbrado a que la puerta del huerto esté siempre abierta.

—Es para que no se metan los turistas —miente Gastón, mientras desatranca la verja y quita el candado.

—¿Ha pasado algo? —dice Pol.

—Me cansé de que se me cuelen para preguntar si el huerto también es un monumento histórico —contesta Gastón.

Se echan mutuamente en los brazos del otro. Gastón nota, al apretujar el cuerpo de Pol con la vehemencia del cariño auténtico, que está temblando. También confirma que ha adelgazado.

—¿Y Gato? —pregunta Pol.

—Está abajo.

—¿No sube?

—Estaba persiguiendo ratones —vuelve a mentir Gastón—, ya sabes cómo se pone.

Son mentiras que tendrán una vida útil muy corta, de minutos, y Gastón lo sabe. Necesita contarle a Pol todo lo que ha pasado, pero quiere preservar este instante de inocencia, recibir su abrazo espontáneo, antes de las malas noticias. Descienden la pequeña ladera comentando el clima. Pol dice que tiene mucho frío, que todavía está descompensado por el cambio abrupto de temperatura.

—¿Cuándo llegaste? —pregunta Gastón.

Se da cuenta de que Pol sopesa decirle la verdad o continuar, él también, con las mentiras piadosas.

—Hace tres días —dice, titubeando.

—¿Y dónde te habías metido? —pregunta Gastón.

—En casa de mi novia —contesta—, de mi ex —se corrige.

—¿Estabas con Mariona?

Pol asiente. Antes de que Gastón le pida explicaciones, se adelanta.

—No estaba preparado para verlos —dice—, a ti, a papá; necesitaba tiempo.

Conforme se van acercando a la caseta de herramientas divisan el bulto del cuerpo de Gato, que yace en el jergón improvisado.

—¿Ya viste a tu padre? —le pregunta Gastón—, estábamos preocupados.

—¿Qué le pasa a Gato? —contesta Pol.

—¿Sabes que tu abuelo está aquí? —replica Gastón.

—¿Qué está pasando? —dice Pol.

—¿De qué? —responde Gastón—, nada.

—¿Nada? —dice Pol—, ¿qué significa ese mensaje en la barda?

27

Dos grafitis en la barda perimetral del huerto. Uno visible para los turistas del Parque Histórico y otro tan grande que puede contemplarse desde la avenida. Escritos en letras mayúsculas, en color rojo, y con la misma caligrafía de otros mensajes que han ido apareciendo en el barrio como «Fuera Forasteros» o «Stop Forasteros».

T R A I D O R

28

Duda de nuevo, justo antes de entrar al bazar, pero entra; tiene que jalar la correa de Gato con fuerza, casi arrastrándolo, porque el perro parece guardar memoria del dolor sufrido en esa acera. Los reparos de Gastón resultan inútiles, porque detrás del mostrador, en la caja, no está Yu, sino su esposa. Le da los buenos días y le explica que necesita pintura de aerosol.

Es temprano, la tienda está vacía, y por eso la mujer lo acompaña. Sobre el mediodía comenzarán a llegar los jubilados que buscan reponer algún utensilio de cocina o productos de limpieza, por la tarde los niños que quieren sonsacarle a sus abuelos un disfraz, pilas, cuadernos, una pelota. La monotonía del barrio rematada por los turistas del Parque Histórico, que compran lo que olvidaron en casa, o aquello que no previeron necesitar: una toalla, un sombrero para protegerse del sol.

Entre el surtido de colores, Gastón descubre una hilera de botes de pintura invisible. La picardía de los lejanorientales lo hace sonreír, son excelentes comerciantes, qué duda cabe. Toma uno de los envases, por curiosidad, para leer la etiqueta.

—Es la que más vendemos —dice la mujer—, veinte o treinta a la semana.

Gastón no sabe si eso es mucho o poco; le parecería mucho si se tratara de un artículo de broma y poco si en realidad funcionara. El peso del bote en su mano le confirma que contiene algún tipo de líquido.

—Solo puede verse con luz ultravioleta —explica la mujer.

—¿De verdad? —le pregunta.

—Oh, sí —contesta la mujer—; mire, venga.

Antes de seguirla, Gastón toma dos botes de pintura negra, con los que pretende ocultar las injurias en el muro del huerto; la mujer recoge una lámpara en su camino hacia la acera.

—Mire —le dice a Gastón.

Señala hacia el muro lateral de la tienda, el contiguo a la gran vidriera, donde no vemos nada. Enciende la lámpara y al acercar la luz violeta a la pared vemos surgir una M, una O, una G, una W, una A y una I. Gastón mira a la mujer para que le explique el significado de la palabra.

—Es una palabra nuestra —dice la mujer—, una palabra mala. Hay gente mala por aquí, gente que no nos quiere.

¿Los lejanorientales venden la pintura invisible con la que luego son insultados, además, en secreto? Gastón no entiende nada, o quizá lo está entendiendo a medias, mal, como nosotros. Quisiera pedirle a la mujer que se lo explique, pero teme cometer otro desliz (sugerir, sin creerlo, que el instinto de negocios de los lejanorientales, su ambición, es más fuerte que su instinto de

protección). Lo salva de la indiscreción Yu, que aparece en ese momento con sus dos hijos, luego de dar vuelta en la esquina. Ve a Gastón, la lámpara en las manos de su esposa, y dice algo en una de las numerosas lenguas que se hablan en el lejano oriente; que se metan a la tienda, interpretamos, porque es lo que hace la mujer, seguida por los dos niños.

—Es la mercancía que más nos roban en la tienda —dice Yu—. Cinco o diez botes a la semana.

Ahora entendemos menos, pero el lejanoriental va a decir algo más, así que mejor callemos, pongamos atención y quizá logremos sacar algo en claro.

—Es una señal —dice Yu—, nos están marcando.

Saca un cigarrillo, lo enciende y empieza a fumar, contemplando la pared donde, sin la lámpara, no podemos ver el mensaje. Por imitación, los transeúntes que pasan por la acera miran también el muro, intrigados, intentando descubrir qué hay de interesante en él para que Gastón y el lejanoriental lo observen con tanto detenimiento.

—Algo traman —dice el lejanoriental.

Fuma concentrado, como si fuera un detective analizando la escena de un crimen; las pruebas para encontrar a los culpables estarían por ahí, en la pared y en la acera (huellas dactilares, pisadas de zapato, restos de ácido desoxirribonucleico), aunque la verdadera explicación habría que buscarla más allá de esa calle o del barrio (precariedad, crisis económica, distorsión del territorialismo, hormonas del miedo).

—¿Por qué no retiras la mercancía? —se atreve a preguntar Gastón.

Pareciera estar diciendo que muerto el perro se acabó la rabia; pero ni el perro son los botes de pintura invisible, ni la rabia los mensajes (el perro son las hormonas del miedo, la rabia es el odio). No sabemos si Yu conoce ese refrán, o si existe uno equivalente en el refranero lejanoriental; lo que sí sabemos es que Gastón es el menos cualificado para ponerse a hablar de perros muertos.

El lejanoriental dice que los botes de pintura invisible son muy buen negocio, que los compran los artistas del aerosol para firmar sus obras en las paredes.

—Además —añade—, acabo de instalar una cámara en ese pasillo; los agarraré con las manos en la masa. Es la única manera de saber qué es lo que traman.

No alcanzamos a determinar qué conmueve más a Gastón: el sufrimiento de Yu con las erres al haber elegido el verbo «agarrar» o la ilusión con la que le explica sus planes de detective de novela policiaca.

29

Mogwai quiere decir «espíritu maligno» en una de las numerosas lenguas que se hablan en el lejano oriente; pero es sobre todo, y Gastón lo recuerda ahora, al leer los resultados de la búsqueda en el navegador del teléfono, el nombre de unas criaturas fantásticas lejanorientales en una película vigesimónica. No es una casualidad; si hacemos las cuentas descubriremos que fue un éxito comercial en la época en la que los protagonistas de esta historia eran jóvenes.

En la película, un inventor fracasado, padre de familia, busca un regalo para su hijo y compra una criatura adorable, una especie de peluche vivo, en un bazar lejanoriental. La criatura exige una serie de cuidados estrictos y unas reglas que no deben transgredirse (no alimentarlo después de la medianoche, que no entre en contacto con el agua). El hijo comete un descuido y la criatura adorable se multiplica, pero en su versión maligna: un pequeño monstruo asesino que destruye la ciudad.

Gastón recuerda las continuas referencias que se hacían en la película a la mala calidad de los productos lejanorientales, especialmente a los dispositivos electrónicos. En medio de tantas explosiones y asesinatos sangrientos, resultaba difícil advertir que se trataba de propaganda proteccionista de las otras antiguas Colonias del lejano oeste, las prósperas, las que los isleños del norte arrebataron a los peninsulares hace siglos.

30

De pie en la entrada del huerto, la adormecedora le informa que la ceremonia en su totalidad tomará una semana. Que al séptimo día el tratamiento debe celebrarse en el mismo espacio en el que será sepultado el perro. La elección del verbo «celebrar» es tan desafortunada como la expresión «cumplir el procedimiento», pero debe ser un error de traducción; supongamos que la adormecedora no tiene un dominio de la lengua colonizadora que le permita advertir la ironía lúgubre que encierra el verbo. Se ha presentado así al llegar, diciendo que es la adormecedora, sin nombre ni apellido, y Gastón tampoco se los ha preguntado, por sugestión, por miedo a que un equívoco arruine la representación.

—¿Dónde lo haremos? —pregunta la adormecedora.

Pasea la vista por el huerto y la detiene en la silueta maciza del algarrobo.

—Lo haremos ahí —dice, levantando la mano derecha para señalar con el dedo índice hacia el árbol—, ¿es de tu propiedad el huerto?

Gastón asiente, sin entusiasmo, a pesar de que sabe que es el sitio perfecto. Está distraído observando la araña vascular que la adormecedora tiene en la mejilla derecha. Las líneas rojas, delgadísimas, temblorosas como patas de arácnido de desván sobre la piel tersa. ¿Qué edad tendrá la adormecedora? Alrededor de cuarenta, especula Gastón, mientras sus ojos continúan recorriendo esas líneas. La adormecedora percibe la mirada pero no se incomoda, ni se lo reprocha; debe estar acostumbrada. Hay algo hipnótico en esa araña, que ejerce un atractivo morboso, como reforzando el aura sobrenatural de la adormecedora, aunque su indumentaria la desmienta (viste una camiseta lisa, un pantalón de excursionista, con bolsos por todos lados, y calza unas botas masculinas, de obrero o trabajador de la construcción).

Descienden lentamente la ladera hasta el árbol, respetando el ritmo parsimonioso del perro. Se instalan a la sombra del algarrobo. La adormecedora le indica a Gastón que necesita que Gato permanezca echado, que espera que no sea necesario sujetarlo, pero que tiene que estar acostado, aunque sea a la fuerza, se contradice. El perro se echa solo, es la posición en la que pasa la mayor parte del tiempo ahora, para evitar el dolor, y Gastón se acuclilla para acompañarlo. La adormecedora dice algo en una lengua lejanoriental, quizá en la misma lengua de Yu, quizá en otra, algo que suena a bueno, o bonito, a lo que se le diría a un perro para premiarlo por su comportamiento.

—¿Qué le pondrás? —pregunta Gastón.

La adormecedora dice que un analgésico natural, que no se preocupe, que no hace daño, que si no funciona tampoco tendrá efectos indeseados. Gastón observa a la adormecedora abrir el maletín que le causó tantos recelos al darle la bienvenida. Los maletines suelen guardar terribles

secretos, instrumentos de tortura, agujas y esparadrapos, en este caso. Mientras la adormecedora manipula los utensilios, Gastón se repite que todo va a estar bien, que todo va a estar bien, pero no dice nada, solo mira a los ojos a Gato, como si de esa manera su voz fuera a salir de su cabeza y trasladarse a la del perro.

De pronto, la adormecedora grita un insulto, que interrumpe a la mitad al advertir que desdibuja el misticismo del momento. Se ha pinchado con una de las agujas. Lo ha gritado en la lengua aborigen. Gastón cree que lo ha pronunciado con acento del extrarradio.

31

Dice que solo lo va a contar una vez. Que no quiere repetirlo, que tienen que estar todos juntos. Antes de acomodarse, Gastón lleva los platos a la cocina y arrastra una de las mesas para adjuntarla a aquella en la que Max, su padre y Pol acaban de comer, para que estén más cómodos los cuatro. Por lo visto, Max sobrevive a base de descongelar las viandas que Gastón tuvo la precaución de preservar. Hoy, para celebrar que la familia está reunida, han elegido pavo en salsa de pimientos, chocolate, almendras y ajonjolí.

Pol le pide a Max que apague el teléfono, dice que no les contará nada si no deja de lado el videojuego. Es más, exige que lo apaguen todos, no se fía de esos aparatos programados para el espionaje. Gastón se ríe un poco del candor de Pol, de su juventud, pero este no continúa hasta que todos lo obedecen.

El abuelo de Pol es el más impaciente, se revuelve inquieto en el asiento para mostrar que tanto misterio le resulta infantil, como si lo estuvieran obligando a jugar al escondite, a él, un prófugo de la justicia. Al menos Max parece curioso, interesado. ¿Será posible que lo que Pol les vaya a contar sea algo capaz de devolverlo a la Tierra? Si Pol se ha metido en un problema eso puede terminar por despertar los instintos adormecidos de Max. Un obstáculo a superar puede darle un nuevo sentido a su existencia, obligarlo a actuar, a escapar de la nada. La nada de Max: la persiana del restaurante echada, las televisiones encendidas, el microondas descongelando comida, los caramelos multicolores.

Pol carraspea.

—No estamos solos —dice.

El abuelo de Pol se sobresalta, mira hacia la primera estancia, inspeccionando la entrada del restaurante.

—¿Cómo? —pregunta.

—Hay vida en otros planetas —dice Pol.

Cierra la boca para dar tiempo a que los otros procesen la noticia. Gastón y Max cruzan miradas, restableciendo por un instante su complicidad y calculando si Pol estará hablando de un descubrimiento científico o si estará padeciendo un brote de paranoia. El abuelo de Pol lo tiene más claro.

—Te dije que se te iba a congelar el cerebro —le dice.

—Todo el trabajo que hacemos en la Tundra es una tapadera —explica Pol—. Por eso me escapé. Lo descubrí por casualidad. Yo no debería saberlo.

32

La cadencia de la respiración de Gato va disminuyendo poco a poco; Gastón lo siente rendirse al sueño, las manos que descansan en la cabeza y el lomo advierten el abandono del cuerpo. Si un perro fuera capaz de alcanzar la paz espiritual, piensa Gastón, si un perro necesitara creer que existe algo llamado paz espiritual, pensamos con Gastón, sería algo parecido a esto. Gato sonríe una sonrisa hecha de músculos distendidos y orejas relajadas. Las cuatro patas flexionadas simétricamente: el perro está acurrucado. Es un momento de sosiego tan absoluto que escuchamos cómo las cebollas alargadas de la parcela vecina escarban la tierra, la hacen crujir al perforarla en su alargamiento.

La adormecedora le pregunta a Gastón si quiere que le cuente los sueños de Gato o si prefiere que permanezcan en silencio. Gastón teme romper esa calma perfecta; le inquieta, además, que irrumpa la charlatanería justo ahora que se ha convencido del acierto de convocar a la adormecedora, de preferirla a la clínica veterinaria. Su primer impulso, pues, es contestar que no, que prefiere esta quietud, esta realidad amansada. Pero la adormecedora parece entusiasmada, como si contar los sueños de Gato formara parte de esa ceremonia que ella celebra y en la que no acabamos de confiar del todo. Gastón mira de nuevo la araña vascular en la mejilla derecha de la adormecedora. Más que una araña ahora le hace pensar en una telaraña. Su mirada se queda atrapada ahí. La adormecedora empieza a contar un sueño, y Gastón la escucha.

Cuando termina, los dos están riendo, a carcajadas; la adormecedora apenas ha conseguido concluir su relato, atragantada por su propia risa.

—¿Cómo se te ocurren tantas tonterías? —le pregunta Gastón.

—No sé —responde la adormecedora—, improviso. ¿Te molesta?

Gastón dice que no con la cabeza, riendo todavía.

—¿Qué le pusiste? —pregunta, apuntando con la cabeza a Gato.

—Un poquito de morfina —contesta la adormecedora.

—Gracias —dice Gastón.

La adormecedora suspira para acabar de recuperarse del ataque de risa. Levanta la vista hacia las ramas altas del algarrobo; luego desciende y delinea el contorno de su sombra protectora.

—Se está bien aquí —dice.

Gastón asiente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

La adormecedora pronuncia su nombre, un nombre tradicional de los aborígenes de esta parte de la Península.

—¿En serio? —responde Gastón.

—¿Qué pasa? —dice la adormecedora.

—Nada —contesta Gastón—. ¿Quieres una cerveza?

—Y unas aceitunas —contesta la adormecedora.

—Tengo una bolsa de patatas fritas —dice Gastón.

—Me valen —dice la adormecedora.

Gastón se levanta para ir a la caseta de herramientas, donde tiene el pequeño refrigerador. Cuando vuelve, le ofrece la lata de cerveza a la adormecedora.

—Escucha —dice ella, con precaución, como tanteando el terreno.

Se miran a los ojos mientras dan el primer sorbo después de brindar.

—Si quieres podemos hacerlo hoy —dice la adormecedora.

Gastón se avergüenza, porque no entiende qué es lo que le está proponiendo la adormecedora, que desvía su mirada hacia Gato y se lo señala con las cejas. Ahora que se ha sincerado, le está ofreciendo abandonar la representación, olvidarse de la ceremonia, acabar de una vez con el sufrimiento del perro.

—Además, te va a salir más barato —añade la adormecedora, para quitarle dramatismo a la situación.

La adormecedora, y nosotros, miramos cómo Gastón se recarga en el algarrobo, apretando la lata con fuerza.

—No estoy listo todavía —dice.

33

El abuelo de Pol se levanta, exasperado, atraviesa el restaurante y se acoda en la barra con el teléfono conectado a la electricidad. Desde que llegó, sus días están hechos de conversaciones en clave con antiguos colaboradores e intercambio de mensajes con supuestos aliados que podrían ayudarlo a resolver el malentendido. Así llama el padre de Max a la desaparición del cuarenta por ciento del presupuesto de obras públicas del consistorio de su ciudad: el malentendido.

En el comedor, en penumbras, permanecen Gastón, Pol y Max. A pesar de lo fantasioso que suena todo lo que dice Pol, no creemos que esté mintiendo; se trata de algo mucho más sofisticado que una mentira. Hasta ahora, esto es lo que imaginamos, junto con Gastón: que Pol sabe mucho, que su cabeza está llena de información; que las condiciones inhumanas de la Tundra lo han roto, produciendo una sobredosis de hormonas del estrés, y la manera en que esta enajenación se manifiesta es una crisis de paranoia. Está confundiendo que la confidencialidad de las investigaciones en las que participa, debida a motivos triviales (inversiones, patentes, rendimientos financieros), tiene otros fines, secretos, como si alguien estuviera escribiendo una trama con intenciones ocultas; el origen de la conspiración.

Gastón intenta tranquilizarlo interrogándolo de manera infantil, pedagógica; sabe que no puede imponerle una vuelta a la normalidad, que es Pol quien debe darse cuenta, solo, de su ofuscamiento. Necesita creer que la crisis de Pol es algo pasajero. Y contempla con esperanza la posibilidad de que este episodio ayude a Max, a la restauración del vínculo paterno.

—Cuéntanoslo bien —le dice Gastón a Pol—, desde el inicio. No hay prisa, tenemos todo el tiempo para escucharte.

Eso es verdad, y el estado del restaurante lo confirma: las mesas que no han usado en los últimos días están cubiertas por una fina capa de polvo; dos barriles de cerveza estorban a mitad del pasillo que conecta la primera estancia con el comedor; el pizarrón sigue ofertando los platos especiales del último día que abrió Max; el restaurante, desahuciado, emana ese aroma a rancio y a suciedad que es también ya el olor característico de Max; el tiempo parece detenido, como si esa fuera la estrategia de Max para resolver sus problemas, creer que así el final del mes no va a llegar nunca, contradecir las leyes de la física, como si el transcurso del tiempo y la expansión del espacio no fueran la condición de toda existencia, como si los nororientales no estuvieran esperando.

El tiempo ha dejado de importar, el tiempo sobra, no tienen nada que hacer, van a escuchar todo lo que tenga que contarles Pol.

—Bien —dice Pol, calculando por dónde empezar.

Tiembla un poco de frío, aunque el ambiente está templado, recalentado por el encierro y por

la suave combustión que emana de los cuatro cuerpos humanos más el cuerpo perruno.

—Hay una teoría, una hipótesis —se corrige Pol—, que se llama panspermia. Semillas por todas partes. Eso quiere decir panspermia. Que hay semillas de vida por todo el Universo. No solo en nuestro planeta. Hasta hace poco creíamos que las condiciones de la Tierra eran únicas o, cuando menos, especiales.

Pol hace una pausa breve, como para marcar un punto y aparte, un fin de párrafo, el fin de la introducción. Se empina el resto de la cerveza que había estado bebiendo con la comida. Luego continúa.

Dice que en los últimos años las sondas, los telescopios y los vehículos espaciales comprobaron que eso no es así, que en realidad es al revés; que hay infinidad de lugares en el Universo con condiciones similares a las de la Tierra: tener una superficie sólida y algún tipo de atmósfera; estar a una distancia orbital habitable de una estrella, como nosotros del Sol; tener abundancia de elementos químicos en estado líquido que podrían propiciar, en algún momento, el origen del metabolismo biológico.

—Una hipótesis del origen de la vida en la Tierra —sigue Pol— es justamente esa: que sus semillas habrían llegado del espacio exterior.

Litopanspermia, dice Pol. Que esas semillas de vida hubieran llegado en un meteorito. Microlitopanspermia: que vida microbiana hubiera viajado en granos de polvo a través del espacio. Radiopanspermia: esporas de vida que recorrerían el Universo arrastradas por la presión de la luz estelar. Necropanspermia: virus inactivos, fragmentos de bacterias inertes, que al llegar a la Tierra habrían vuelto a renacer.

—O lo que nos están ocultando —dice Pol.

Hace una pausa dramática porque, además de ser científico, ha visto, como todos nosotros, muchas películas. Sabe que este es el momento en el que la tensión de su relato llega al límite, al clímax previo a la revelación. Se levanta, camina a la barra y vuelve dando sorbos a una nueva botella de cerveza.

—Panspermia dirigida —dice, de pie, sin intención de volver a tomar asiento—. Una colonización realizada por una civilización extraterrestre que habría enviado material genético a la Tierra.

Gastón y Max lo miran fijamente, fascinados. La paranoia tiene siempre una lógica aplastante, sin fisuras, que niega el azar o las coincidencias y pretende desvelar un orden oculto, la identidad del autor de la trama, sus intenciones secretas; todo falso, un error de sobreinterpretación. Pero también hay paranoicos que tienen razón, ¿quién no ha conocido alguno?

—Todos venimos de allá —dice Pol, señalando con la botella hacia el techo del restaurante.

Da un sorbo largo a la cerveza.

—Somos un experimento —dice.

Otro trago, como dándose valor.

—Todos somos extraterrestres.

34

Lo de la panspermia es real, confirma Gastón en la red, navegando en su teléfono, ya acostado en la cama. El concepto existe, queremos decir, y todas las variantes que les ha explicado Pol. Son teorías que circulan por igual entre astrobiólogos, con escepticismo, que entre fanáticos de lo extraterrestre, que las defienden con ardor. Algunos dicen que la Tierra es un zoológico protegido por una civilización extraterrestre superior.

Gastón lee también que hay una sociedad de «seres desconocidos» que conduce en secreto los asuntos del mundo, que controla este experimento llamado vida en la Tierra, a quienes otros denominan «agentes desconocidos» o «superiores desconocidos». Gastón habría seguido leyendo más, pero una alerta de virus al intentar abrir el testimonio de un supuesto contactado lo hace desistir.

Cierra el navegador en el teléfono y le envía un mensaje a Max. Le pregunta si ya está dormido, si lo puede llamar. Gastón observa en la pantalla del teléfono que Max ha leído el mensaje, pero no contesta. Espera dos o tres minutos y decide tomar la iniciativa.

—¿Pasa algo? —le pregunta Max al contestar—, ¿Gato está bien?

Gastón le dice que quería hablar de Pol y Max le contesta que ya se le pasará, que se dará cuenta de que está delirando, que las condiciones en la Tundra eran muy duras, pero que su hijo es sensato, que volverá a entrar en razón. Que el jefe de Pol le dijo que este tipo de cosas solían suceder y que hay que darle un tiempo para que recupere la normalidad.

—¿Le avisaste que Pol está aquí? —pregunta Gastón.

—Todavía no —contesta Max—. Pol me pidió que no le dijera nada. Insistió mucho. Ya viste cómo está. No quiero ponérmelo en contra.

Gastón se queda en silencio para alargar el momento. El teléfono en el oído derecho le calienta ligeramente la oreja; es una sensación de bienestar. La cama tibia. La oreja tibia. La voz de Max.

—¿Estás mejor? —le pregunta—, mañana podría pasarme por la tarde para ayudarte a vaciar la cocina.

Max también tarda en responder. Sus razones tendrá, pero no podemos saberlas, porque no nos fue dado acceder a él, a sus pensamientos y motivaciones. Si lo acompañáramos a él, en lugar de a Gastón, estaríamos contando otra historia, una totalmente distinta, pasarían muchas menos cosas, habría menos personajes y a estas alturas ya nos estaría dando un ataque de claustrofobia.

—Oye —contesta Max, evadiendo de nuevo el tema de la entrega del restaurante, que le parece enfadoso, si analizamos su comportamiento hasta ahora, como la subtrama de una novela que el narrador descarta por pereza o un mal hábito que se quiere hacer desaparecer a través de la

negación.

Gastón espera. Aunque no lo veamos, podemos intuir a Max del otro lado, dudando, calculando, seleccionando las palabras adecuadas para quitarse de encima a Gastón, para evitarlo de nuevo sin sonar grosero. Pero cuando habla cambia de tema.

—¿Llegaste a hacer la recalificación de los terrenos del huerto? —pregunta.

—No —contesta Gastón.

—Pues deberías hacerlo —dice Max.

Se despiden y Gastón, que ha entendido la propuesta oculta tras la pregunta de Max, corta la llamada apresuradamente, para no despeñarse hacia la promesa, para no ofrecerle algo que no está seguro de poder cumplir, para no anticipar aquí algo que, de concretarse, tendrá lugar en páginas futuras. No es que Gastón quiera crear suspenso, intriga, pero ahora tiene un plan. Un plan B. Y la fantasía de ese plan lo ilusiona tanto que le impide dormir. Pasa un par de horas soñando, con los ojos abiertos, en la oscuridad, contándose un cuento feliz, escuchando su propia respiración y la del perro, que está echado en su jergón al lado de la cama, y se da cuenta de que la ilusión es igual de engañosa que la paranoia, ambas crecen sin parar, perfectas, invencibles, hasta que se topan con la realidad, la inapelable realidad. Pero Gastón siempre ha preferido ser un iluso antes que ser un amargado, qué suerte tenemos, y lo único que empaña esta proyección de felicidad es saber que Gato no estará ahí para acompañarlo.

35

Otra secuencia de mensajes desde el pasado, desde el Cono Sur. Gastón los revisa de pie en la cocina, mientras espera a que bulla el agua de la cafetera. Proviene de otro número, un nuevo número a bloquear, pronosticamos, si tomamos como base de predicción el comportamiento previo de Gastón. En esencia, dicen lo mismo que los mensajes de la última vez, salvo el primero, el de introducción, que comienza preguntando si Gastón recibió hace unos días los mensajes de su otro sobrino, del hermano del que ahora escribe. Luego una retahíla idéntica: la injusticia de la herencia, la desproporcionalidad, las devaluaciones, el patrimonio, la exigencia de restitución, de común acuerdo, amistosa, en familia.

Ya sabemos lo que Gastón hará a continuación. No nos equivocamos.

36

El agente de la inmobiliaria le dice a su compañera, utilizando la lengua aborigen, que saldrá a tomar un café con el cliente. Recoge el teléfono que está al lado del teclado, rodea el escritorio y se encamina con decisión hacia la salida del local. Gastón tarda en reaccionar; Gato, que acaba apenas de acomodarse hecho un ovillo, también.

Es la hora de la salida de los colegios y deben esquivar a los abuelos titubeantes, a los niños impulsivos que van cubriendo las aceras de migajas de pan y de galletas. Pasan frente a varios bares sin detenerse, Gastón se imagina que el agente tendrá su favorito, pero resulta que lo lleva a un descampado que sirve de estacionamiento. No hay nadie por ahí; varios de los coches tienen gruesas capas de polvo, los neumáticos desinflados. El agente le pide que espere, se dirige hasta un dos puertas viejo, lo abre y vuelve con una cajetilla de cigarrillos en las manos.

—¿Fumas? —le pregunta.

Gastón dice que no. El agente tiene que volver al auto a buscar fuego.

—La cosa no está fácil —dice, después de arrojar una sucesión de anillos de humo de tabaco —, pero se puede hacer. Hay que mover contactos en el distrito, comprometer a algún regidor. ¿Quieres construir vivienda? —pregunta.

—No —responde Gastón—, un restaurante, algo pequeño; máximo cien metros, en la entrada del huerto.

El agente le dice que para eso no vale la pena. Que ahí podría levantarse un edificio de viviendas, un condominio, con piscina, áreas verdes, parque para los niños.

—Eso —dice el agente—, puesto aquí, en el barrio, sería un bombazo. Es tu entrada a una jubilación de lujo.

Gastón mira por primera vez al agente con curiosidad, advierte el lustre de la corbata verde, mientras intenta deshacer el automatismo de relacionarlo con Pol, separarlo de esa masa de amigos y compañeros todos más o menos iguales: jóvenes sencillos, clasemedios conformes con su destino, hablantes de la lengua aborigen como método de igualación social, fanáticos del fútbol, del equipo de la ciudad, del mejor futbolista de la Tierra. No esperaba que fuera él quien empezara a poner a prueba sus ilusiones, o, por lo pronto, digamos, sin ser dramáticos, a ponerle obstáculos. Pensaba que él podía ser su cómplice, pero ahora descubre que la corbata verde simboliza mucho más que un trabajo precario en el que se tiene la posibilidad de dar un buen golpe de vez en cuando.

—Mira esto —dice el agente, señalando con el cigarrillo fumado a medias a su alrededor—, ¿puedes creerlo? Son más de dos mil metros cuadrados. Son del ayuntamiento, los expropió cuando se hizo el nuevo plan de urbanismo, con todo el lío de las reservas ecológicas.

Hace una pausa para terminar de fumar el cigarro.

—¿Has pasado por aquí en la noche? —pregunta—. ¿Sabes para qué sirve esta reserva?

Como si supiera perfectamente lo que tiene que hacer, Gato empieza a gemir y retorcerse de dolor. Es un buen compañero, Gato, inteligente, siempre lo ha sido. Gastón juraría que está fingiendo, pero esta vez el ataque es más violento, más largo. El agente contempla la escena con indiferencia, como si en lugar de un perro con dolor lo que presenciara fuera el berrinche de un niño.

—Tengo que irme —le dice Gastón al agente, luego de explicarle lo que le pasa al perro, en cuanto recupera la calma.

—Piénsalo —le dice el agente—, hazlo por Pol, va a necesitar mucho apoyo ahora que se le fue la cabeza.

—¿Cómo? —pregunta Gastón.

El agente lo mira con condescendencia, como si ahí el mayor fuera él y Gastón el jovencito, y enciende un segundo cigarro.

—No te ofendas —dice—, tengo una hermana con esquizofrenia. Hay sitios al lado del mar, con jardines, donde reciben todos los cuidados que necesitan. Pero son privados. Cuestan mucho dinero. Ojalá yo estuviera en tu posición.

Gastón le da la espalda y tira fuerte de la correa para levantar a Gato y escapar, pero la lenta y desconfiada reacción del perro lo obliga a seguir escuchando.

—Mi novia es amiga de Ona —explica el agente—, la ex de Pol. No sabes cómo se puso, se asustaron tanto que hasta llamaron a la policía.

37

Conforme camina de vuelta al huerto lo va dominando una fantasía paranoica, con cada paso se encadena un argumento más a favor de sus temores. ¿Y si Pol ha perdido la razón? ¿Y si está tocado? ¿Quién lo habrá tocado? Las leyendas de la antigüedad hablan de seres sobrenaturales que tocaban con un dedo la cabeza de sus víctimas para hacerles perder la inteligencia, pero Pol es un científico y Gastón no cree en esas cosas. Lo que ha tocado a Pol, si acaso, son las condiciones inhumanas de la Tundra, el estrés que se ha convertido en ataques de ansiedad, quizá en un brote psicótico. ¿Y si Pol acaba convirtiéndose en el nuevo loco del barrio?

Antes hubo otros locos. Aquella señora que interceptaba a los peatones para ofrecerles unos dibujos que sacaba de una carpeta de la compañía de gas; el muchacho que agitaba airadamente las manos mientras discutía a gritos con un enemigo imaginario; varios indigentes que acampaban en los cajeros de los bancos con el mal tiempo y se instalaban en las plazas cuando hacía buen clima; otro famoso, hace muchos muchos años, recuerda Gastón, en las obras de reforma del Parque Histórico, uno que daba órdenes a los trabajadores porque decía que era regidor del ayuntamiento; y la de los perros, claro, la que se pasaba el día acariciando a los perros, a la que Gastón conocía muy bien, porque quería mucho a Gato (un cariño correspondido), y que desapareció un día sin dejar rastro.

Hace una pausa y toma asiento en la terraza de un bar, con Gato echado a sus pies, dormitando. Pide una cerveza y extrae el teléfono del bolsillo del pantalón. Las hormonas del estrés son una respuesta del cuerpo a una situación de amenaza, psicológica o física, ficticia o real. Gastón lo lee en la pantalla, en una página de información médica. La herencia genética puede predisponer a una mayor vulnerabilidad, que produciría episodios de psicosis, depresión o trastornos de ansiedad. Los delirios o alucinaciones están relacionados con la esquizofrenia o con la bipolaridad, y la respuesta aguda acelera mecanismos fisiológicos como la respiración, la frecuencia cardiaca y la tensión arterial; es como si el cuerpo se preparara para un clímax, para un desenlace, conforme aumenta la velocidad, aunque, en realidad, esa sensación es perpetua, porque una de las cosas que altera el desequilibrio mental es la percepción del tiempo (anula el pasado y el futuro, los fusiona con el presente). No hay causas y efectos, todo sucede al mismo tiempo, en un presente eterno en el que la realidad se manifiesta completa. Gastón teclea las palabras frío, temblores, temperatura corporal, pero no obtiene resultados concluyentes.

Se ha sentado en la terraza de un bar lejanoriental; solo se da cuenta ahora, cuando el lejanoriental deposita el vaso en la mesa, junto con un platito de maíz tostado. Gastón da un largo sorbo a la cerveza, para intentar adormecer su paranoia, para entorpecer el encadenamiento de sus pensamientos, la lógica de síntomas y efectos que le hacen temer por la salud mental de Pol. Es un

incidente pasajero, se dice Gastón, como una sospecha de tragedia que luego se descarta por inverosímil o inconsecuente, a menos que la genética exija su continuidad. Pero ¿cómo saber cuál es la herencia de la familia de Max y, más difícil aún, de la de su madre?

—¿Qué le pasa al perro? —escucha Gastón de pronto.

Lo ha dicho el lejanoriental, haciendo un esfuerzo sobrehumano para pronunciar las erres de la palabra perro, apuntando con la mano derecha hacia el lugar en el que se encuentra echado Gato, hacia la mancha de sangre que ha dejado, alrededor de la cola, en las losetas de flor de la acera. Gastón se apresura a tomar el servilletero, pero el lejanoriental lo interrumpe.

—No te preocupes —dice—, ya lo limpio yo.

38

Esta vez, cuando la adormecedora abre el maletín, vemos, además de las jeringas y los esparadrapos, las cuatro latas rojas.

—Hoy me toca invitar —le dice a Gastón, extendiendo el brazo derecho para ofrecerle la cerveza.

Gastón le da las gracias y abre de inmediato la lata. La adormecedora espera hasta terminar de aplicar el opiáceo, hasta confirmar su efecto en Gato y comprobar su pulso. Se queda sentada con la espalda recargada en el tronco del algarrobo, acariciando con la mano izquierda el lomo del perro. Hoy ha venido un poco más tarde y el claroscuro de la sombra del árbol ofusca las líneas de la araña vascular en su mejilla, que ahora parecen más violetas que rojas.

—¿Hace mucho que tienes esto? —pregunta la adormecedora, paseando la vista por la parcela vecina de cebollas alargadas y por la que está detrás, donde crecen coles diminutas.

—Casi treinta años —contesta Gastón.

—Te creía más joven —le dice la adormecedora, haciendo una mueca burlona para acentuar la ironía del cumplido—. ¿Tienes familia?

Gastón le dice que no.

—¿Un poco ermitaño, no? —dice la adormecedora—, pasas mucho tiempo a solas, quiero decir, ¿no te aburres?

Aunque parezcan impertinencias, las palabras de la adormecedora no incomodan a Gastón, quien incluso agradece la curiosidad de su interlocutora. Echa de menos conversar con alguien, compartir su cotidianidad, desde que Max se ha encerrado en sí mismo. Gastón le contesta que no, que el huerto tiene una rutina muy exigente. Que no le sobra el tiempo.

—Pero no te hagas una idea equivocada de mí —dice—, tengo amigos, algunos tan cercanos que podría decirse que son como mi familia. Son mi familia, de hecho —se corrige, sobre la marcha, para dar énfasis a su convicción.

Le habla enseguida de Max y de Pol, con un entusiasmo que enternece a la adormecedora, nos damos cuenta, porque abandona su actitud socarrona y lo escucha con interés.

—¿Nunca te casaste? —le pregunta, cuando Gastón hace una pausa para beber cerveza—, ¿o tu amigo y tú son pareja?, perdón, quizá no lo entendí.

Gastón ríe por la confusión. Le cuenta la historia de la madre de Pol, los múltiples romances de Max, decenas en todos los años que lleva de conocerlo, relaciones de unos cuantos días o de unas semanas o, cuando mucho, de unos cuantos meses. La adormecedora le pregunta si él también es uno de esos «solteros incorregibles» y la frase es tan vigesimónica que nos hace preguntarnos

por su edad, ¿será mayor de lo que nos parece?

—En realidad no —contesta Gastón—, yo voy a otro ritmo.

Han terminado de beber la primera cerveza y la adormecedora extrae del maletín las dos segundas, una para cada uno. Gastón le habla entonces de los ciclos de cultivo, de las estaciones, del clima, de las lluvias, del agua y del riego, del tiempo medido en cosechas, de la soledad, de la compañía de Gato, de la rutina, de las actividades mecánicas, automáticas, repetidas miles de veces durante tantos años, de las plagas, de las orugas, de los ratones, de su abuelo, en el Cono Sur, que también tenía un huerto, de las higueras de su infancia, de una vez que Max trajo semillas de pimientos de su tierra y resultaron tan picantes que tuvieron que tirar la cosecha a la basura porque no había quien los soportara.

—¿Me has echado todo este rollo con tal de no decirme si tienes pareja? —pregunta la adormecedora, volviendo a las bromas—; muy sospechoso todo, ya te digo.

Gastón simula una sonrisa y mira fijamente la araña vascular en la mejilla derecha de la adormecedora.

—¿Y tú? —contesta Gastón—, ¿tú qué? Cuéntame algo que esto parece un interrogatorio.

Coloca la lata de cerveza vacía, que se ha ido bebiendo a sorbitos, en el suelo y la aplasta con el pie derecho.

—¿Nos tomamos otra cerveza? —dice la adormecedora.

39

Gastón y Pol escuchan que el abogado campesino dice que hay lugares donde han prohibido los bazares lejanorientales. Que las navidades pasadas, en la Tundra del lejano oeste, hubo un problema de salud pública por culpa de unos muñecos de peluche que se habían puesto de moda.

—Se llaman Mogwai —dice el abogado campesino—, ¿oyeron algo de eso?, ¿lo vieron en las noticias?

Los asistentes dicen que no. Gastón y Pol no dicen nada para que no los descubran: se han quedado en la entrada del salón donde se lleva a cabo el encuentro, en la trastienda de un comercio de toda la vida, protegidos por la puerta entornada. Esta vez Gato no los acompaña, lo que quiere decir que Gastón previó esta escena, la escucha a hurtadillas, y prefirió no arriesgarse a que el perro pudiera delatarlos. Ver a Gastón fuera del huerto sin Gato es extraño, transmite, acostumbrados como estamos a verlos siempre juntos, la imagen de algo incompleto. Un rostro al que le falta la nariz o los ojos.

Está aliviado de que poca gente haya respondido al llamado; Gastón se asoma y cuenta solo seis personas en el público. Reconoce al cordillerano y a su amigo, el costapacifiqueño. Ni siquiera el Tucu ha venido. Gastón recibió la invitación en el teléfono a través de la aplicación de mensajería instantánea y la hubiera ignorado por completo si no hubiera sido porque Pol le vino con el cuento de que el Tucu le había dicho que se hablaría del caso de Max, de las acciones para salvar el restaurante. A Gastón le preocupa que el Tucu esté rondando ahora a Pol. Esto es lo que entendemos: que como ni Max ni Gastón le han hecho caso, ahora ha ido detrás del hijo.

—Claro que no lo saben —continúa el abogado campesino—, porque los lejanorientales no quieren que se sepa.

Dice que los lejanorientales invierten mucho dinero en controlar a los medios, en manipular la opinión pública, en divulgar noticias falsas. Explica que los Mogwai son unos bichos de peluche, parecidos a un oso, pero con ciertos rasgos de un gato. Que la baja calidad de los materiales y algún producto químico tóxico empleado en su producción habían desencadenado una pandemia de alergias y que decenas de niños habían muerto por choques anafilácticos (somos nosotros los que decimos «anafilácticos»), el abogado campesino vuelve a repetir la palabra «alergia».

—Un amigo que trabaja aquí en el puerto me dice que hay un cargamento de esos monstruos listo para ser despachado a los bazares de la ciudad. Nadie va a hacer nada. Ya verán. Nadie va a hacer nada hasta que sea demasiado tarde. Hasta que empiecen a morir niños. Nuestros hijos. Nuestros nietos.

Gastón aprovecha la pausa que hace el abogado campesino en su discurso para preguntarle a Pol si se va a quedar o si quiere entrar. Él ya tiene suficiente. Temía encontrarse con una horda de

vecinos dispuestos a emprender una guerra de limpieza étnica y lo que ve se parece más a la reunión mensual de un club de conspiracionistas.

—Yo me iré —dice Gastón—, no me gusta dejar a Gato solo en casa.

—Vámonos —contesta Pol.

Atraviesan la tienda rumbo a la calle y en cuanto ponen los pies en la acera se topan con el Tucu.

—¿Ya acabó la reunión? —le pregunta el Tucu a Pol.

—No —contesta Pol—, pero no podemos quedarnos.

—Yo luego te hago el reporte —dice el Tucu—, vas a ver que le echamos la mano a tu padre.

Se despide de Pol con una palmada en el hombro sin voltear a mirar a Gastón y se mete a la tienda. La palmada ha sido pura condescendencia, el Tucu ha aplicado la fuerza justa para hacerle sentir a Pol que es mayor que él y que, sobre todo, sabe mucho más de la vida. Antes de que Gastón le diga a Pol que debe andarse con cuidado, el hijo de Max habla primero.

—Cuéntame lo de la adormecedora —dice.

—¿Te vienes a cenar a casa? —le contesta Gastón—. Tengo calabacines recién cosechados. Los pongo a la plancha con un poquito de aceite y hacemos una pasta, ¿qué te parece?

—No tienes que convencerme —replica Pol—. Estoy harto de los tappers del restaurante.

Arrancan el trayecto rumbo a casa de Gastón apresurados; Pol camina habitualmente rápido y Gastón está nervioso porque teme que Gato pueda tener otro ataque en su ausencia.

Dan la vuelta en la calle del restaurante de Max, pero, al acercarse, divisan a un hombre que está apostado en la puerta, moviendo la cabeza ostensiblemente hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, como vigilando el edificio y a los transeúntes. Al verlo, Pol se da la vuelta para desandar sus pasos.

—Por aquí no —dice.

Gastón trata de identificar al hombre.

—¿Qué pasa?, ¿quién es? —le pregunta Gastón a Pol, persiguiéndolo.

Lo toma del brazo para intentar detenerlo, pero Pol consigue zafarse.

—Vamos por acá arriba —le dice—, después te cuento.

40

—¿Quién era ese tipo? —pregunta finalmente Gastón.

Están en la cocina, terminando de lavar la vajilla y tomando una tercera cerveza. Ha preferido posponer esa charla para tener una cena tranquila; lo ha echado tanto de menos que ha decidido que resolver ese misterio, hablar de la situación del restaurante, de Max, de su abuelo, de la salud de Gato, de su huida de la Tundra, de lo que pasó en casa de Mariona, es algo que puede esperar. Que merece esperar. Han hablado de las cosechas del huerto, del equipo de la ciudad, de sus oportunidades de ganar el campeonato continental, de la salud del mejor futbolista de la Tierra, de lo sabrosos que estaban los calabacines.

—Tú me crees, ¿verdad? —pregunta Pol.

Gastón se queda callado, mientras pasa un trapo por los platos para secar los restos de agua. Lo hace concienzudamente, abillantando su desgaste, los rayones producidos por la acción de los cuchillos, que han arado en la superficie de los platos un entramado de surcos delgadísimos; está alargando el momento artificialmente, porque limpiar los restos de una cena para dos es algo que se finiquita en pocos minutos. Gastón quiere ganar tiempo para pensar cómo acometer esa conversación postergada no solo hoy, sino desde el día en que Pol les contara las razones por las que había abandonado su trabajo en la Tundra. No sabemos si le cree o no. Él no sabe si le cree o no. Nosotros tampoco sabemos si hemos de creerle.

—No les conté todo el otro día —dice Pol, que da por bueno el silencio de Gastón y parece leer su pensamiento—. ¿Hacemos café?

Gastón pone la cafetera en el fuego. Terminan la limpieza y esperan el café en silencio. Ambos quieren tener esa conversación en condiciones ideales, sentados en el sofá de la sala, fingiendo que no pasa nada. Suponemos que Pol debe pensar que así tiene más posibilidades de que Gastón le crea, si expone sus argumentos tranquilo. Gastón, por su parte, solo anhela la normalidad, no tener que acabar dándoles la razón a sus temores y al agente de la inmobiliaria.

Sirven el café en las tacitas y se trasladan al salón haciendo equilibrios para no derramarlo, el mismo equilibrio, piensa Gastón, que necesitarán para que la conversación no se derrame. Gastón se sienta en el sofá; Pol en el suelo, junto a Gato, que está echado en su jergón al lado del mueble donde reposa una televisión vetusta.

—El otro día no seguí porque mi abuelo es un incordio —dice Pol—. Papá y tú tampoco es que me apoyaran mucho.

Gastón solo levanta las cejas suponiendo que eso bastará para que Pol entienda que nadie está preparado para reaccionar correctamente a una revelación como esa. Por muchas películas que se hayan visto, por muchos libros de ciencia ficción que se hayan leído, nadie está listo para afrontar

algo así en la realidad.

—Alguien programó ese experimento —empieza a explicar Pol—, la panspermia dirigida —aclara, por si Gastón, y nosotros, lo habíamos olvidado—. No fue una improvisación, no fue que dijeran vamos a ver qué pasa si mandamos esas semillas de vida a la Tierra. Ellos sabían lo que iba a pasar, lo previeron, lo planificaron. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Hace una pausa para beber un sorbo de café.

—Fue una colonización —añade.

Ni Gastón ni nosotros estamos seguros de querer aceptar la lógica de los argumentos de Pol. Lo que queremos, en realidad, lo que nos gustaría, lo que Gastón anhela, es que Pol deje de hablar ya, que no vaya más allá, que no nos obligue a llegar a la conclusión de que la crisis nerviosa que padece es seria y que quizá requiera de fármacos y reclusión. Una bola de fuego se instala en el pecho de Gastón; está asustado.

—Pol —empieza a decir Gastón, para interrumpirlo, para llevar la conversación hacia otro lugar, hacia el costumbrismo, pero el que lo interrumpe es Pol.

—Déjame hablar, solo puedo contártelo a ti, a nadie más.

Gastón asiente, con las pestañas, con un suave cerrar y abrir los ojos que es una promesa de paciencia, de comprensión, una prueba de la complicidad construida durante los años en los que vio crecer a Pol y que, ahora, aunque no sea lo que espera Pol, un gesto de credulidad, es algo mucho más profundo, una promesa de lealtad: que lo va a escuchar y que, pase lo que pase, va a estar a su lado.

—Todo empezó en un charquito de agua —dice Pol—, en presencia de luz y calor, donde esas semillas empezaron a sufrir variaciones complejas.

Mientras Pol expone su teoría de la evolución, la manera en que las «semillas extraterrestres» dieron lugar a las células, mientras habla de aminoácidos y proteínas, del largo camino metabólico que desembocó en seres controlados por hormonas, mezclando conceptos aprendidos en la facultad de biología con ideas que parecen traídas de la ciencia ficción, no mira a Gastón, mira a Gato, lo acaricia en el lomo, y eso nos preocupa de verdad. Pol se avergüenza de lo que está diciendo; Pol sabe que lo que está diciendo es absurdo y, sin embargo, Pol cree que es verdad.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el tipo con el que nos cruzamos en la calle? —le pregunta Gastón.

—Es mi jefe —replica Pol—, era mi jefe en la Tundra —se corrige—. Viene por mí. Quiere asegurarse de que no voy a contar lo que descubrí.

Gastón traga saliva, preparándose para la revelación, aunque tememos que el discurso de Pol se vuelva todavía más fantasioso, más propio de la ficción, inmune a las categorías de mentira o verdad. Si llegáramos a ese punto, estaríamos condenados a aceptar cualquier cosa, y nosotros quizá podamos hacerlo, si funciona la verosimilitud, por entretenimiento, por llegar hasta el final, hasta la última página, pero para Gastón las cosas son más complicadas; él no rompería con el realismo, como nosotros, él rompería con la realidad.

—El instrumental que desarrollan en la Tundra tiene dos usos —empieza a explicar Pol, excluyéndose ya de la responsabilidad de su participación—, no es solo para buscar vida en otros planetas. También pretenden llevarla. Colonizar alguna de las lunas heladas. Es el proyecto de panspermia dirigida de la humanidad, ¿entiendes? Vamos a sembrar nuestras semillas en esas

lunas, vamos a entrar a la guerra de colonización espacial, al imperialismo universal —dice, retomando el plural que ahora incluye no solo al equipo de investigación de la Tundra, sino a Pol y a Gastón, a nosotros, a todos los terrícolas.

—¿Y cómo vamos a hacer para vivir sepultados en el hielo? —pregunta Gastón, que se aferra a hacerle a ver a Pol las contradicciones de su relato.

—Debajo del hielo hay agua —dice Pol—. Esta guerra se libra en una escala de millones de años; en teoría algún día las condiciones de esas lunas cambiarán y serán propicias a la vida. Llegado el momento, ahí estarán nuestras semillas, listas para desarrollar la vida.

—¿Guerra? —replica Gastón—, ¿contra quién?

—Todo esto es política —dice Pol—, ¿no lo entiendes?

Gastón se encoge de hombros, porque de verdad no comprende el rumbo que va tomando, a cada momento, el discurso errabundo de Pol.

—¿Tú de qué lado estás? —pregunta—, ¿del de aquellos que piensan que esto debe conocerlo todo el mundo o del de los que creen que debe permanecer oculto, secreto, en las manos de una pequeña élite de iniciados?

Del lado de los que piensan que esto es un delirio paranoico, piensa Gastón; pero no dice nada.

41

Acompaña a Pol de vuelta a casa, con Gato adormilado, que no debe entender el motivo de este paseo de madrugada, si ya ha concluido su rutina de evacuaciones. Le ha dicho que quiere asegurarse de que llegue bien, de que el hombre mayor no lo intercepte, y en parte es verdad, aunque lo que realmente pretende es hablar con Max.

Hacen el recorrido sin contratiempos y, después de verlo entrar en el edificio y de seguirlo con la mirada hasta el ascensor, acciona el interruptor del control remoto que abre la persiana del restaurante. Como era de esperarse, a pesar de la hora, Max todavía está ahí, sentado en la barra, con la cabeza agachada hacia el teléfono, fiel a su abstracción de caramelos multicolores. El abuelo de Pol está sentado del otro lado de la barra, concentrado también en su teléfono, esperando una noticia que lo absuelva, podemos imaginar, o releyendo los mensajes recibidos para tratar de dilucidar si hay en ellos un doble sentido o una pista oculta.

—Hay que hacer algo con Pol —dice Gastón, cuando la persiana termina su descenso para clausurar la entrada.

Gato intenta caminar hasta su rincón favorito, al lado de la barra, entre dos bancos, pero Gastón lo retiene, avisándole que será una conversación corta; sin embargo, el perro tiene sueño y se echa ahí mismo, a sus pies. Como ninguno de los dos dice nada (ni siquiera apartan la vista de sus teléfonos), Gastón resume lo que acaba de hablar con Pol, sus teorías de la conspiración, y aventura algunos diagnósticos: depresión, ataques de ansiedad, brote psicótico, esquizofrenia.

—Todos podemos pasar una mala época —replica Max con vehemencia, para interrumpir la enumeración que hace Gastón.

No levanta la cabeza, y el resplandor multicolor de los caramelos nos hace pensar en que en realidad está hablando de sí mismo y no de Pol.

—¿Y si no es algo pasajero? —pregunta Gastón.

—Se le va a pasar —contesta Max—, ¿no confías en él?

Gastón le dice que de una situación así no se sale con fuerza de voluntad, con exhortaciones o consejos, con libros de motivación, que quizá Pol necesita terapia, medicamentos, que puede ser algo químico u hormonal.

—Los conosureños todo lo quieren resolver en el diván —le dice Max al abuelo de Pol.

—Además —insiste Gastón, ignorando el comentario de Max—, no sabemos qué antecedentes genéticos tiene.

Mira alternativamente a Max y al abuelo de Pol, como subrayando que lo que acaba de decir es un eufemismo, porque uno está sufriendo una depresión y el otro es un caso de manual de

megalomanía autoritaria.

—Tu madre está loca —le dice el abuelo de Pol a Max.

—Tú eres un psicópata —replica Max.

Los dos comienzan una discusión que Gastón ya ha oído unas cuantas veces y que previó hace unos cuantos capítulos, cuando el abuelo de Pol apareció; es lo que ha sucedido en todas las ocasiones en que el padre de Max ha visitado la ciudad. Cuando Gastón los interrumpe, ninguno de los dos se obstina en continuar; después de tantos años están aburridos, hartos de repetir lo mismo. Les dice que es un hecho que las condiciones inhumanas en la Tundra desencadenaron la crisis por la que está pasando Pol, pero que es importante descartar que no haya una predisposición genética.

El teléfono de Gastón vibra en el bolsillo de su pantalón: Max le ha enviado la información de dos contactos de su agenda.

—Ahí tienes el teléfono de mi madre y el de la hermana de la madre de Pol —dice Max—, pero a mí no me metas en esto.

—¿Y tus hijos, tus nietos? —le pregunta Gastón al abuelo de Pol.

—¿Qué de qué? —dice el padre de Max.

—¿Ha habido algún caso de este tipo de enfermedades? —dice Gastón.

—¿¡Yo cómo voy a saber!?! —contesta el padre de Max.

42

Es la adormecedora la que avisa a Gastón, porque él no se ha dado cuenta. Alguien está golpeando la cancela, gritando buenas tardes, batiendo palmas. Gastón deposita la botella de cerveza al costado del lomo de Gato, que duerme contento su sueño de morfina; sale de la sombra protectora del algarrobo y sube el sendero que lo conduce a la entrada del huerto. Conforme se aproxima, siente un poco de decepción al descubrir que no se trata de Pol, que prometió pasarse algún día en ese horario para que le presentara a la adormecedora.

Es un hombre mayor, que le resulta vagamente conocido, y al que solo identifica cuando ya es demasiado tarde para arrepentirse y volver sobre sus pasos, aunque sí alcanza a suspender la caminata un par de metros antes de la cancela para que el otro advierta su negativa a dejarle entrar al huerto. Es el jefe de Pol en la Tundra, el hombre al que vimos ayer en la puerta del restaurante.

El hombre mayor se presenta y, antes de que pueda explicar el motivo de su visita, Gastón lo interrumpe.

—¿Cómo llegó aquí? —le pregunta.

—Pol siempre nos contaba de este huerto —responde el hombre mayor, intentando jugar una carta sentimental, o quizá solo contando la verdad—. El restaurante está cerrado; tampoco tuve respuesta en la casa de su padre. Estuve preguntando y un vecino me dijo cómo llegar aquí.

El cuerpo le pide a Gastón darle la espalda al hombre mayor y bajar la ladera para reencontrarse con la adormecedora, para estar al lado de Gato, su lugar en este momento. La cabeza, sin embargo, le va plantando preguntas. ¿Y si lo que le ha contado Pol no es una fantasía?, ¿y si al menos una parte es verdad? ¿Y si el hombre mayor está aquí, en esta página, con motivaciones secretas, oscuras, que no podemos todavía entender?

—¿Qué hace aquí? —le pregunta Gastón.

Sabemos que es difícil que el hombre mayor diga la verdad, toda la verdad, pero al menos dirá su versión, y eso ya por sí solo es importante, para contrastarla con la de Pol.

—Voy a ser sincero —dice el hombre mayor, y Gastón se prepara para una de dos cosas: para una mentira o para una barbaridad—; no se trata solo de Pablo, esto va más allá.

Que el hombre mayor le diga Pablo nos sorprende, pero Gastón está acostumbrado, él ni siquiera advierte la diferencia entre llamarlo Pablo, en la lengua colonizadora, o Pol, en la lengua aborigen. El hombre mayor hace una pausa y mira el candado de la cancela, esperando que su promesa de sinceridad haga cambiar la actitud de Gastón, que le abra la puerta y lo invite a pasar. Pero Gastón lo único que cambia es el pie en el que está apoyando el peso de su cuerpo.

—Yo dirijo a un grupo de investigadores —continúa el hombre mayor, resignado a la desconfianza de Gastón—, soy el responsable de administrar unos recursos, soy el que rinde

cuentas a los inversionistas.

De golpe, Gastón pierde el interés, porque adivina lo que el hombre mayor va a decir. Que la huida de Pol compromete el trabajo de todo el grupo, que los inversionistas harán una valoración negativa, que hay un riesgo de que interrumpen la financiación. Palabra más o menos, es lo que dice, de hecho.

—No debería contarle esto —añade el hombre mayor—, pero últimamente estamos bajo mucha presión, hay inversionistas descontentos.

Este último detalle costumbrista, que pretende acabar de construir la verosimilitud del relato del hombre mayor, irrita a Gastón. Lo enfurece que haya elegido el atajo de la sinceridad, ese discurso pragmático de inversionistas, proyectos y fondos de financiación, en lugar de ensayar primero la empatía, en lugar de simular, aunque fuera por decencia, que estaba preocupado por Pol, por su desaparición y su salud mental. Por muy hipócrita que nos hubiera resultado un discurso sentimental, eso era lo que habríamos esperado; pero el hombre mayor tiene prisa, nos damos cuenta, no tiene tiempo para empatías ni delicadezas.

Ahora sí Gastón obedece al cuerpo y, sin despedirse, se encamina por el sendero que descende entre las parcelas rumbo al algarrobo, ignorando los llamados del hombre mayor.

—¿Pasa algo? —le pregunta la adormecedora, que, como hemos visto, tiene buen oído y también ahora estará escuchando los gritos del hombre mayor.

—Un tipo al que le debo dinero —miente Gastón, una mentira convincente—. Vas a tener que esperar hasta que se aburra y se largue.

—Entonces invítame otra cerveza —dice la adormecedora, y le extiende una lata vacía.

43

Por la noche, un mensaje de Pol en el teléfono. Gastón lo lee en la cocina, mientras vigila una olla en la que hierva un puñado de judías verdes. Le dice que no venga al restaurante, ni hoy ni mañana, ni en los próximos días, que no los busque, ni a él ni a Max, hasta que él le avise; que su jefe, el hombre mayor, está rondando el restaurante, que se ha instalado en los alrededores para vigilar. Que no cree que pueda quedarse muchos días, dejar sin supervisión al grupo de investigadores, que tendrá que volver a la Tundra pronto, que hay que aguantar hasta que desista.

«Tenemos que empezar a vaciar el restaurante», le contesta Gastón, «no podemos esperar más, se nos va a echar el tiempo encima.»

Termina de preparar las judías, el revuelto, cena, se ducha y se va a la cama.

Pol no le contesta.

Piensa que mañana, sin falta, tendrá que ir a hablar con el nororiental para pedirle que extienda el plazo de entrega del local.

Antes de cerrar los ojos, hace un nuevo intento.

«Mañana hay partido», escribe Gastón.

Pero no obtiene respuesta.

44

Toma asiento en una de las bancas de madera de la Plaza de las Mujeres Revolucionarias, como si estuviera descansando, o dándole un respiro a Gato. Es la hora en que termina el trabajo en las oficinas, más tarde del horario en que niños y abuelos abarrotan la plaza, pero aún quedan unos cuantos por ahí, alargando la tarde, posponiendo la vuelta a casa mediante berrinches. Gastón vigila a los peatones que atraviesan la plaza en diagonal para ahorrarse unos metros de caminata. Confía en que el azar, o lo extraordinario, no obstruya el cumplimiento de la rutina. Sabe que Mariona, la ex de Pol, pasa por ahí todos los días, los laborables, al volver de la gestoría hacia su casa; la ha visto muchas veces, la ha saludado de lejos, a veces ella se acerca a acariciar a Gato e intercambian unas cuantas frases de cortesía.

Esta vez tarda más de lo que Gastón había calculado, pero aparece, aunque no viene sola, sino con una amiga a la que no reconoce. Gastón se levanta y va a su encuentro sin simular casualidades, no le hace falta, cree que la preocupación le legitima para interrogarla. La saluda y le pregunta si puede hablar con ella un momento, dedicando una mirada furtiva a la amiga, con amabilidad, como excusándose por la grosería. Mariona se despide de su acompañante, una colega de la oficina, si hacemos caso a la promesa de reencontrarse al día siguiente por la mañana.

—¿Un café? —le pregunta Gastón en cuanto la amiga les da la espalda.

—No quería echarlo —le contesta Mariona—, pero nos asustamos. ¿Se encuentra bien?

Deja la boca entreabierta, en un gesto que nos parece de ansiedad, o de culpabilidad, de remordimiento, pero Gastón, al contemplar los incisivos superiores expuestos, recuerda lo que Pol les había contado hace un par de años, que al besarse tenían que cuidar todo el tiempo la posición de sus maxilares, porque una vez se habían quedado encajados, la dentadura de uno enganchada en la del otro, como piezas de un rompecabezas, sin poder separarse. Les dio un ataque de risa, y si consiguieron calmarse fue porque se estaban atragantando. Lo habían interpretado como una señal de compatibilidad, aunque, en realidad, Pol se lo explicó científicamente, había ocurrido por la posición del colmillo superior derecho de ella y el inferior opuesto de él, que se habían enganchado.

Es buena persona, Mariona, Gastón siempre lo ha sabido; solía pensar en ella con reparos porque pertenecía a ese mundo del que Pol nunca había salido: la escuela, la plaza, el barrio. Creía que Pol tenía que expandir ese círculo, conocer otra gente, otras realidades, abrirse al mundo, volverse más complejo, fortalecerse. La Tundra, por supuesto, había resultado una trampa: un desierto helado, una comuna de personajes excéntricos desarrollando tareas rutinarias mientras redactaban informes abstractos que solo un puñado de entendidos podría descifrar, un escenario

para volverse loco, literalmente.

Gastón dice que Pol está un poco raro y que por eso quería hablar con ella, para saber qué había pasado.

—Fue por la calefacción —contesta Mariona—, nosotras no la dejamos encendida durante el día, sino ya sabes cómo llega la factura. Pero Pol se quedaba todo el día encerrado y no solo no la apagaba, la subía muchísimo, al máximo. Cuando llegábamos en la noche no se podía ni respirar, aquello era un horno. Yo vivo con dos amigas, hablamos con él, pero no había manera, él tenía frío todo el tiempo, se la pasaba temblando, se me pegaba en la cama y yo no podía dormir porque me ponía los pelos de punta ese traqueteo. Primero reaccionó a la defensiva, luego me acusó de no querer ayudarlo, empezó a comportarse de manera agresiva, casi se fue a las manos con el novio de una de mis amigas, fue ella la que llamó a la policía cuando le pedimos que se fuera y Pol se encerró en mi habitación y se puso a gritar que éramos unas traidoras. Nos llamaba traidoras, ¿te imaginas? Pensé en avisarle a su padre, me pasé al restaurante, pero estaba cerrado, creo que está de vacaciones. ¿Pol se está quedando contigo?

—¿Te contó por qué había decidido volver? —pregunta Gastón, sin responder.

—Nos han jodido a todos, ¿sabes? —dice Mariona, que también sigue el razonamiento que le dicta su conciencia y no el de las preguntas de su interlocutor; son dos angustias dialogando—, ¿qué necesidad tenía Pol de irse tan lejos, a un lugar tan terrible? Aquí hay institutos de investigación buenísimos, incluso en su universidad, pero ahí nunca va a poder trabajar. Ahí están unos carcamales calentando la silla desde el periodo cámbrico.

Así se pasa del miedo al rencor, piensa Gastón, con pena, así se fortalece el metabolismo del resentimiento. Nosotros aprovechamos estos instantes de reflexión para observar con detenimiento la figura de Mariona, sus prendas de ropa compradas en las rebajas del año anterior, el elástico con el que anuda su melena, del bazar lejanoriental, casi seguro, el bolso de piel sintética, la ausencia de maquillaje como un gesto de austeridad natural, o de naturalidad austera, en resumen: su manera indeterminada de estar en el mundo, que puede parecer una elección, pero es lo contrario, la falta de opciones, la falta de dinero, porque en ese mundo el consumo es la vía de diferenciación.

Mariona se pone en cuclillas y abraza a Gato, que se deja hacer. Un abrazo que se prolonga varios segundos como si estuviera abrazando no solo al perro, sino también a Pol, a Max y a Gastón.

—Cuídate, cariño —le dice Mariona al perro, se incorpora, le da dos besos a Gastón, uno en cada mejilla, y se marcha.

45

—Sí —le dice el nororiental a Gastón.

Que sí hay algo que puede hacer por él. Acaba de concederle un plazo de tres días más para entregar el local del restaurante y ahora le pide, a cambio, que lo ayude a ir al estadio a ver un partido del equipo de la ciudad. Le dice que quiere llevar a su hermano para darle la bienvenida, que ha intentado comprar las entradas, pero que no hay.

Gastón reacciona a la defensiva ante la petición del nororiental: ¿por qué cree que él puede conseguirle las entradas?, ¿quién se lo ha contado?, y empieza a conjeturar, ligeramente paranoico, quién se habrá ido de la boca, ¿el dueño del restaurante conosureño?, ¿el padre del mejor futbolista de la Tierra?, ¿o habrá sido la prensa deportiva, siempre necesitada de llenar tantas páginas cada día con cualquier nimiedad?, hasta que el nororiental le pregunta si él es de la tierra del mejor futbolista de la Tierra, revelando la lógica de su razonamiento, por qué ha imaginado que lo podría ayudar. Gastón le responde que verá qué puede hacer, que intentará conseguírselas, ignorando la pregunta sobre su origen territorial.

El interés del nororiental por el fútbol hace pensar a Gastón en que podría ofrecerle el sistema de televisión del restaurante, en que así Max podría recuperar algo de dinero. Aprovecha la ocasión y descubre que Max se ha negado a recibir al nororiental.

—Yo quise hablar con él para estas cosas —dice—, el mobiliario también podría servirnos. Su amigo no quiso oírme.

No es un reproche, es información. De todas maneras, Gastón se disculpa a nombre de Max, le explica que está pasando un mal momento, que ha sido muy duro acostumbrarse a la idea de cerrar el restaurante.

—¿Usted cómo se llamaba? —pregunta el nororiental.

Gastón le recuerda su nombre y aprovecha para pedirle al nororiental que le recuerde el suyo.

—No se lo he dicho —dice el nororiental—, no me lo ha preguntado.

Antes de que Gastón ensaye una nueva disculpa, el nororiental se adelanta.

—No pasa nada —dice—, me llamo Nikolái, pero todo el mundo me dice Niko.

Da por concluida la conversación y vuelve a lo que estaba haciendo cuando Gastón entró a la frutería, mirar un video en el teléfono, pero Gastón no se mueve. El nororiental presiona el botón de pausa en la pantalla y levanta la vista hacia Gastón, hacia nosotros, que estamos con él, como siempre, presenciándolo todo por encima de su hombro.

—¿Está Varushka? —pregunta Gastón.

—¿Varya? —contesta Niko.

—Tengo un regalito para ella —se apresura a aclarar Gastón—, si no te molesta.

Niko grita el diminutivo del nombre de la niña y ambos esperan. El nororiental vuelve al video, desentendiéndose de la situación. La niña aparece desde la trastienda y Gastón le dice que le ha traído algo. El nororiental lo traduce a su lengua, sin levantar la cabeza, y Varushka corre hasta donde Gastón se encuentra, con Gato echado a sus pies, al final de la correa.

—Mira —le dice—, estos le encantan. Se los puedes dar en la boca, así.

Gastón le muestra unos palitos de carne y le ofrece a Gato el primero. La niña continúa la tarea y Gato come con glotonería las golosinas. Al terminar, lame las manos de la niña contento. Varushka ríe porque la lengua del perro, áspera, le hace cosquillas.

—El regalo era para el perro —dice Niko.

—A la niña le gusta —contesta Gastón.

46

Las fotos llegan a la aplicación de mensajería instantánea desde un remitente desconocido, un número local, y al descargarlas Gastón deduce que es Yu quien se las manda (quien las reenvía, en realidad, porque forman parte de un envío masivo, de una campaña). La vidriera del bazar rota, astillada, el letrero salpicado de manchones de pintura negra, la leyenda «Mogwai» ahora escrita en letras rojas y no invisibles, como confirmando el cumplimiento de la amenaza. Hay imágenes de otros comercios y una carta de la Liga de Comerciantes Lejanorrientales en la que se pide la solidaridad de la gente del barrio y la intervención de las autoridades.

Trece comercios han sido atacados durante la madrugada. Casi todos son bazares lejanorrientales, un par de bares, una peluquería y un colmado de proximorrientales. Gastón lee el recuento de los destrozos en el periódico, acodado en la barra de un bar de toda la vida, situado en la avenida que lleva al Parque Histórico, mientras espera a que le sirvan un café, con Gato echado a sus pies, dormitando.

—¿De dónde sacan el dinero para comprar los comercios? —le pregunta el dueño del bar, utilizando la lengua aborígen, al verlo interesado en la noticia—. Eso es lo que habría que investigar.

Gastón prefiere no levantar la mirada del periódico, no dar pie a que el dueño del bar continúe; pero el hombre, ahora de espaldas a la barra, esperando a que el café acabe de gotear, insiste en su monserga.

—Compran todo, lo que sea —dice, cambiando a la lengua colonizadora, suponiendo que Gastón no le ha hecho caso por haber usado la lengua aborígen—, negocios en quiebra y los que se venden por jubilación, también los buenos, aunque sean caros, si les interesa la ubicación. Es una estrategia para apropiarse de la ciudad. A mí no me tocan porque no tengo terraza. Si no tienes terraza no les interesa.

El hombre deposita el café en la barra; despiden un vapor demasiado denso y vemos el anillo amarillento que mancha el interior de la taza, delatando que está quemado (la máquina tira el agua más caliente de lo recomendable, está mal calibrada). Gastón reconstruye mentalmente la cadena de producción y distribución que empieza con un agricultor cuidando de sus arbustos en alguna colina del Cono Sur o del suroriente de la Tierra; luego el viaje de los granos cosechados hacia el oriente o hacia el poniente, dependiendo del origen, pero siempre hacia el norte, hacia el tostador y los intermediarios noroccidentales; todo para terminar en este líquido hirviente que Gastón no debería ingerir, si quiere evitar la acidez y el reflujo.

Pide la cuenta. Paga. Y sale del bar sin tocar la taza.

47

Frota con fuerza el pequeño tubérculo para limpiarlo de tierra y lo aprieta entre el pulgar y el índice, para valorar su grado de maduración. Luego analiza su color a la luz casi primaveral de la mañana, esa luz que tardó ocho minutos en recorrer la distancia que nos separa del sol. Está en cuclillas, justo en medio de la parcela de papas de tierra, entre dos hileras de arbustos. Se incorpora, se descalza los guantes y saca el teléfono del bolsillo del pantalón.

«Ya hay papas», teclea, «¿te las llevo?» Espera a que las señales completen el viaje de ida y vuelta, haciendo apuestas sobre si el destinatario estará disponible y dispuesto.

«Buenísimo», leemos de inmediato. «Aviso que vendrás.»

Gastón se queda mirando los mensajes como si, además de leerlos, tuviera que contemplarlos en busca de algo, un estímulo o un acicate. Está dudando, siente algo parecido al pudor o la vergüenza, su sistema nervioso central organiza un ardor en las mejillas.

«Escucha», escribe finalmente, «no quisiera molestarte, ya sabes que yo nunca te he pedido nada, pero ¿podrías conseguirme dos entradas para el próximo partido? Son para alguien a quien le debo un favor muy grande.»

«Claro, cuenta con eso», leemos de inmediato, y Gastón siente un alivio doble.

«Gracias, de verdad», escribe, «¿dónde las puedo recoger?»

«Te las mando por aquí», leemos, «tú las imprimes.»

Gastón vuelve a dar las gracias, guarda el teléfono, se calza los guantes de nuevo, se agacha y empieza a extraer de la tierra las papas de tierra de la tierra del mejor futbolista de la Tierra.

48

Esta vez lo hacen bajo el tejadito de la caseta de herramientas, porque llueve y la sombra del algarrobo no les cubre lo suficiente. Gato ya duerme profundamente su sueño feliz. Gastón y la adormecedora están tomando una cerveza y picando algo. Patatas fritas, embutido de cerdo, unas aceitunas que trajo la adormecedora. Cada día se siente más a gusto con la adormecedora, aunque hay algunas cosas de ella que lo inquietan, y Gastón duda si será el momento de interrogarla. ¿Qué necesidad tiene Gastón de saber más de la vida y de las motivaciones de la adormecedora? ¿Es solo curiosidad o hay algo más, algo que le sucede a Gastón, aunque nosotros no nos atrevamos, todavía, a nombrarlo?

—¿Por qué haces esto? —pregunta Gastón.

—¿El qué? —contesta la adormecedora.

Gastón da un trago a la cerveza para darse tiempo a elegir cuidadosamente las palabras.

—Lo de la ceremonia —dice—, lo de la adormecedora, la sanación tradicional, representar algo en lo que no crees en realidad.

—No te pienses que me conoces tanto —replica la adormecedora.

A pesar de que Gastón ha evitado el uso de palabras más hirientes, como simular o fingir, o mentir, o engañar, se ha equivocado. Se arrepiente, le pide disculpas a la adormecedora e intenta corregirse de inmediato.

—Lo que me gustaría saber —dice— es por qué te sinceraste conmigo.

—Tú necesitabas otras cosas —responde la adormecedora.

Está tranquila, no se ha ofendido, podemos darnos cuenta de que es una charla para la que está preparada; la veía venir, sabía que tarde o temprano acontecería.

—¿Y qué necesitaba yo? —pregunta Gastón.

Aquí estamos. En las verdaderas grandes preguntas, pero lo que Gastón no podía saber era que el jueguito se le voltaría en contra. Por un segundo, Gastón, y nosotros también, tememos que la adormecedora pronuncie una de esas palabras tan inmensas que no nos hemos atrevido a escribir hasta ahora.

—Compañía, supongo —dice la adormecedora.

Gastón se siente aliviado con la respuesta y ve la oportunidad de quitarle importancia a la charla, de volver a ese instante aparentemente insustancial hecho de cháchara, de movimientos automáticos, de pequeños gestos, de acciones inconscientes, de intrascendencia segura.

—No seas cursi —dice Gastón, en tono jocoso.

—¿De qué tienes miedo, Gastón? —contesta la adormecedora.

Los dos se quedan en silencio, comiendo aceitunas y lanzando los huesitos a la parcela contigua. Gastón podría hacer un esfuerzo para hilvanar los conceptos que le vienen a la cabeza ahora, inconexos, mientras no responde a la pregunta de la adormecedora; sin embargo, no lo hace, quizá, justamente, por miedo.

—A ver si no te crecen olivos —dice la adormecedora, conviniendo en retornar a la conversación liviana.

—¿Tú crees en la vida extraterrestre? —le pregunta Gastón.

49

No hay manera de hacerlo bien; Gastón lo sabe y por eso tarda un par de días en decidirse. Ha estado leyendo consejos en diversas páginas de información médica, psicológica y psiquiátrica, pero los mensajes que redacta, a pesar de toda la delicadeza que intenta insuflarles, suenan (o se leen, para ser exactos) como una ofensa.

La madre de Max, a la que Gastón no conoce, porque nunca ha venido a la ciudad (es Max quien la visita de vez en cuando), no responde. Gastón sabe que tiene otros dos hijos (medio hermanos de Max) y nietos; de todas maneras, siendo de otro padre y añadiendo a la ecuación a las parejas de sus hijos, quizá ya haya demasiada información genética para sacar algo en claro.

La hermana de la madre de Pol contesta luego de unas horas. Dice que está harta de que digan que su hermana era una loca, que después de tantos años ya podrían dejarla descansar en paz. Que su hermana era una mujer libre, sin ataduras, que no aceptaba moralidades hipócritas, pero que no era una histérica y que tampoco estamos en la edad de las cavernas.

El primer impulso de Gastón es llamarla para aclarar el malentendido, para explicarle mejor lo que le pasa a Pol; sin embargo, se da cuenta de que él no es nadie, de que él no es quién para hurgar en una herida que, por lo visto (por lo que leemos), no está cicatrizada. Le contesta que se ha explicado mal, que lo lamenta y que no volverá a molestarla.

50

Sigue sin recibir noticias. Ni de Max, ni de Pol (ni de nadie, de hecho). Tampoco responden a sus mensajes; sus llamadas caen en el contestador automático. Teme que haya algún problema con su teléfono, que ha hecho un par de cosas extrañas últimamente: apagarse, cerrar el navegador. Decide llevarlo a que lo revisen.

Va a uno de los negocios de los proximorientales especializado en reparar teléfonos. Es la primera hora de la tarde, la tienda está vacía, los abuelos no han despertado de la siesta, los niños siguen en la escuela, el resto cumple el horario laboral. Gastón le explica al proximoriental los detalles del comportamiento del aparato. Es un tipo joven, que resopla contrariado como un peninsular, mientras abre y cierra navegadores y aplicaciones. Parece decepcionado de Gastón, de su impericia o de su ignorancia tecnológica, o quizá de su temeridad, de su poco cuidado o precaución al usar el teléfono.

El proximoriental deposita el aparato sobre el vidrio del mostrador y en su boca se dibuja una sonrisa socarrona.

—Tiene virus —dice—, no hay que ver esas páginas, siempre pasa igual.

—¿Se puede arreglar? —pregunta Gastón, intentando eludir el sermón del proximoriental, pero el otro insiste.

—Páginas de pornografía, ¿sabes? Son maliciosas, para robar la información de bancos, las contraseñas.

En un ataque de pudor, Gastón mira hacia atrás, confirmando que nadie haya entrado a la tienda. Vuelve a preguntar si es posible arreglar el teléfono.

—Lo puedo arreglar —contesta el proximoriental—, pero no puedes ver esas páginas, porque entonces pasa otra vez lo mismo. Luego vuelves a reclamarme que no lo hice bien. O peor, viene tu mujer y yo me llevo la bronca. Lo puedo arreglar, pero no hay garantía. Ya no me fio. Esto solo da problemas.

Gastón le pregunta si el virus podría haber afectado el funcionamiento de las aplicaciones, porque no ha recibido mensajes por un tiempo.

—Depende —contesta—, no es lo mismo gonorrea que sífilis, ¿me entiendes? Primero tengo que hacer el análisis. Ven dentro de dos horas.

El proximoriental le entrega un recibo. Gastón sale de la tienda y decide aprovechar el tiempo de espera para ir a echar un vistazo al restaurante.

Imagina el recorrido que debe seguir para acercarse al restaurante desde abajo, donde estará más protegido; si llegara por arriba tendría que atravesar la plaza, quedaría totalmente expuesto, y

ahí, además, por si fuera poco, está la inmobiliaria. No puede bajar por la riera porque corre el riesgo de que lo intercepte el costapacifiqueño, pero si gira a la derecha y sube, para evitar el colmado, entonces pasaría frente al locutorio del cordillerano. La duda paraliza a Gastón el tiempo suficiente para que Gato se aburra y opte por echarse sobre las baldosas de flor de la acera. Sin darse cuenta (pero nosotros sí nos damos cuenta) está calculando a quién prefiere evitar, de quién le costaría más evadirse, quién es más peligroso.

Tira de la correa para que Gato se levante y le ordena que camine sin elegir el rumbo. Quiere que el perro decida por él, y Gato, por supuesto, por pereza, sigue la inclinación del terreno y comienza a bajar hacia la riera.

51

Ocurre lo previsible, como pasa algunas veces, muchas menos de las que nuestra paranoia esperaría: el costapacifiqueño está de pie en la puerta del colmado, contemplando el inicio de la tarde, convocando a la clientela con su impaciencia. Gastón lo descubre cuando cambiar de acera habría resultado un gesto ostentoso, de miedo, precaución o desprecio. Elige una falsa indiferencia, que sabemos será un fracaso. Saluda con un subir y bajar de cejas e intenta escabullirse, pero el costapacifiqueño se agacha para acariciar a Gato.

—Qué gallardo —dice—, ¿qué raza es?

Gastón no contesta porque se queda especulando si este cambio de actitud será parte de la representación, una estrategia para aflojar la tensión y hacer que baje la guardia.

—Oye —dice el costapacifiqueño, incorporándose y cambiando de tema sin esperar la respuesta de Gastón—, ¿tú no cultivas papa roja?

No debe ir muy bien el colmado, piensa Gastón, el costapacifiqueño se aburre y aprovecha cualquier oportunidad, incluso la aparición de Gastón, su hipotético enemigo, para soltar lo que va acumulando entre cliente y cliente.

—¿La conoces? —sigue—, papa roja, es pequeñita, se cocina con carne y salsa, es muy sabrosa, las patatas de aquí no saben a nada. ¿Sabes cuántos tipos de papa hay allá en mi tierra? —pregunta—; más de cien —contesta, sin dejar tiempo ni para que se forme la pausa dramática—, acá nomás hay la patata de freír, la de cocer, no sabe nada de papas esta gente, es terrible.

El costapacifiqueño ha hecho el elogio de las papas de su tierra con tanta vehemencia que Gastón, de hecho, recuerda haberla cultivado una vez, a pedido de un restaurante, hace bastantes años. Por supuesto, no se lo cuenta al dueño del colmado, no quiere darle cuerda a su añoranza por los tubérculos, pero al otro le basta y sobra con que Gastón siga ahí, con que no se vaya.

—¿Por qué no las cultivas y yo las vendo? —dice—, acá vienen muchos paisanos, esa papa es cara, y más aquí, podríamos venderla al precio que quisiéramos, un kilo puede costar tres o cuatro veces lo que vale la patata desabrida de aquí.

El salto de la nostalgia gastronómica a la propuesta de negocios tranquiliza un poco a Gastón, afloja el nudo de la tensión; pero este alivio sucede dentro de su cabeza, y no dice nada, ni da señales de reaccionar a la perorata del dueño del colmado, y su pasividad provoca que el costapacifiqueño apriete de nuevo el nudo, con fuerza.

—¿Tú te crees superior, no? —le dice, interpretando el mutismo de su interlocutor como una prueba de desprecio—. Tú te crees superior porque no sabes lo que alguien como yo ha tenido que pasar para llegar hasta aquí. No todos podemos permitirnos ser buena gente, tener buenos sentimientos con el prójimo, ojalá lo entendieras, pero cómo lo vas a entender, es imposible.

Ahora sí Gastón intenta decir algo para rebatir la acusación, pero ya es demasiado tarde; el dueño del colmado lo interrumpe.

—Tu perro se ha cagado —dice, y Gastón mira hacia Gato para comprobar la deposición—. Límpiala. No me dejes tu mierda en mi acera.

El costapacifiqueño se mete de vuelta al colmado. Gastón extrae una bolsa de plástico y se pone en cuclillas para recoger el excremento, salpicado de sangre. Gato agacha las orejas y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No pasa nada —le dice Gastón—, vamos a buscar a Max y a Pol, anda.

52

No sabe si no lo ha visto o si finge no haberlo hecho. Gastón se esconde en el bazar lejanoriental y observa al hombre mayor a través de la vidriera rota. Está en el bar de enfrente, en una mesa desde la que puede vigilar el movimiento de la calle y, especialmente, la entrada y salida del edificio donde está el restaurante y la vivienda de Max.

—¿Lo conoces? —dice Yu, desde detrás del mostrador.

Ha sido tan aparatosa la entrada de Gastón con el perro en el bazar lejanoriental que Yu entiende de inmediato lo que pasa.

—¿Sabes quién es? —insiste Yu, que abre una libreta encima del mostrador para tomar notas como si fuera un reportero.

Gastón piensa en comprar un sombrero y unas gafas de sol para intentar engañar al hombre mayor, pero descarta la idea en cuanto termina de imaginarla, por ridícula. Él no tiene nada que ocultar; de lo único de lo que debe asegurarse es de no comprometer a Pol. Debe salir del bazar, dar media vuelta y largarse a recoger el teléfono. Fue una imprudencia, ya se lo había advertido Pol, pero Gastón necesitaba comprobar que no estuviera sufriendo un ataque de paranoia injustificada. Al menos en este caso, por lo visto, se consuela Gastón (un consuelo de tontos), Pol no estaba exagerando, el hombre mayor está empeñado en localizarlo.

—¿Sabes quién es? —vuelve a decir Yu, extrañado por el silencio de Gastón, por su actitud recelosa.

—No sé —dice Gastón, que no está poniendo atención a lo que dice el lejanoriental, preocupado en proyectar su vía de escapada.

—¿No sabes? —replica Yu—, ¿cómo que no sabes?

El lejanoriental se aproxima al lugar en el que Gastón se ha apostado, cerca de la entrada, en un punto que cree ciego para el hombre mayor. Gastón dice que no está seguro, que le parece conocido, que le recuerda a alguien, pero que quizá esté equivocado.

—Lleva un par de días dando vueltas por aquí —dice Yu—, se mete al bar y se queda al lado de la ventana vigilando, muy sospechoso. Mira.

Vuelve al mostrador y toma la libreta.

—Ayer llegó a las nueve cuarenta y dos —dice el lejanoriental—; se quedó en el bar hasta las once y cero ocho. Dio tres vueltas a la calle, se puso a hablar con dos personas que salieron del edificio del restaurante de su amigo, ¿cómo se llama?

—Max —dice Gastón.

—De Max —confirma Yu—. Luego de vuelta al bar, hasta las dos menos veinte.

El primer impulso de Gastón, mientras sigue escuchando al lejanoriental detallar la rutina del hombre mayor, es sacarlo de su error, aclararle el malentendido, deshacer sus sospechas, pero pronto recapacita en que su vigilancia, además de inofensiva (y de ser una especie de terapia ocupacional durante las horas muertas del bazar), puede resultarle útil.

—Tienes razón —dice Gastón—, es muy sospechoso. ¿Me avisarás si pasa algo raro?

—¿Raro? —repite el lejanoriental, haciendo el esfuerzo fonético correspondiente.

Gastón le dice que no le gusta que esté rondando el edificio del restaurante de Max.

—¿Cómo sigue el perro? —pregunta Yu de pronto, cambiando de tema, y Gastón nota que el lejanoriental está mirando a Gato, consternado.

Sigue la mirada de Yu y descubre la razón: el perro ha salpicado de sangre las baldosas del bazar, unas gotas gruesas que escurren de su cola peluda.

—No te preocupes —dice Yu—, ahora lo limpio.

El lejanoriental camina hacia el mostrador, toma un rollo de papel de cocina y vuelve al lugar donde está echado el perro.

—¿Qué esperas? —pregunta Yu.

—Nada, me voy —contesta Gastón, que tira con fuerza de la correa para avisar a Gato que tendrán que caminar rápido, más rápido de lo que debería obligarlo.

—Para adormecer a tu amigo —aclara el lejanoriental.

Está agachado, en cuclillas, esperando a que el papel absorba la sangre; Gastón se da la vuelta para mirarlo de frente.

—Estoy en ello —se justifica, y se avergüenza, como si, además de darle explicaciones al lejanoriental, se las estuviera dando a sí mismo, en voz alta, o a nosotros, que tampoco compartimos el egoísmo de la morosidad de Gastón.

53

Apenas acaba de recoger el teléfono en el negocio del proximoriental, cuando recibe un mensaje: «Hola, amigo», leemos; el remitente, para sorpresa de Gastón, está registrado en la agenda bajo el nombre de Ender (¿quién es Ender?, ¿o qué es Ender?) y el mensaje no llega a la aplicación que utiliza todo el mundo, sino a otra que ni siquiera sabía que tenía instalada. «No te preocupes, aquí es seguro, aquí podemos hablar.» Gastón alcanza a pensar que tendrá que cambiar de teléfono, incluso de línea, pero entonces llega la explicación: «Soy de la tienda de teléfonos.» Luego miramos en la pantalla que el otro teclea durante unos fatigosos segundos, con pausas, quizá para elegir bien las palabras, o quizá es que alguno de los dos tiene mala conexión.

«Perdón por decirte lo del porno, no sabía lo que te interesaba. Pero eso no se hace así, es peligroso.» Le explica que le ha instalado un cortafuegos, un antivirus, un navegador protegido y un programa que va borrando automáticamente el historial. Gastón contesta un «qué quieres» en el que no estamos seguros que el proximoriental sepa interpretar una amenaza. «Tranquilo, amigo, es para invitarte. Tenemos un grupo, nos reunimos los contactados, es una cosa segura, no te tienes que preocupar.» «No entiendo», escribe Gastón. «Ven esta noche», le responde el proximoriental, «tienes suerte, hoy tenemos reunión. Aquí», y Gastón recibe un horario y una dirección. «¿Qué es?», pregunta Gastón. «Lo que estabas buscando», leemos. Esperamos a que llegue otro mensaje; pero nada. Gastón insiste enviando un solitario signo de interrogación. «La Sociedad de Amigos de los Visitantes del Espacio», escribe el proximoriental, «te esperamos.»

54

Cuando la puerta de servicio de la mansión se abre, observamos, detrás de la cocinera, al padre del mejor futbolista de la Tierra. Está tomando una infusión de hierbas conosureñas, sentado ante una mesa larga, mirando la pantalla del teléfono.

—Pasa —le dice—, que te sirvan una infusión.

Antes de que Gastón se niegue, de que le explique que a él no le gusta la infusión de hierbas conosureñas, de que pueda replicar que, en todo caso, prefiere un café, una de las empleadas que trajinan en la cocina le entrega el cacharro. Otra mujer arrastra hacia adentro el costal con las papas de tierra de la tierra del mejor futbolista de la Tierra, mientras otra más le dice que le deje ahí unas cuantas, que va a preparar ahora mismo un guisado para la cena.

—Siéntate —le dice a Gastón el padre del mejor futbolista de la Tierra, con la firmeza de las órdenes, más que de las invitaciones.

Gastón se aproxima haciendo equilibrios para que no se derrame la infusión y da un sorbo al líquido hirviente y amargo.

—¿Tú qué piensas? —dice el padre en cuanto Gastón se sienta.

—¿De qué? —contesta Gastón.

Otra de las empleadas deposita sobre la mesa una bandeja con galletas, chocolates y diferentes tipos de chucherías.

—De lo que le pasa al enano —dice el padre—. ¿Tú tienes hijos?

Gastón le dice que no.

—¿Estás casado?

Gastón vuelve a decir que no y el padre del mejor futbolista de la Tierra se disculpa por su indiscreción, dice que no hay problema, que no tiene nada de que avergonzarse, que no habría esperado algo así de un agricultor, que antes esas eran cosas de peluqueros, de gente del teatro, de modistas, pero que no se preocupe, que afortunadamente ahora son otros tiempos. Gastón ni siquiera alcanza a pensar en desmentirlo, porque el otro no para de hablar, ahora vuelve al tema del estado de forma de su hijo, las presiones del entorno, escuchamos que dice, la directiva, los medios de comunicación, los compañeros (y la familia, agregaría Gastón, pero sigue callado).

—¿No está buena? —pregunta el padre, señalando el cacharro donde reposa la infusión.

Antes de que Gastón diga nada, el padre del mejor futbolista de la Tierra grita que le traigan otra y que por favor vigilen la temperatura del agua, porque siempre queman la hierba.

—¿Ya descartaron que no sea un problema gástrico? —pregunta Gastón, por decir algo, aprovechando el intervalo en el que el otro sorbe de su infusión.

—Todos los problemas gástricos están acá —dice el padre, y no se señala la barriga, ni el esternón o el abdomen: se señala la cabeza.

Una nueva empleada reemplaza el cacharro, depositando, aparte, un termo con agua caliente. El padre del mejor futbolista de la Tierra espera a que Gastón complete la ceremonia de verter el líquido en la hierba.

—Y justo ahora que viene lo más importante de la temporada —dice.

El padre resopla, contrariado, confirmando el estereotipo millones de veces repetido, esa cursilería que suele denominarse «ley de vida»: que los hijos siempre decepcionan a sus padres, incluso este hijo, incluso a este padre. Gastón piensa que se refiere a la fase final de los diferentes campeonatos, al partido decisivo de los próximos días en el campeonato continental, pero el padre está hablando de otra cosa.

—Ahora es cuando se renuevan todos los contratos de publicidad para el próximo año —explica.

Menea la cabeza y luego la agacha hacia la pantalla del teléfono, ignorando de golpe a Gastón.

—No irás a decir nada, ¿verdad? —le pregunta.

—Claro que no —contesta Gastón, sin entender muy bien qué secreto se supone que le ha sido revelado, y empuja hacia atrás la silla para levantarse.

—Tranquilo —le dice el padre—, disfruta la infusión, yo tengo que arreglar unos asuntos, pero no te vayas.

—Tengo que irme —replica Gastón—, dejé al perro en la camioneta.

—Quédate —insiste el padre—. Prueba estas galletas —le ordena, entregándole una—, te van a transportar a la infancia.

La galleta se deshace en la boca de Gastón suavemente, como si desafiara a las leyes de la materia; no lo traslada, sin embargo, a su infancia (le hace temer la cantidad de mantequilla que lleva). Si, tal y como parece, las cocineras de la mansión tienen la mano pesada con la mantequilla y, por extensión, con el aceite, la sal o el ajo, ahí podría estar la explicación a los problemas gástricos del mejor futbolista de la Tierra.

Mira la hora en un reloj de pared, calculando que no alcanzará a llegar a tiempo para la cita diaria con la adormecedora. Aprovecha que el padre del mejor futbolista de la Tierra continúa abstraído tecleando en la pantalla para extraer su teléfono del bolsillo del pantalón. «Perdóname», escribe, «se nos ha hecho tarde. No llegamos a tiempo. ¿Nos vemos mañana?» Los mensajes son entregados de inmediato y observamos que la adormecedora está tecleando, donde sea que se encuentre. «Ya estoy en camino... ¿Sabes poner una inyección?» Gastón contesta que sí. «Lo sospechaba», contesta la adormecedora, y envía el emoticono de una cara que llora de risa. «Te dejo la dosis en el buzón de la cancela», leemos, «pero no te vayas a picar tú, no seas vicioso.»

55

La dirección que le ha enviado el proximoriental es el sótano de un bar que Gastón conoce muy bien; es un sitio donde normalmente se celebran presentaciones de libros, lecturas de poesía, tertulias literarias y clubes de oratoria, un lugar tradicional del barrio, y eso, que no sea secreto, le extraña. Lo previsible, en este caso, no funciona, y, por lo tanto, no sabe qué esperar. Vigila el trajín de la calle desde la otra esquina, para enterarse del tipo de gente que acude a la convocatoria y calcular la concurrencia. Se cree protegido por la noche, por la penumbra que producen las farolas sucias, por la ausencia de Gato, al que ha dejado en casa, durmiendo feliz su sueño de morfina. De alguna manera, es como si Gastón creyera que la gente no lo reconoce sin el perro, sin ese apéndice al final de la correa. Sin embargo, lo descubren; lo hace Ender, por casualidad, cuando choca con él al dar la vuelta a la esquina.

—Qué bueno que viniste —le dice—, es allá enfrente —añade, señalando hacia el bar con la barbilla.

El proximoriental no le da ocasión de reaccionar porque prácticamente lo arrastra con la inercia y con su cháchara inofensiva, que deshace cualquier intriga o conspiración.

—Hay que pagar la entrada —dice—, pero ahora hablo con el organizador para que no te cobren por ser tu primera vez.

Gastón le contesta que no podrá quedarse mucho tiempo, una excusa anticipada por si tiene que salir corriendo. Le cuenta de la salud de Gato y que tendrá que volver cuanto antes, que no le gusta dejarlo solo y encima, por si fuera poco, sedado (aunque esto último, por supuesto, no lo dice, solo lo piensa).

Entran al bar, lo atraviesan y descenden las escaleras que conducen a los baños y al salón de eventos. Es un lugar anticuado, de esos de toda la vida, donde el propietario atiende la barra y los empleados son conosureños, con mesas de hierro y mármol, un banderín colgado, detrás de la barra, por el que nos enteramos de que ahí se reúne una peña de aficionados del equipo de la ciudad a ver los partidos, y un letrero de «Se traspasa por jubilación» que encubre, Gastón lo sabe, la artritis del dueño.

Abajo una mujer recauda la cuota de colaboración y Ender cumple su promesa. Además, al traer a un nuevo asistente, consigue que a él tampoco le cobren (un premio por la tarea de reclutamiento).

—Tenemos que esperar al jefe —le dice el proximoriental—; a veces viene un poco tarde. Ven, te voy a presentar a la gente.

Lo lleva con una mujer que dice ser secretaria en el consulado de una de las antiguas Colonias del lejano oeste; con un tipo gordo de rostro arañado (Ender le susurra que se trata de un

empresario importante, dueño de una fábrica de yogurt); con una pareja de jovencitos a los que cree reconocer como clientes del restaurante de Max; y con un anciano que se presenta como regidor del distrito. Entre todos van hablando desordenadamente de «los últimos mensajes recibidos», «las instrucciones enviadas por los visitantes del espacio», le explica el proximoriental.

Gastón se distrae por dos buenos motivos: porque todo aquello le suena a una fantasía infantil y porque se queda tramando cómo podría aproximarse al anciano, al regidor, para intentar hacerle una consulta sobre la recalificación del terreno del huerto. No alcanza a pensar claramente en medio del barullo y, antes de que decida nada, Ender le propina un codazo para llamar su atención.

—Empezamos —le avisa.

En el sótano del bar acaba de aparecer, seguido por un grupúsculo al que pareciera controlar con una correa de perro, el líder de la Sociedad. No alcanzamos a verlo bien, porque la gente se arremolina a su alrededor; Gastón mueve la cabeza para ayudarnos a identificarlo, para poder observar su rostro. Le parece que es un antiguo profesor de la escuela de Pol, que fue expulsado hace años porque no seguía el programa de estudios y, en cambio, adoctrinaba a los alumnos con las teorías más estafalarias. Gastón sabe que tiene que aprovechar el alboroto para escaparse; le dice a Ender que va al baño y se escurre sin que nadie más lo vea.

Es un baño individual, minúsculo, en el que es posible lavarse las manos mientras se está sentado en la taza. Gastón atranca la puerta, baja la tapa del váter y se sienta a intentar escuchar, pero solo consigue captar, de entre las múltiples conversaciones, frases aisladas, aleatorias, palabras sueltas, más propias de la ficción: «expedicionarios», «misión de reconocimiento», «contactados», «jefe de la misión peninsular». Trata de recordar la disposición del baño en el local, la ubicación de las escaleras, el ángulo de vista desde el salón; tendría que haberse largado de una vez en lugar de encerrarse en el baño. Si Gastón fuera un hombre más calculador, más desconfiado, más paranoico, no estaría en esta situación; pero las mejores aventuras le ocurren a la gente que no está preparada para ellas, a tipos comunes y corrientes que no tienen por qué imaginarse que acabarán encerrados en un baño mientras afuera hay una reunión de contactados por una civilización extraterrestre.

Afuera se hace un silencio que, podemos adivinar con facilidad, precede al discurso. Gastón calcula que si el orador está de frente al público, estará de espaldas al baño, a la escalera. Siente el cosquilleo en las piernas entumecidas y concluye que no debe dejar que lo domine la indecisión, porque acabará paralizado; debe aprovechar el inicio del discurso, en el que los asistentes todavía estarán atentos, concentrados; tiene que irse de inmediato. Se incorpora, destraba la puerta con sigilo, la entreabre, cruza el pasillo como la sombra de un gato y alcanza las escaleras.

56

La Sociedad de Amigos de los Visitantes del Espacio tiene un blog, que no ha sido actualizado desde hace varios años, pero que tampoco nadie se ha preocupado en borrar. A oscuras en la cama, Gastón confirma la identidad del antiguo profesor de la escuela de Pol en las fotos de sus encuentros, una verdadera página de sociales, y el fulgor de la pantalla nos hace parpadear para proteger nuestras retinas; para ser un grupo secreto y conspiracionista, hacen bastante divulgación de sus iniciativas. Revisando las publicaciones, leemos que el antiguo profesor incluso fue candidato a la alcaldía de la ciudad por una plataforma contra el fascismo universal que proponía la entrega incondicional de papeles para todos, reptilianos, artrópodos y grises.

Antes de que pueda conciliar el sueño, Gastón recibe un mensaje de Ender en el teléfono: «¿Por qué no te has quedado? Por tu culpa me han cobrado el dinero de la entrada.» Su primer impulso es ignorarlo, pero recapacita a tiempo. «Lo siento», escribe, «ha sido una emergencia, un amigo en problemas», miente. Hace una pausa para prefabricar en su cabeza las siguientes frases, el simulacro de naturalidad que necesita para suavizar su petición. «Un favor», escribe, «¿sabes el regidor que». Se detiene, vuelve atrás y borra todo lo que ha escrito. «No te preocupes», reescribe, «me paso por la tienda mañana y te doy el dinero, ha sido una emergencia, lo siento.» Envía el mensaje, apaga el teléfono, le da las buenas noches a Gato, al que ha tenido que cargar para transportarlo desde la sala hasta el jergón al lado de la cama, y cierra los ojos para avisarnos que por hoy es suficiente, que está exhausto (¿somos conscientes de todo lo que ha pasado en un solo día?), que esta historia continuará mañana, es decir, en la siguiente página.

57

Gastón recibe el meme en el huerto, en una pausa para descansar la espalda; está extrayendo las cebollas alargadas de la tierra y apilándolas en las cajas que utiliza para el reparto. En la pantalla del teléfono, observamos que Yu teclea, detrás del mostrador del bazar, lo imaginamos, aprovechando la ausencia de clientes a primera hora de la mañana. «Jajajajajaja», dice el nuevo mensaje, «jajajajajajaja.»

«¿Qué pasa?», contesta Gastón, que ni siquiera ha descargado la imagen del chiste (alcanzamos a ver que se trata de una fotografía y del texto en mayúsculas en la parte superior e inferior que caracteriza a los memes); espera la respuesta limpiándose el sudor y calculando que le queda menos de una hora de trabajo para terminar de cosechar las cebollas alargadas de esa parcela.

Yu teclea un largo rato. Tarda tanto que dudamos de sus capacidades sintácticas y narrativas, y cuando por fin llega el mensaje descubrimos que es una secuencia de emoticonos. Gastón no va a responderle, no quiere darle señales de consentimiento, tiene que evitar que a partir de ahora el lejanoriental lo agobie con su correspondencia humorística. Atisba hacia la caseta de herramientas, donde Gato se encuentra echado; bloquea la pantalla, guarda el teléfono, vuelve a calzarse los guantes, empuña el azadón y se apresta a seguir aflojando la tierra en la que están enterradas las cebollas alargadas. Sin embargo, antes de que retome esta tarea, dos de sus miles de millones de neuronas hacen sinapsis para advertirle de lo que apenas ha visto con el rabillo del ojo, algo en lo que casi no ha reparado y que puede tener un significado. Uno de los emoticonos. El dibujito de un extraterrestre; la representación tierna e inofensiva de un humanoide gris, para ser exactos.

Deja caer el azadón, se quita los guantes y saca de nuevo el teléfono. Descarga la imagen de lo que creíamos que era un meme: es una foto del hombre mayor. «TRES DE LA TARDE», leemos en la parte superior. Y abajo: «ENTRADA PARQUE HISTÓRICO».

Observamos con atención la serie de emoticonos, intentando descifrar el mensaje. Hay unos cuantos que parecen significativos, como un ojo, que suponemos que quiere decir que Yu vio o descubrió algo; una secuencia de papeles y candados, que hablarían de documentos archivados o, más bien, de información secreta; y el humanoide gris ya mencionado. Pero esto lo hemos entresacado de decenas de caritas sonrientes o sufrientes, de animales (perros, gatos, monos, pulpos, unicornios, pollitos), flores, frutas (manzanas, fresas, kiwis, melocotones, sandías), pelotas de fútbol, aviones, osos de peluche y, por si fuera poco, corazones de distintos colores (rojos, verdes, azules, amarillos). Gastón resopla y la saliva que salpica es una prueba de que la situación lo exaspera, de que no quisiera ponerse a jugar con el lejanoriental a la película de

espías; luego suspira y menea la cabeza, condicionado por los estereotipos de la actuación, con lo que pretende justificarse, expresar que no le queda otro remedio, como si alguien lo estuviera viendo, como si tuviera que darnos explicaciones a nosotros.

58

Gastón sigue al regidor desde la recepción hasta una sala de reuniones veinte minutos más tarde de la hora pactada. Está impaciente, más que por la espera, previsible en el trajín burocrático de una mañana cualquiera, porque ha dejado a Gato solo en el huerto. El regidor atraviesa los pasillos de la sede del distrito a un ritmo agitado, como simulando ajeteo, o quizá de verdad se encuentra muy ocupado; Gastón lo duda, de lo contrario no habría podido recibirlo de inmediato, luego de que Ender lo llamara para pedírselo.

En el sótano del bar, el regidor nos había parecido más anciano de lo que es en realidad, un sesentón más cerca de los sesenta que de los setenta. Por su manera sencilla de vestir, como un oficinista, se diría que hoy no tiene actividades protocolarias en la agenda o que no son propias de su responsabilidad. La sala de reuniones tampoco es pomposa; lo único que la distingue de cualquiera de las salas en las que se reúnen burócratas, ejecutivos, empresarios o profesionales liberales es que en una de las esquinas hay una bandera de la ciudad (bastante demacrada, para colmo).

Gastón cierra la puerta de cristal tras de sí y el regidor, con una excitación que apenas puede controlar, o, más bien, que no consigue controlar, le muestra su teléfono de manera triunfal.

—Tengo un mensaje nuevo —dice—, de esta madrugada.

Toma asiento en la cabecera mientras sus dedos se deslizan por la pantalla del teléfono. Gastón se acomoda en la silla contigua, aunque el regidor no le haya invitado a hacerlo: son los usos y costumbres de la ciudad, la ausencia de cortesía, esos códigos bárbaros que ahora, después de tantos años, acepta de manera automática, sin cuestionarlos.

—Escucha —dice el regidor, y coloca el teléfono sobre la mesa, frente a Gastón.

Antes de que el sonido aparezca, alcanzamos a ver que se trata de un mensaje de audio recibido a través de la aplicación de mensajería instantánea. Luego oímos una voz metálica, distorsionada mediante alguno de esos programas que usan también en la televisión para ocultar la identidad de testigos o denunciantes, aunque, en este caso, la deformación es tan grave que vuelve ininteligible la mayor parte del mensaje. «Violencia», entendemos, o quizá más bien «no violencia»; «rebelión», «misión», «expedición», por alguna razón las palabras agudas son más fáciles de comprender a ese nivel de distorsión. Por si fuera poco, el mensaje es interrumpido constantemente por ruidos de interferencia que nos recuerdan épocas anteriores, medios de comunicación arcaicos como la radio o los transmisores portátiles.

—Este es largo —dice el regidor, al recuperar el teléfono y pausar la reproducción del mensaje—, casi ocho minutos. ¿Has recibido algo esta noche?

Cierra la aplicación de mensajería y guarda apresurado el teléfono para concentrarse en la

respuesta de Gastón.

—Yo todavía no he recibido mensajes —contesta Gastón.

El regidor sonríe porque tiene ocasión de comprobar que él es uno de los pocos elegidos y que Gastón, dentro de la jerarquía del grupo de contactados, se encuentra en situación de inferioridad. Podría actuar con arrogancia, pero prefiere la condescendencia; le dice que si quieren contactar con él ya lo harán, y si no, tampoco pasa nada, que cada uno cumple una tarea diferente en la misión y que todas las tareas son importantes. «Trascendentes», es la palabra que elige para realzar dicha importancia. Cuando termina de consolarlo se hace un silencio que es como un punto y aparte para cambiar de tema, un silencio que sustituye a la pregunta que debería hacer el regidor y que no hace, la invitación para que explique el motivo de su visita, lo que obliga a Gastón a tomar la iniciativa.

En lugar de plantearle directamente la consulta, Gastón empieza a hablarle del restaurante de Max, del huerto, del cultivo de los pimientos con los que Max preparaba las salsas para los nachos y los guisados de su tierra natal, de cómo son amigos desde hace treinta años.

—Si te he recibido es porque Ender me dijo que eras del grupo —lo interrumpe el regidor, que de pronto, al escuchar todo ese relato costumbrista, teme que haya un malentendido.

Gastón le contesta que sí, que sí, un sí impreciso y apresurado que espera sirva para tranquilizar al regidor, para cuando menos tener la oportunidad de exponerle su problema. La verdad es que convencer a Ender de que le ayudara le costó el precio de las dos entradas al evento de los contactados, la de Ender y la de Gastón, para calmar al proximoriental, que lo acusaba de haberlo perjudicado con su fuga.

—Mi plan —dice por fin Gastón, luego de varios rodeos— es construir un local en el huerto.

—No hay licencias de recalificación de uso de suelo —dice el regidor, aburrido, sin esperar a que Gastón termine de explicarse—. Están prohibidas hasta nuevo aviso. Hasta que cambie el gobierno, ya sabes cómo funciona esto.

Otra vez se hace el silencio, aunque esta vez parece un punto final, cambio de capítulo, algo que supondría una desilusión, un nuevo obstáculo. Gastón se queda observando al regidor detenidamente, sopesando si su negativa es auténtica o si, tal vez, es una estrategia para aumentar el valor de su intervención. ¿Debería Gastón preguntarle, inocentemente, si hay algo que se pueda hacer, una excepción, una manera de salvar la prohibición? Duda cinco, diez, quince segundos, tiempo que el regidor aprovecha para hacer funcionar el sentido común, tan parecido, a veces, a la telepatía.

—No sé cómo se resuelvan estas cosas en su tierra —dice—, pero aquí cumplimos la ley. Le ruego que no diga nada que me obligue a levantar un acta por tentativa de soborno.

De entre todos los motivos que hay para ofenderse en lo que acaba de decir el regidor, el que más hiere a Gastón es el cambio de persona gramatical, esa transición del tú al usted que simboliza la pérdida de confianza y familiaridad, una degradación que pretende humillarlo. Gastón empuja hacia atrás la silla, se levanta y, aprovechando la advertencia del regidor, no abre la boca ni para despedirse.

59

Yu está camuflado en medio de un grupo de turistas lejanorientales, la cabeza agachada hacia la pantalla del teléfono, y Gastón no sabe si es una broma o si se está tomando el juego de espías al pie de la letra. Lleva una gorra y gafas oscuras, elegidas al azar en el bazar, imaginamos, ya que no combinan entre ellas ni con el resto de la indumentaria. Gastón se detiene a unos metros de la entrada del Parque Histórico, Gato advierte que la tensión de la correa se afloja y de inmediato se echa sobre las baldosas de flor de la acera.

El lejanoriental no levanta la cabeza, abstraído en el teléfono o fingiendo abstracción, a la distancia no podemos saberlo. Gastón espera a que el otro reaccione y lo identifique, mientras los turistas pasan a su lado, esquivando el bulto del perro, que obstruye el camino.

«Levanta la cabeza», teclea Gastón en su teléfono y envía el mensaje; no quiere acercarse al grupo de turistas, no por precaución, ni por fobia, sino para no seguirle la corriente al lejanoriental, para no contribuir a sus misterios infantiles. Pero Yu no le hace caso; en lugar de olvidarse del teléfono y buscar a Gastón con la mirada, le contesta con un emoticono, en realidad dos: dos hombres corriendo, como si uno fuera atrás del otro. El lejanoriental sale de entre los turistas lejanorientales y emprende una marcha vigorosa por la calle lateral del parque. Gastón resopla, tira de la correa para avisar a Gato y empieza la persecución.

Rodean la barda perimetral del parque, una sobreposición de piedras de aire primitivo que supuestamente sirven de frontera entre el presente y el pasado. Vemos la espalda del lejanoriental a la distancia, esquivando turistas que aprovechan la señal de la red pública para confirmarle al mundo su existencia a través de sus teléfonos. ¿Adónde va el lejanoriental? ¿Qué pretende? El flujo de turistas disminuye cuanto más se alejan de las entradas del parque; lo está llevando a algún sitio apartado donde puedan hablar sin que nadie los vea, especula Gastón, que piensa, agitado por el esfuerzo de mantener el ritmo de la persecución, que más vale que tanta payasada sea por algo serio.

Al llegar a la esquina occidental del parque, Yu gira hacia el poniente, contrariando la rotación de la Tierra, y se mete en el sendero de tierra que conduce, Gastón se da cuenta, al mirador. Por fin el lejanoriental se detiene y toma asiento en una de las bancas en las que los turistas comen un refrigerio y en las que se encaraman para hacer fotografías de la ciudad.

Todavía a la distancia, mientras se aproxima, al ver al lejanoriental con las manos en los bolsillos de la chaqueta, la mirada oculta por las gafas y el rostro medio ensombrecido por la gorra, Gastón piensa que juraría haber visto esta escena antes, decenas de veces, en el cine y en la tele. En los alrededores, los turistas charlan en algunas lenguas que comprendemos, con acentos extraños, y en otras que desconocemos. No es un sitio para esconderse, como previmos, pero sí es

un lugar para intentar pasar desapercibido.

—Sigue despierto —dice Yu, mirando a Gato, cuando Gastón se sienta a su lado.

Gato se echa a los pies de Gastón, que resopla pesadamente para tratar de recuperar el aliento. El lejanoriental se inclina hacia adelante y acaricia la cabeza del perro.

—Eres mal amigo —le dice a Gastón.

Antes de que Gastón pueda decir nada, si es que pretendía argumentar algo en su defensa, Yu habla de nuevo.

—¿Quién es? —pregunta.

—¿Quién? —contesta Gastón.

—¿Tú sabes quién es? —dice Yu.

—¿Quién? —repite Gastón, no porque no sepa de quién está hablando el lejanoriental, sino como estrategia para ganar tiempo, para que el lejanoriental le explique sus sospechas.

—Tú has visto lo que está pasando —dice Yu—, gente que no quiere que estemos aquí. Primero nos rompen los cristales, hacen pintadas en las paredes, luego robos, amenazas.

Por lo visto, o, más bien, por lo que escuchamos que explica Yu, los lejanorientales se están organizando y han buscado consultoría legal luego de que la policía considerara que los ataques sufridos eran un caso de vandalismo callejero de origen no identificado. Hasta ahora, una de las pistas que han seguido, la más relevante, en realidad, es la del hombre mayor.

—Hemos hablado con él —dice el lejanoriental.

Hace una pausa dramática o, quizá, para ver si hay alguna reacción de parte de Gastón.

—Nos dijo que está aquí por el hijo de Max —dice el lejanoriental—, pero no le creemos; cuando lo apretamos se puso a hablarnos de bacterias, dice que ellos hacen investigaciones sobre la vida extraterrestre, pero que no lo puede explicar, que es información secreta, todo tonterías, y quiero que me digas qué pasa. Tú sabes qué pasa.

El lejanoriental se quita las gafas oscuras y busca la mirada de Gastón, como calculando si puede confiar en él. A pesar del pudor que le produce estarse beneficiando del malentendido, Gastón reconoce lo conveniente que resulta, justo en este momento. Mira alrededor, confirmando que este encuentro quedará registrado en decenas de fotografías de turistas, aunque la probabilidad de que alguna de esas imágenes, publicada en redes sociales, llegue a delatarlos es mínima. Estira las piernas para poder extraer el teléfono del bolsillo del pantalón; desbloquea la pantalla y navega por las funcionalidades hasta localizar un teléfono en la agenda. El abogado campesino.

—Yo puedo decirte quién está detrás de todo —dice Gastón, mostrándole los datos en la pantalla—, pero tú también tienes que ayudarme.

Antes de copiar los números en la agenda de su teléfono, el lejanoriental quiere saber el precio.

—No le quites los ojos de encima —contesta Gastón—. Yo te busco cuando necesite algo.

60

—Si los marcianos fueran a invadir la Tierra, ¿cómo lo harían? —pregunta la adormecedora.

Están recargados en el algarrobo, uno al lado del otro, casi tocándose, casi hombro con hombro, mirando cómo Gato duerme frente a ellos, apacible, su sueño de morfina. Están tomando una tercera cerveza y levantando una montañita de cáscaras de pistacho.

—¿Marcianos? —contesta Gastón—, en Marte no hay vida.

—O venusinos o de las lunas de Júpiter —dice la adormecedora—, ¡de donde sean!

La brisa agita suavemente las ramas del árbol y una vaina, verde todavía, se desprende y cae sobre el lomo del perro, sin alterarlo. La adormecedora da un largo sorbo a su cerveza, hace crujir la lata con la mano derecha, resopla, satisfecha. Es una buena bebedora, nos damos cuenta, una de esas a las que el alcohol apacigua, la vuelve más susceptible de entrever el continuo del tiempo, el hecho de que nada importa si se lo coloca en la dimensión adecuada, millones de años, por ejemplo. El tema de la vida extraterrestre no le interesa en realidad, pero, por lo visto, por lo que escuchamos, desde que Gastón lo sacó a colación se ha puesto a leer todo tipo de teorías en la red, quizá por curiosidad, quizá por tener de qué conversar cuando adormece al perro.

Gastón describe la típica escena a la que nos ha acostumbrado la ficción: naves espaciales, robots alienígenas, armas de exterminio que emplean tecnología desconocida, una guerra planetaria, la devastación de la Tierra, nuestra extinción.

—¿Pero por qué iban a destruirla? —contesta la adormecedora—, si lo que querrían sería apropiarse de los recursos, apoderarse de la Tierra, explotarla como una colonia.

La adormecedora explica que, tratándose de una civilización superior, los extraterrestres actuarían a largo plazo, que dedicarían miles de años a conocer la Tierra y a adaptarse; que se harían pasar por terrícolas y que ocultarían sus diferencias evolutivas, aunque les resultaría difícil mantener en secreto su inteligencia superior; que formarían un pueblo nómada, desarraigado, emigrante, para así irse expandiendo por todo el planeta.

—A lo mejor somos nosotros —concluye la adormecedora, caricaturizando la pronunciación de la erre de la palabra «nosotros», transformándola en la ele que marca el estereotipo fonético con el que se espera que los lejanorientales hablen la lengua colonizadora.

Los dos ríen con ganas.

—A mí me gusta esto —dice la adormecedora, mirando alrededor del huerto—, yo me quedaría con esto, aquí fundaría mi colonia.

La verdad es que ahora el huerto, a medio cosechar, no es un lugar particularmente bonito (parcelas de tierra removida donde antes había arbustos), pero la adormecedora no habla del

paisaje; habla de la calma, de la temperatura, del silencio, del viento, del aroma de la tierra. Gastón la observa sin disimulo, él es peor bebedor y puede que esté por empezar a aventurar interpretaciones, a descifrar supuestos dobles sentidos, a creer que la araña vascular en la mejilla de la adormecedora es la señal de algo, la clave de un acertijo o un secreto.

—¿Te me estás insinuando? —dice Gastón, medio en broma, medio en serio, como se dicen las imprudencias.

—Tenemos prohibido aparearnos con los aborígenes —responde la adormecedora—, lo siento.

Gastón desplaza el cuerpo hacia la adormecedora y la empuja con el hombro, mientras se agita por la risa.

—Pero sí te acepto otra cerveza —dice la adormecedora.

61

Una llamada urgente de Max, pidiéndole que vaya a la farmacia, cuando Gastón está removiendo la tierra de la parcela donde crecieron las cebollas alargadas. Algo de lo que han comido estaba echado a perder, explica, y los tres, Pol, Max y su padre, tienen diarrea y vómitos. Un poco de fiebre y dolor corporal. Gastón está a punto de disculparse, pero se da cuenta de que Max ni siquiera es consciente de que fue él, Gastón, quien metió al congelador la comida que creía que estaba todavía en buen estado. Max le pide que deposite la bolsa con los medicamentos en el buzón de la puerta del edificio y que le avise cuando lo haya hecho. Luego cuelga, sin dar tiempo a que Gastón reaccione, a que le recuerde que tiene llaves.

Gastón limpia la pantalla del teléfono, que se ha ensuciado de tierra, frotándola contra el pantalón. Se quita los guantes y hace una llamada.

—Necesito que lo distraigas —dice, sin introducción ni saludo.

—¿Qué pasa? —contesta el lejanoriental.

—Tengo que visitar a Max y no quiero que me vea —replica Gastón.

—Está en el bar —dice Yu—, donde siempre.

—En veinte minutos —contesta Gastón, y corta la comunicación.

Camina hasta la caseta de herramientas para comprobar si todavía le queda harina de la pulpa del algarrobo. Hay suficiente para los tres, para el tratamiento de dos días. Toma la bolsa de plástico, la introduce dentro de otra bolsa de tela y le explica a Gato que es mejor que no venga, que tiene que ir rápido. Renueva el agua del recipiente, coloca un puñado de golosinas de carne al alcance de Gato, que lo mira hacer echado en el jergón.

—No tardo —le dice, y sube el sendero que lo lleva a la salida del huerto.

62

Mira hacia la otra esquina, la del bazar de Yu, hacia el bar de enfrente, pero no ve al hombre mayor. Aparentemente, el lejanoriental es de fiar. Gastón se precipita hacia la entrada del restaurante y acciona el interruptor de la persiana. Adentro, el padre de Max está acodado en la barra, mirando su teléfono.

—¿Dónde están Max y Pol? —pregunta Gastón, al descubrir que no hay nadie más por ahí.

—Están arriba —contesta el padre de Max—, ¿quieres una cerveza?

—Son las diez y media —dice Gastón.

—¿En serio? —replica el padre de Max, mientras camina hasta la nevera—. ¿Quieres o no? Gastón le dice que no.

—Siéntate —le ordena el padre de Max—, necesito hablar contigo.

Se instalan en la barra, el padre de Max del lado del barman, con la botella de cerveza y un platito de nachos enfrente, y Gastón del lado de los clientes, con el vacío de Gato entre sus pies, quien debería estar acurrucado ahí, como siempre.

—¿Tú sabías que Max está quebrado? —pregunta el padre de Max.

—¿Cómo? —contesta Gastón, sorprendido.

—Lo único que tiene este inútil son deudas —dice el padre de Max—. ¿A ti no te debe?

Es imposible que le deba nada, piensa Gastón, si desde hace años entre ellos no existe el dinero. Gastón le cultivaba los pimientos y a cambio obtenía comida y cerveza; la relación de cliente y proveedor les duró muy poco, poquísimo, tan solo hasta el día en que los códigos de cortesía de la tierra natal de Max le impidieron cobrarle a Gastón la consumición en el restaurante y el otro, en correspondencia, no le quiso aceptar el pago de la siguiente factura.

No hace falta, sin embargo, que Gastón le cuente nada de esto al padre de Max, que ya le está explicando que su plan era pasar por la ciudad para capitalizarse, para retirar los dividendos que le correspondían por su inversión (esas son las palabras que utiliza, aunque no nos gusten); que las cuentas bancarias que tiene en su tierra natal están congeladas, que contaba con que Max le pagara ese dinero y que ahora está atrapado.

—Ha dilapidado mi patrimonio —dice el abuelo de Pol, acusando a Max con la misma frase que anticipamos hace varios capítulos.

Lo vemos dar un largo trago a la cerveza, depositarla de vuelta en la barra, con firmeza, chasquear la lengua, resoplar.

—Lo sabía —dice el padre de Max—, no se puede contar con él. Y ahora va a salir corriendo como un niño y me va a dejar colgado.

—Voy a subir a verlos —dice Gastón, que sabe por experiencia que es mejor cortar ahora que tener que aguantar el discurso de odio del padre de Max, la superioridad que se confiere por haber nacido antes, en una época de heroísmos y certezas viriles, y se incorpora arrastrando hacia atrás el banco.

—Escucha —dice el padre de Max.

Gastón detiene su escapada.

—¿Puedes prestarme dinero?

El padre de Max le explica que necesita viajar a un lugar en donde tiene varias cuentas que no han sido identificadas, uno de los paraísos fiscales del centro de occidente. Que desde ahí le podrá hacer una transferencia anónima, que incluso está dispuesto a pagarle un porcentaje generoso de intereses. A Gastón todo esto le suena como aquel fraude que recibimos tantas veces por correo electrónico, el de la viuda que no puede cobrar una herencia o el del príncipe del sur que necesita socios para extraer una fortuna de su reinado.

¿Cuánto costará ayudar al padre de Max?, se pregunta Gastón, aunque más bien, la verdad, lo que le interesa saber es cuánto habrá que darle para que desaparezca. Hace un cálculo rápido en su cabeza, sumando gastos de transporte, hotel, comidas, en alguna ciudad a unas cuantas horas de distancia, imaginamos, cualquiera de esos enclaves secretos que figuran en los mapas solamente por pudor de fidelidad geográfica.

—¿Cuánto? —pregunta Gastón.

El padre de Max toma una servilleta y anota una cifra. Es un poco más de lo que Gastón había considerado.

—En efectivo —aclara el padre de Max—, en billetes pequeños.

De pronto es como si estuviéramos en una trama de mafiosos: el restaurante vacío, en penumbras, y ese anciano hinchado, bebiendo cerveza en horario de desayuno y dándole instrucciones a Gastón como si le cobrara una extorsión o el rescate de un secuestro. En realidad, hay un poco de lo primero.

Gastón recoge la servilleta y se la guarda en el bolsillo del pantalón, aunque haya memorizado la cifra, para que el padre de Max interprete que considerará su petición sin necesidad de darle ahora una respuesta. El padre de Max le pide la medicina, le dice que está harto de estar encerrado en el baño, que por eso bajó al restaurante, para no tener que pelear con Max y Pol por el trono. Gastón le contesta que lo que les trajo es un remedio natural, que hay que prepararlo. El padre de Max vuelve a resoplar, ahora más fuerte.

63

No responden y tiene que usar la llave que guarda junto con las del restaurante. Al empujar la puerta advierte que algo le impide abrirla; imagina que Pol o Max se ha apostado ahí para defender el acceso a la fortaleza.

—Soy yo, Gastón —susurra, participando de la paranoia y de la conspiración, por inercia o imitación, por respetar las reglas del género.

Acerca el oído a la rendija pero no escucha nada. Empuja de nuevo, primero con precaución, luego con fuerza, pero solo consigue entreabrir la puerta. Se pone de lado, sume la barriga para deslizarse y vemos que lo que obstruye la entrada es una pila de cajas. Hay más, en el recibidor y en el pasillo que conduce a la sala.

—¿Qué pasa? —pregunta Gastón, después de esquivar los bultos, desde el umbral de la sala.

Las persianas están echadas y todas las luces encendidas, como si fueran las once de la noche y no de la mañana. Pol está acostado en el sofá, representando fielmente a un enfermo, sepultado debajo de varias mantas, a pesar de que hace más calor que frío; Max deambula por el departamento, está clasificando papeles, unos los introduce en cajas, otros en bolsas negras enormes, de plástico reforzado, de las que usaba en el restaurante para la basura (por la rapidez con la que cumple el procedimiento no parece que el criterio sea muy estricto).

—¿Viste a mi jefe? —contesta Pol—, ¿sigue vigilando la salida?

Resulta sintomático que Pol diga que la puerta del edificio es la salida y no la entrada. La salida: la vía de escape. Gastón decide ocultarle su alianza con el lejanoriental, como un padre sobreprotector que prefiere mantener a su hijo en la inocencia de sus maniobras.

—¿Trajiste la medicina? —pregunta Max.

Hay objetos apilados encima de la mesa del comedor, ropa amontonada por los rincones, cuadros descolgados, recargados en las paredes. Huele a sábanas sudadas, a humedad, a polvo rancio, al aroma que despiden las cosas después de permanecer olvidadas, a tiempo removido.

—¿Qué pasa? —repite Gastón.

—Necesito saber si sigue ahí —dice Pol.

—¿Te hace falta algo? —le pregunta Max a Gastón—, llévate lo que quieras.

Gastón se aproxima a Max, tiene que perseguirlo, se interpone en su camino, lo obliga a detenerse.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar, aunque ya sabe lo que pasa (escuchamos el flujo de sus pensamientos, o más bien de sus temores), pero cree que se merece una explicación.

Max le pone la mano derecha en el hombro para no mirarlo a los ojos.

—Nos vamos a casa —dice Max—, pasado mañana. Ya tenemos vuelos. Voy a hablar con los que compraron el local, los nororientales o lo que sean —sigue, sin dar tiempo a que Gastón le pregunte dónde se supone que está su casa—. Que ellos se queden con todo lo que hay adentro, que ellos vean lo que les sirve y lo que no que lo tiren a la basura, yo no voy a tener tiempo de ocuparme de eso.

—¿Cuándo decidiste irte? —le pregunta Gastón, que prefiere usar el verbo que cree adecuado y no el falso volver.

—Llevo tiempo pensando en eso —dice Max—, el restaurante no iba bien desde hace mucho.

—¿Cómo? —contesta Gastón, que no sabe cómo reaccionar y cree que se merece una mejor explicación.

Le dice que la ciudad está infestada de restaurantes de su tierra natal y que, por si fuera poco, ahora todo el mundo hace nachos y salsa de aguacate, hasta los bares lejanorientales.

—Pero ¿adónde te vas? —pregunta Gastón.

—Para empezar, con mamá —dice Max—, ella nos necesita, ya está mayor, no puede estar sola.

—Tiene a sus hijos y nietos —replica Gastón, aferrado a la negación.

—Tú tuviste la culpa —dice Max—. La asustaste con tus mensajes, ella fue la que me convenció de que volviera.

—No me habías dicho nada —dice Gastón.

—Parecen un matrimonio de viejos —dice Pol, que los observa desde el sofá.

Juraríamos que Max también piensa lo que pasa por la cabeza de Gastón al mirar a Pol, que se estremece debajo de las mantas y que emite una suave pero constante peste (no se habrá duchado en días, siguiendo el ejemplo de Max): que si ese fuera el caso entonces habrían fracasado educando al hijo que criaron juntos.

—Pensé que querías que abriéramos un restaurante en el huerto —dice Gastón, ignorando a Pol.

—¿Cómo? —contesta Max.

—Me hablaste el otro día de la recalificación del terreno —dice Gastón—, me imaginé que podríamos construir un local ahí.

—Te lo dije porque Biel me llamó —contesta Max.

—¿Quién? —pregunta Gastón.

—Me contó que fuiste a la inmobiliaria —responde Max—, que querías comprar un local, y me dijo que debería convencerte de recalificar el terreno, que ahora el mercado estaba caliente y sería el momento de hacerlo y vender.

—Biel es un farsante —dice Pol.

—Yo siempre te lo dije —le insiste Max a Gastón, sin mirar a Pol—, pero nunca me hiciste caso. Tienes que pensar en tu jubilación.

—Biel no me dijo que hubiera hablado contigo —dice Gastón.

—Como un matrimonio que no se habla —dice Pol.

64

Baja la escalera apresurado y con cada escalón aumenta la intensidad del presentimiento. Si fuéramos rigurosos, diríamos que más que un presentimiento es una conclusión, la consecuencia de atar cabos, de hilar la lógica del relato. No tiene que esperar nada para confirmarlo; en el zaguán, el buzón del restaurante rebosa de correspondencia. Gastón introduce la punta de los dedos por la ranura y extrae los sobres que están al alcance: facturas impagadas, avisos de embargo, notificaciones judiciales, amenazas de proveedores.

Max va a huir de la ciudad ahora que puede. Se va a escapar del presente que lo amenaza hacia el pasado. Gastón se detiene antes de abrir la puerta de la calle. Extrae el teléfono del bolsillo del pantalón y hace una llamada.

—Me voy —dice—, necesito que me cubras las espaldas.

—Espera —contesta el lejanoriental—, hay clientes, dame cinco minutos. Te hago una llamada perdida.

65

Abre la cancela del huerto, cierra tras de sí y vuelve a colocar el candado, calculando cuánto será lo que debe Max, si podría convencerlo de dejarse ayudar, de no huir, de quedarse. Desciende el sendero que conduce a la caseta de herramientas y, cuando se encuentra a unos cinco metros, se da cuenta: Gato no respira. Está acostado en su jergón, tal y como lo dejó hace un par de horas, en la misma posición, echado sobre el lado derecho, con las patas encogidas, acurrucado, los ojos cerrados, las golosinas de carne intactas a un par de metros de su hocico.

Gastón no piensa lo que nosotros, ávidos de darles sentido a todas las cosas, podríamos aventurar: que Gato ha elegido ese momento para morir, que ha agonizado solo para evitarle a Gastón el dolor de contemplarlo, que ha preferido adelantarse ahora que Max y Pol se van, que todo esto representa el fin de una época. Nos gustaría creer que fue así, defender la sensibilidad del perro, y hasta un cierto sentido paranormal, pero no nos engañemos, esas son conjeturas románticas para consolarnos. La primera reacción de Gastón, en cambio, es culparse: le ha fallado, habría tenido que estar ahí, acompañarlo. Se sienta en el suelo de la caseta de herramientas, al lado de Gato, de su cuerpo todavía tibio, y empieza a acariciarle la cabeza y el lomo.

Nosotros vamos a dejarlos solos, no tenemos derecho a estar aquí ahora, vamos a meter la nariz en otro lado, vamos a caminar hasta el algarrobo, de espaldas a Gastón y al cuerpo de Gato, vamos a quedarnos ahí contemplando la ciudad, sin mirar atrás, vamos a demostrar un poco de pudor, de decencia, vamos a probar que incluso al escribir ficción hay que respetar una moral y una ética.

66

En cada pausa que hace para descansar el hombro, revisa el teléfono. Pretende seguir cavando mientras las raíces del algarrobo se lo permitan, entre más profundo mejor, y además está haciendo tiempo para que Max y Pol le respondan. No quiere enterrar a Gato solo, tiene que hacerlo en familia, eso es lo que le habría gustado al perro. Pero Max y Pol han ignorado sus llamadas, o no han reparado en ellas. Ha terminado por enviarles un mensaje en el que les dice que es urgente que se comuniquen. Y, mientras tanto, Gastón continúa golpeando la tierra con la pala, rítmicamente, con decisión pero sin rabia, sin furia, resignado.

Cuando por fin siente la vibración del teléfono en el bolsillo del pantalón, contesta sin mirar la pantalla.

—¿Gastón? —escuchamos la voz de una mujer que le explica atropelladamente y con acento conosureño que es su prima, la esposa de su primo, del hijo de la hermana del padre de Gastón, que no cuelgue, que es muy importante que lo escuche.

Gastón refunfuña un saludo y le contesta que, de verdad, no es un buen momento.

—No hay tiempo que perder —dice la prima, que vuelve a insistir en la urgencia de la situación.

—¿Qué pasa? —le pregunta Gastón, que, a pesar de las circunstancias, alcanza a razonar que antes de cortar la llamada y bloquear a la prima no sería mala idea enterarse de lo que quiere.

La prima le dice que dos de sus sobrinos (sobrinos de ambos), es decir, hijos de uno de los hermanos de su marido, o, para que entendamos, hijos de uno de los primos de Gastón, han interpuesto un proceso en contra de Gastón para despojarlo de las propiedades que heredó de su padre.

—Gracias por avisarme —la interrumpe Gastón—, hablaré con un abogado.

—No estás entendiendo —replica la prima—, parece que ya te olvidaste de cómo son las cosas aquí.

La acusación ofende a Gastón como todas esas frases con las que los que se quedan manifiestan su rencor y resentimiento contra los que se van, como si la permanencia en el mismo lugar les confiriera superioridad. Gastón recuerda la cantinela de sus familiares en las escasas ocasiones en que ha tenido contacto con ellos desde que se fue: «para ti es muy fácil opinar porque no vives aquí», «las cosas ya no son como antes», «hay que estar aquí para darse cuenta», «lo fácil es irse».

—¿Gastón? —pregunta la prima, que teme que se haya cortado la llamada.

—Sí —responde Gastón, que ya empieza a calcular la gravedad de la amenaza.

—Compraron al juez —dice la prima—, falsificaron las notificaciones para que tú no te enteraras, si no te presentas en la audiencia te declararán en rebeldía y ganarán ellos. Ahora te mando los documentos, te los paso por mensaje.

—Tengo que colgar —dice Gastón, doblemente perturbado: por lo que escucha y porque teme que justo ahora Max o Pol le devuelvan la llamada.

—Te mando los documentos —dice la prima.

—Gracias —dice Gastón.

—Oye —replica la prima antes de que Gastón pueda cortar la llamada—, no te vayas a olvidar de que fui yo la que te avisó, eh. Toda la familia lo sabe y nadie te había dicho nada.

67

Remonta el sendero que conduce a la entrada del huerto deseando que sean Pol y Max, pero la esperanza de que hayan venido sin avisar, que hayan burlado la vigilancia del hombre mayor, o que se le hayan enfrentado, intuyendo la urgencia de la situación al ver la insistencia de sus llamadas, desaparece cuando Gastón reconoce al proximoriental y al regidor, que esperan tras la cancela.

—Ahora no puedo —les dice Gastón, apretando en su mano derecha el manajo de llaves que cuelga del cintillo del pantalón para ocultarlo—, estoy ocupado.

—Es urgente —contesta Ender.

—Vinimos porque esto no puede hablarse por teléfono —dice el regidor—, no podemos arriesgarnos.

Antes de que Gastón alcance a completar sus especulaciones (que quizá esta sea la continuación de la charla que tuvo con el regidor en la sede del distrito, la parte en la que el regidor le dice que hay una manera de arreglar las cosas), el proximoriental y el regidor se atropellan para explicarle el motivo de la visita.

—Hemos recibido nuevos mensajes —dice el regidor.

—De los visitantes del espacio —añade Ender.

—Instrucciones para un contacto —dice el regidor.

—Un encuentro —aclara Ender.

—Mira —dice el proximoriental, que debería haber dicho «escucha», pues saca su teléfono y pretende hacerle oír a Gastón un mensaje de audio.

Gastón mira hacia atrás con impaciencia, como si temiera que alguien aprovechara su ausencia para enterrar a Gato a sus espaldas.

—¿Nos abres? —pregunta el regidor, quien, al contrario que el proximoriental, no está acostumbrado a que se le niegue la entrada, a ser recibido con desconfianza.

—¿Yo qué tengo que ver con eso? —contesta Gastón, agresivamente, transformando por un momento el torrente de hormonas de la tristeza en rabia, en encono contra sus interlocutores.

El regidor estira el brazo derecho y apunta hacia atrás de Gastón, hacia algún punto que nos parece impreciso y por un momento fantaseamos con la visión de una nave espacial suspendida sobre el huerto, justo en ese momento, como una prueba; pero el regidor está apuntando hacia algo en concreto.

—¿Es un algarrobo? —pregunta.

—Aquí está —dice Ender, tendiéndole su teléfono a Gastón.

—No tengo tiempo para esto —replica Gastón, y les da la espalda decidido a abandonarlos.

Camina dos, tres, cuatro pasos, rumbo al cuerpo de Gato, de vuelta al duelo, oyendo los reclamos que intentan detenerlo.

—¡Es aquí! —grita el proximoriental—, ¡el contacto es aquí!

—¿No querías que te ayudara? —pregunta el regidor.

Gastón frena su marcha para sopesar la situación. Han pasado tantas cosas desde su visita al regidor que aquel plan ahora le parece que formara parte de otra historia, de algo que le hubiera sucedido a otra persona, en otra vida. ¿Podría convencer a Max de quedarse? ¿Cuánto le costaría pagar todas sus deudas y construir el restaurante? Parece, en este momento, una hipótesis improbable, una fantasía de felicidad que se ha ido desmintiendo rápidamente, en unos cuantos días, en unas cuantas páginas. ¿Tendrá remedio?

—¿Es un algarrobo? —vuelve a preguntar el regidor, al percibir las dudas de Gastón.

—Ya no me interesa —contesta Gastón, pero vuelve al sitio desde el que los había estado escuchando, lo que evidencia sus dudas.

El regidor le explica que todas las señales indican que el lugar del encuentro es el huerto de Gastón y que la prueba definitiva es el árbol.

—Hay bastantes algarrobos por aquí —dice Gastón—, es un árbol muy común en la ciudad.

—Esto es como un acertijo —replica el regidor—, hemos ido descartando posibilidades y al final solo ha quedado el huerto.

Antes de que Gastón diga nada, el regidor expone su propuesta. Mira hacia ambos lados de la calle, vigilando que nadie pueda escucharlo, dejándonos claro que toda precaución es poca.

—No puedes venir a la oficina a pedir algo así —dice, bajando la voz—, aquí las cosas no se hacen así. Hay que ser discretos. Ahora voy a tener que solicitar que borren tu nombre de la agenda del sistema informático de visitas. Vamos a tener que esperar un poco para que la gente de la oficina que te pudo haber visto se olvide de tu cara. Pero no te preocupes, es cuestión de tiempo. Tienes mi palabra.

El regidor hace una pausa, mira a Gastón a los ojos, buscando su complicidad; se aproxima más a la cancela, agarra dos de los barrotes con las manos e introduce el rostro hacia adentro del huerto, hacia Gastón.

—Lo único que te pedimos es que nos dejes entrar el día del encuentro —dice.

—Ya no me interesa —repite Gastón, les da la espalda y los deja hablando solos.

Gastón interrumpe las paladas de tierra para abrirle la cancela a la adormecedora. Con tantas cosas sucediendo, se olvidó de avisarle, o quizá ese olvido no haya sido del todo involuntario: quizá tenía miedo de que no volviera nunca, ahora que la razón de sus visitas yace entre las raíces del algarrobo, a medio enterrar.

¿Cómo reaccionará la adormecedora? Si esta fuera una historia romántica seguramente estaríamos llegando al clímax, al momento en que los sentimientos de Gastón y de la adormecedora se revelan. Sin embargo, todavía no es posible saber si hay algo más allá de la camaradería, de la compasión que siente ella hacia él y de la curiosidad que despierta en él ella (aunque con mucho menos que eso, hay que decirlo, basta y sobra para empezar una relación).

La adormecedora permanece en su sitio, con la cancela entreabierta, cuando Gastón le da la noticia. No se aproxima para abrazarlo, ni estira un brazo para colocar una mano condescendiente sobre un hombro enlutado.

—¿Lo has sepultado? —pregunta.

—Lo estoy haciendo ahora —contesta Gastón.

—¿Puedo acompañarte? —replica la adormecedora.

Gastón asiente y bajan juntos el sendero hacia el algarrobo. La adormecedora no se entromete en la tarea funeraria, se limita a tomar asiento recargada en el árbol y a contemplar el traslado de la tierra para cubrir el agujero. Cae la tierra sobre el cuerpo de Gato, que ahora será alimento del algarrobo, de sus bayas de savia dulce que Gastón transformará en infusiones y remedios.

Cuando Gastón finaliza, deposita la pala en el suelo, se limpia las manos en el pantalón y toma asiento frente a la adormecedora. Como señal de que está llegando la primavera, hoy la adormecedora calza unas sandalias de cuero; Gastón observa un momento sus pies, el segundo dedo más largo que el gordo, una señal de belleza clásica, y descubre la uña amarillenta. Levanta la vista hacia el rostro de la adormecedora, hacia la araña vascular que ahora le parece un laberinto o tal vez el hilo para salir de él, un camino enmarañado como la trama de esta historia, y ya se sabe lo que decían los filósofos de la Antigüedad, que el laberinto es una imagen del alma.

—No te vayas a molestar —dice Gastón.

—No digas algo que vaya a molestarme —contesta la adormecedora.

—Te voy a dar algo para la uña —dice Gastón—, es un gel que preparo con las bayas verdes del árbol —añade, señalando con las cejas hacia las ramas del algarrobo.

—¿Qué pasa con mi uña? —pregunta la adormecedora, a la defensiva.

—Nada —dice Gastón, y estira la mano derecha hacia el pie de la adormecedora.

Su dedo índice toca la superficie amarillenta, la acaricia, delinea el contorno de la uña, y la adormecedora se ruboriza tanto que la araña vascular desaparece de su mejilla.

No se olvida de que tendría que pedir la ayuda del lejanoriental, pero algo ha cambiado; esas precauciones ahora le parecen estúpidas, una frivolidad que se podía permitir en otros tiempos, como si hubieran dejado de tener importancia, y se equivoca, porque el hombre mayor lo intercepta antes de que alcance la persiana del restaurante. Que la muerte de Gato haya cambiado su percepción de la realidad, de sus urgencias y amenazas, no hace, desgraciadamente, que cambie la realidad en sí, esa cosa necia y fastidiosa. Lo mira con resignación, asumiendo, aburrido, que ha llegado la hora de enfrentarlo. Gastón señala con el mentón hacia el bar de la esquina y el hombre mayor lo sigue obediente.

Pide una cerveza y el hombre mayor un agua con gas.

—Yo lo traté siempre como a un hijo —dice el hombre mayor—, yo invertí mucho en él.

El relato sentimental ya no hace efecto en Gastón; es demasiado tarde para la empatía y la simpatía, de nada sirve el cambio de estrategia del hombre mayor. Habla del talento de Pol, de su inteligencia, de su rigor en el laboratorio, pero también de que su inestabilidad ha perjudicado su rendimiento, de sus carencias, de una tendencia a sentirse acusado y perseguido, a desplazar la culpa hacia los demás, de sus ataques de ansiedad, del riesgo de desequilibrio, y dice que quizá todo eso, de alguna manera, se deba a su temprana orfandad, a la muerte de su madre.

—O al exceso de padres —replica Gastón, que, en realidad, está diciendo algo más, algo peor: que quienes hemos vuelto loco a Pol somos nosotros, esta ficción de hombres.

Trata de ser hiriente, pero el hombre mayor ni siquiera lo escucha, o si lo escucha lo ignora; ha pasado días en blanco, esperando, y ahora no puede parar. Dice que Pol ha abandonado el trabajo de forma injustificada y que tiene que devolver la inversión que se hizo en él, que su contrato está condicionado a resultados, que lo percibido no son salarios, sino rendimientos, ahora injustificados. Luego aventura una metáfora sobre el comportamiento de Pol comparándolo con el metabolismo de cierta bacteria que solo se reproduce cuando se siente amenazada, habla de la Tundra, de los días sin luz ni calor del sol, de la tasa de deserciones entre los investigadores del instituto, de algún suicidio, del abuso de alcohol, pastillas y otras sustancias.

—¿Qué es lo que quiere? —lo interrumpe Gastón—, ¿dinero?

—Hay algo más —contesta el hombre mayor.

Bebe un sorbo del agua con gas y aproxima la cabeza hacia Gastón, inclinándose sobre la mesa.

—Pol se ha llevado algo —dice, entre dientes, bajando el volumen de voz.

—Llevado —repite Gastón.

—Sí —dice el hombre mayor—, robado.

—¿Qué es? —pregunta Gastón.

—No se lo puedo decir —contesta el hombre mayor.

Le explica que las investigaciones que hacen en la Tundra son confidenciales, que los resultados son propiedad de un grupo de inversionistas, que él no puede divulgar esas informaciones sin su consentimiento.

—Es material sensible —concluye el hombre mayor.

—Sensible —repite Gastón.

—Sensible —vuelve a decir el hombre mayor, que en esta ocasión no aclara el significado del eufemismo.

Gastón termina lo que queda en la botella de cerveza y saca unas monedas del bolsillo del pantalón, que deposita sobre la mesa.

—Yo no sé dónde está Pol —dice.

—No le estoy pidiendo que me diga la verdad —contesta el hombre mayor—, tengo hijos, no soy ingenuo.

—¿Cómo hacemos para que nos deje en paz? —replica Gastón, incluyendo, con el plural, a Max y, aunque no quiera delatarse, a Pol.

—Solo asegúrese de que Pablo no lo utilice —dice el hombre mayor—, el material —aclara.

Le explica que en un par de días tendrá que volver a la Tundra, que no se puede quedar más, que si no encuentra a Pol tendrá que mentir, ocultar lo sucedido, porque de lo contrario pondría en riesgo la confianza que le tienen los inversionistas. Gastón respira aliviado: acaba de entender que el destino del hombre mayor, de su carrera y sus proyectos, depende de Pol; por eso se ha encargado personalmente de buscarlo y no interviene nadie más (ni autoridades, ni policía, nadie), porque, lo que sea que haya pasado, tiene que permanecer en secreto; y ni siquiera se trata de una conspiración, sino que eso es lo que conviene a los intereses del hombre mayor, que es en parte culpable, por negligencia o falta de supervisión, de lo sucedido.

Gastón empuja la silla hacia atrás, se levanta, tira de la correa fantasma de Gato, percibe extrañado su levedad, sale del bar y cruza la calle rumbo al restaurante.

70

Están viendo un partido del equipo de la ciudad y tomando una segunda cerveza en la barra del restaurante vacío; Max y su padre del lado del barman y Pol y Gastón del lado de los clientes, con la ausencia definitiva de Gato a sus pies, echada entre dos bancos, subiendo como un escalofrío por sus piernas hasta alojarse en la barriga.

—¿Y si fue la adormecedora? —pregunta Pol.

Dice que pudo haberse colado al huerto cuando Gastón no estaba para adormecer, definitivamente, al perro. Que lo habría hecho por piedad, para que Gastón no tuviera que pasar por eso. Otra vez está poniendo a funcionar la lógica de la paranoia, en la que todo tiene una explicación y el azar no tiene cabida. Gastón le contesta que ha visto muchas películas, películas malas, aclara, que ha sido una casualidad, una fatalidad, rectifica, no haber estado ahí en ese momento para acompañar a Gato.

Las pantallas muestran que el mejor futbolista de la Tierra ha parado de correr. Está inclinado hacia el frente, con las manos en las rodillas, escupiendo o quizá vomitando. Lo observamos mirar hacia afuera del campo, hacia la banda izquierda (donde el entrenador lo vigila con los brazos cruzados y rostro de preocupación), incorporarse y mover las manos para pedir la sustitución.

Gastón contempla la marcha del mejor futbolista de la Tierra y se da cuenta de que es la última vez que lo ven juntos, que la decisión de Max va a interrumpir los ciclos, la rutina, todos esos gestos repetidos miles de veces durante tantos años, el calendario marcado dos veces a la semana por un partido, el pretexto de sus encuentros.

—¿Lo ves? —le dice Max a Pol, levantando un momento la vista de los caramelos multicolores—, es hora de volver.

Se trata de la continuación de una charla previa, en la que ni Gastón ni nosotros hemos participado, aunque basta el contexto para entender (y lamentar) la pobreza de la metáfora, el oportunismo con el que Max se apropia de la crisis de ansiedad del mejor futbolista de la Tierra para sugerir que es una señal de decadencia de la vida en la ciudad. Otro que podría hacer mal uso de la situación, reflexiona Gastón, es el nororiental, que ahora estará lamentándose en las gradas, interpretando que la bienvenida que ha preparado para su hermano tal vez acabe resultando un mal augurio.

El padre de Max mira fijamente a Gastón, no le ha quitado la vista de encima desde hace varios minutos. No soporta la incertidumbre, pero tampoco se quiere humillar preguntándole por el dinero enfrente de su hijo y de su nieto. Gastón nota el bulto de los billetes en el bolsillo del pantalón y no separa la mirada del partido; le gusta tener al padre de Max a su merced; pretende hacerlo sufrir hasta el último minuto.

—¿Quién entra? —pregunta Pol.

El mejor futbolista de la Tierra aplaude hacia la grada, le da la mano al árbitro y abraza al compañero que entra al campo en su lugar. Lo hace todo con tanta ceremonia, con tanta pena, que parece estarse despidiendo también de esta historia. Gastón y Pol gritan el mismo insulto, un insulto con el que recuerdan a la madre del entrenador del equipo de la ciudad, o no exactamente a su madre, en el momento en el que descubren la identidad del sustituto.

71

Al salir del restaurante, cuando la persiana está ya a mitad de camino en su descenso para clausurar la entrada, Gastón ve al Tucu. Está recargado en la pared de la acera de enfrente, rodeado por los que han salido del bar de la esquina al terminar el partido para fumar. Tiene una botella de cerveza en la mano derecha y está gritando una maldición justo debajo del balcón en el que cuelga una pancarta del distrito, tres pisos más arriba, que se dirige a los noctámbulos en la lengua aborigen: «Queremos dormir, no hagas ruido».

Gastón lo saluda con un movimiento de la cabeza; más que un saludo es un gesto para que el Tucu sepa que lo ha visto, que no lo está ignorando, y pretende escaparse rumbo a casa, pero el Tucu cruza la calle y lo intercepta.

—¿Dónde está el perro? —pregunta.

—Se quedó en casa —dice Gastón, que no quiere darle explicaciones (que no tiene por qué dárselas).

El Tucu se empina lo que queda en la botella.

—Invítame una cerveza —dice—, necesito hablar contigo.

Lo vemos tambalearse ligeramente, moverse de derecha a izquierda con el vaivén que infunde la bebida cuando se traspasa un límite. Nada bueno puede provenir de esa alteración del ánimo que distorsiona los sentimientos, de esa hipérbole de las emociones; Gastón intenta escaparse.

—Me voy a casa —dice—, mañana tengo que despertarme temprano.

—Tú puedes darme trabajo —replica el Tucu.

Gastón le dice que no necesita a nadie, que él solo se basta para cuidar del huerto.

—Si no tengo contrato de trabajo no puedo renovar el permiso de residencia —dice el Tucu.

—No necesito a nadie —insiste Gastón.

—Solo el contrato entonces —contesta el Tucu—, para poder hacer el trámite, mientras consigo otra cosa.

—Lo siento —dice Gastón, e intenta retirarse, pero el Tucu le corta el camino.

Están frente a frente, tocándose con las barrigas, y el Tucu comienza su resoplar pesado, sus insultos telepáticos. Si pudiéramos entrar en su cabeza aprenderíamos cómo funciona ese resentimiento ancestral que fue el motor de tantos ajusticiamientos sumarios.

—Habría que pagar la seguridad social y si me llega una inspección la multa me arruina —explica Gastón, amedrentado.

—Pero al pirado de Pol sí lo vas a contratar —dice el Tucu.

—¿Cómo? —responde Gastón.

—Me lo contó él —dice el Tucu.

—Gato está muerto —replica Gastón, que se ha distraído pensando en Pol, en la posibilidad de que se quede con él, como si ahora respondiera con la verdad a la primera pregunta del Tucu y eso hiciera posible volver a comenzar de nuevo, reescribir el diálogo entero, llevarlo hacia un lugar diferente de este enfrentamiento.

Pero el Tucu no está para revisiones, reescrituras o correcciones.

—¿Quieres que me dé lástima? —contesta, casi gritando—, ¿o me estás pidiendo que sea tu perro?

Empuja a Gastón con fastidio, más para apartarlo de sí que para iniciar una pelea; Gastón aprovecha el impulso, da media vuelta, tira de la correa fantasma de Gato y se escapa hacia el otro lado, aunque tendrá que dar un rodeo para llegar a casa.

72

El nuevo diagnóstico es esofagitis, lee Gastón en la red, navegando en su teléfono, ya acostado en la cama. La prensa deportiva publica un supuesto informe médico del club, que todavía no ha sido confirmado ni desmentido oficialmente. La esofagitis provocaría reflujo, náuseas, vómitos y, debido al esfuerzo físico, sensación de ahogamiento, de agonía. El dolor en el pecho, afirman, es muy parecido al que se sufre durante un infarto. Lee también los rumores sobre bajas y altas para la próxima temporada, listas negras de culpables, interpretaciones crueles o condescendientes sobre las razones que explicarían la eliminación del equipo de la ciudad del campeonato continental.

Gastón cierra el navegador y le envía un mensaje al lejanoriental: «Voy a necesitar que me ayudes mañana. Te busco temprano.» Luego le escribe a Max. Le pregunta si está dormido, si lo puede llamar. Gastón observa en la pantalla del teléfono que Max ha leído el mensaje, pero no contesta. Espera dos o tres minutos y decide tomar la iniciativa.

—¿Pasa algo? —le pregunta Max al contestar.

Gastón le dice que quería volverle a preguntar si está seguro de lo que va a hacer, que se quede, que él puede ayudarlo a volver a empezar. Max le da las gracias y le contesta que si se trata de empezar prefiere hacerlo donde todo comenzó, en su tierra natal. Gastón replica confusamente, se enreda explicando algo en lo que entendemos, para resumir, que dice que no es lo mismo volver a empezar hacia adelante, viendo hacia el futuro, que volver a empezar hacia atrás, pensando en un pasado perdido. Que el tiempo es algo que no se puede recuperar.

—Además, ¿tú ya qué tienes que ver con todo eso? —insiste Gastón.

«Todo eso»: así llama Gastón a la tierra natal de Max, a sus tíos, primos, sobrinos y medios hermanos, que son, después de tantos años, unos desconocidos, a la idea nostálgica de un futuro en el que Max pretende restituir su infancia, corregirla, vivirla ahora de manera feliz.

—Pol insiste en quedarse —replica Max.

Está desviando la conversación hacia un asunto pendiente, pidiendo la ayuda de Gastón y haciéndole saber, al mismo tiempo, que lo suyo no tiene vuelta atrás, que es una vuelta atrás que no tiene vuelta atrás.

—Dice que puede quedarse contigo un tiempo mientras decide qué hacer —dice Max—, que puede ayudarte en el huerto. A mí me preocupa que el cambio lo desestabilice más, Pol necesita estar tranquilo para reponerse.

Pol podría ser el sustituto de Max; Gastón no lo piensa así, pero nosotros nos damos cuenta de que eso es lo que sucede en el fondo, el inicio de una historia, una fantasía que ilusiona a Gastón: no va a quedarse solo, él también va a empezar una nueva vida, acompañado de Pol, que

necesitará de sus cuidados y de su protección para recuperarse, para reponerse de la etapa difícil por la que está pasando. Pol no está loco, no; si acaso está tan desequilibrado como todos los jóvenes de su edad, como cualquiera que al salir al mundo encontrara solo escombros, ruinas, todas las promesas incumplidas. Necesita rutina, normalidad, grandes dosis de realidad, mantenerse ocupado en cosas concretas, levantar el dique que lo defiende de las fantasías paranoicas. El huerto es un lugar perfecto, sus ciclos, su exigencia diaria de cuidados, el contacto cotidiano con la tierra, eso es lo que puede salvar a Pol. Incluso podría dejarlo hacer experimentos, aventura Gastón, aprovechar sus conocimientos de biología, mejorar la productividad de las cosechas. Habrá que hacerlo olvidarse de conspiraciones, habrá que cultivar el huerto.

—¿Gastón? —dice Max, que cree que se ha cortado la comunicación.

—Por lo pronto que se quede conmigo —contesta Gastón—; si no le salen bien las cosas puede alcanzarte —dice, prudente, para recalcar que, después de todo, nada es definitivo en esta vida.

Gastón espera la respuesta de Max. Aunque no lo veamos, podemos intuir a Max del otro lado, dudando, calculando, seleccionando las palabras adecuadas.

—Con mamá o con papá —dice.

—¿Cómo? —pregunta Gastón.

—Que parece que estuviéramos decidiendo si el niño se queda con mamá o con papá —contesta Max.

Aunque la comparación le parezca infantil, Gastón no dice nada porque sabe que esa es la manera en que Max le está diciendo que sí, que Pol se quedará, que no insistirá en obligarlo a que lo siga en sus planes, que al fin y al cabo es un adulto.

—Paso por ti —dice Gastón.

—Prefiero ir en taxi —responde Max.

—Yo te voy a llevar al aeropuerto —replica Gastón—, eso no vamos a discutirlo. ¿Has terminado de vaciar la casa? ¿O lo vamos a tener que terminar de resolver nosotros?

—Hablé con el nororiental —dice Max.

—Se llama Niko —contesta Gastón.

—Se quedará también con la casa —dice Max—, es para la familia de su hermano. Le vendí los muebles, vajilla, todo. Hicimos un contrato de subarrendamiento.

—Eso es ilegal, Max —dice Gastón.

—No puedo seguir perdiendo dinero —contesta Max.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Gastón—, ¿por qué no me lo habías contado?

—Pol tiene razón —dice Max—, parecemos un matrimonio de viejos. Un matrimonio que no se habla.

De súbito, Gastón se conmueve, las mejillas le arden y los conductos lacrimales reciben una señal de alerta: son las hormonas de la tristeza. En treinta años no han tenido que decirse estas cosas, nunca, su amistad está hecha de sobreentendidos, de eufemismos, de burlas hirientes, de gestos repetidos miles de veces, de todo eso que los mantenía a salvo de tener que hablar en serio.

—¿Le prestaste dinero a mi padre? —pregunta Max.

Gastón no contesta; sigue tratando de convocar a las hormonas de la indiferencia para que libren su batalla contra esta melancolía anticipada.

—Acaba de irse a la estación —explica Max—, quería tomar un tren nocturno, se cree que tiene a la policía internacional tras sus pasos.

La imagen del padre de Max fugándose, como en una película, le permite a Gastón distraerse, visualizarlo escondido debajo de un sombrero y tras una larga gabardina, lo vemos en blanco y negro, como si su huida hacia los paraísos fiscales del centro de occidente sucediera en el siglo pasado.

—Me dio parte del dinero que le prestaste —sigue Max, dando por hecho la responsabilidad de Gastón en el asunto—, para mis gastos. Vaya energúmeno, mi padre. Siempre queriendo que le quede a deber algo.

73

Quizá no deberíamos contar esto, defraudar la confianza de Gastón, poner sobre aviso a las autoridades fiscales peninsulares, pero tenemos una responsabilidad mayor. Se nos dio un poder para escribir esta historia y debemos ejercerlo.

Gastón hace una llamada de madrugada, aprovechando la diferencia horaria con el Cono Sur, aprovechando que va adelante en el tiempo. El hombre con el que habla es un abogado, un viejo conocido, lo deducimos por la manera de saludarse, familiar y distante al mismo tiempo, que nos hace intuir una relación de mucho tiempo y una complicidad a toda prueba. Terminada la introducción para restablecer el contacto, Gastón le dice que tiene que vender todo.

—¿Todo? —pregunta el abogado.

—Todo —contesta Gastón—, de inmediato, lo más pronto que puedas.

—Igual falta documentación, firmas, poderes —replica el otro.

—Mándame lo que necesites —contesta Gastón—, pero ya.

El abogado le dice que no es el mejor momento para vender, que hay crisis económica (otra, como siempre), que el mercado está frío, que sería bueno esperar a que el escenario sea más propicio, pero Gastón sigue a lo suyo, le explica a qué cuenta tiene que transferirle el dinero, y no es una cuenta en la Península, debe estar domiciliada en alguno de esos paraísos fiscales del centro de occidente, quizá incluso el mismo adonde ahora se dirige el padre de Max.

—Escucha —dice el abogado—, ¿no quieres quedarte algo?, ¿una casa a la que puedas volver, como mínimo, si se te ocurre regresar?

—Vendemos todo —insiste Gastón, cortante, se aleja el teléfono del oído y presiona la imagen en la pantalla que termina la comunicación, como si el pasado fuera algo que pudiéramos espantar a manotazos (con la ayuda de un abogado).

74

En cuanto Gastón detiene la camioneta en la zona para dejar y recoger pasajeros, Max abre la puerta y desciende a la tierra en la que ha vivido durante más de treinta años y que está a punto de abandonar. No ha querido que Gastón entre al estacionamiento, lo está obligando a evitar una despedida melodramática, quiere acelerar el episodio como si una elipsis pudiera mitigar la pena. Gastón también baja para abrir la puerta trasera y ayudar con el traslado de las maletas.

Pol abraza a su padre apresuradamente y le dice a Gastón que ahora vuelve, que no tarda, que no se mueva, y se aleja corriendo antes de que ninguno de los dos alcance a preguntarle nada.

Las maletas ya están apiladas sobre el cochecito en el que Max las conducirá hasta el mostrador de la aerolínea; Gastón cierra la puerta trasera de la camioneta y se aproxima a Max, que está confirmando que tiene sus pasaportes y la información del vuelo.

Cuando van a abrazarse, un policía aparece y les pide la documentación de la camioneta. Les dice que ese tipo de vehículo no puede circular por ahí y empieza a teclear los datos de una multa en un dispositivo electrónico. Max trata de darle una explicación.

—No sirve —lo corta el agente.

—¿El qué? —pregunta Max.

—Causar lástima con la despedida —dice el policía—. No sé cómo se resuelvan estas cosas en su tierra, pero aquí cumplimos la ley. Le ruego que no diga nada que me obligue a levantar un acta por tentativa de soborno.

Gastón advierte que Max está a punto de blandir su pasaporte peninsular en la cara del policía, lo abraza para evitarlo, le susurra que no vale la pena y se asegura de empujarle la mano hacia el bolsillo para que guarde el documento. Al menos hoy, como prueba de que algo termina, o, más bien, para él, de que algo empieza, Max se ha duchado. También ha elegido, de entre los montones de ropa sucia, aquella menos arrugada y apestosa.

—No hay prisa —dice el policía—, con calma.

Terminan el abrazo y Gastón abre la puerta del copiloto para extraer la documentación de la guantera.

—¿Dónde está Pol? —pregunta Max.

—No sé —dice Gastón.

Los dos miran en la dirección hacia donde creen que Pol se ha ido, pero no están seguros. El trájín de turistas, que abarrotan las entradas del aeropuerto, complica la búsqueda. Max hace un gesto de resignación para anunciar que se va.

—Avísame cuando llegues —le dice Gastón.

—Sí, mamá —le contesta Max, burlón.

Empuja el cochecito con las maletas y se encamina a la entrada más cercana del aeropuerto; lo vemos atravesar esta página, salir de los márgenes, alejarse, fuera de la vista de Gastón, de nuestra percepción.

Gastón espera a que el policía haga su trabajo, y en cuanto Max desaparece por completo, como si el aeropuerto fuera un gran teatro, Pol entra en escena.

—¿Y eso? —le pregunta Gastón.

Está cargando una mochila de excursionista, cilíndrica o, más bien, abultada en forma de cilindro debido a lo que sea que contenga.

—La dejé en las consignas el día que llegué —dice Pol—, no podía cargar todo.

—¿Qué es? —replica Gastón, al advertir su forma extraña.

—Cosas —contesta Pol, abre la puerta del copiloto y se sienta con la mochila sobre las piernas.

75

Al ocaso, los contactados aparecen en el huerto; para ser una sociedad secreta y conspiracionista, hacen bastante bulla: llaman a gritos a Gastón desde detrás de la cancela. Gastón creía haberlos persuadido, pero ha subestimado su fanatismo; está sentado bajo la sombrilla de la caseta de herramientas con Pol, tomando una infusión de las hojas del algarrobo con la que intenta tranquilizarlo, pues parece otra vez al borde de un colapso nervioso.

Duda por dónde empezar a explicarle a Pol lo que está pasando, pero Pol se pone de pie y le pide las llaves.

—Yo los he llamado —dice, con la palma de la mano tendida hacia Gastón.

Gastón no se mueve y mira alternativamente a Pol y hacia la entrada del huerto, donde apreciamos los preparativos de un motín; en total deben ser alrededor de diez personas, y ahora están sacudiendo la reja de la cancela con violencia.

—No te he contado todo —dice Pol—, lo siento; no podía decírtelo.

La palma de la mano de Pol sigue esperando las llaves y a Gastón le hace recordar todas aquellas tardes en que iba a recogerlo a la escuela, a las cinco; la palma abierta de Pol para recibir la merienda y luego la otra tendida hacia Gastón para que hicieran el recorrido hasta el entrenamiento de fútbol o hasta la Plaza de las Mujeres Revolucionarias agarrados de la mano.

—Ahora vas a entenderlo todo —promete Pol.

Hay un brillo en su mirada que suponemos que debe ser el mismo que miles de escritores han descrito como un destello de locura, o aquello que se repite en la ficción paranoica: que no hay señal más evidente de lo sobrenatural que algo extraño en los ojos. Gastón no le entrega las llaves; se pone de pie, sin decir nada, y sube el sendero que conduce a la cancela, seguido por Pol. El regidor y Ender están al frente, también el antiguo profesor de la escuela de Pol, quien, aunque en teoría es el líder de la Sociedad, se mantiene en un segundo plano, como un hombre poderoso precedido por sus cancerberos.

Antes de que alcancen la verja, Pol sale del sendero y lo observamos dirigirse a la camioneta de reparto. Abre la puerta del copiloto, saca la mochila cilíndrica, se la cuelga al hombro y reanuda la marcha hacia la entrada. Se aproxima a Gastón y desengancha el aro con las llaves del cintillo de su pantalón. Los contactados se han calmado ante la visión de Pol, que revisa el manajo para identificar la llave correcta. Quita el candado, entreabre la puerta y le dice a Gastón que se asegure de cerrar.

—Vamos —les ordena a los contactados.

Gastón los ve descender por el sendero hacia el algarrobo, dóciles, apaciguados, extáticos, como si hubieran salido de sí mismos; Ender, el regidor, la secretaria del consulado, el

empresario del yogurt y unos cuantos más que no abandonarán el anonimato en estas páginas; cargan palas, picos y azadones como si fueran peones contratados para la cosecha. Gastón se da prisa para poner el candado y corre a su encuentro (lo necesitamos allá abajo, no podemos quedarnos lejos justo ahora que estamos cerca de desentrañar el misterio).

Los contactados han comenzado a cavar hacia atrás del algarrobo, del otro lado de donde Gastón enterró a Gato; lo hacen de manera coordinada, sin haber recibido instrucciones, como si hubieran sido entrenados. El único que no cava es el líder, que se abraza a Pol antes de que ambos abran la mochila y extraigan un pequeño tanque metálico. Pol le dice a Gastón que se acerque con un movimiento de la cabeza; gira la tapadera del tanque, que ahora nos parece un termo, y una nube de humo helado asciende al cielo del huerto, aunque se evapora antes de tocar las ramas del árbol.

—Es nitrógeno líquido —explica Pol—, para conservar las semillas.

—¿Te las han dado ellos? —pregunta el líder, utilizando la lengua aborigen.

—En realidad tuve que tomarlas por mi cuenta —contesta Pol en la misma lengua.

De adentro del termo, Pol extrae un tubo de ensayo alargado en el que vemos una sustancia verdosa.

—Aquí va a empezar una nueva forma de vida —le dice a Gastón, volviendo a la lengua colonizadora—, este será el kilómetro cero de la colonia.

Pol le entrega el tubo de ensayo, helado, que le quema las yemas de los dedos. Gastón lo sopesa en su mano derecha, liviano, aunque indiscutiblemente real, por más que se suponga que en la ficción las cosas no pesan.

—¿Qué es? —pregunta Gastón.

—Bacterias alienígenas —dice Pol—, las sembraremos en un estanque —explica, señalando con las cejas hacia el lugar donde los contactados siguen cavando.

—Pol —empieza a decir Gastón.

—Podrían haberme creído —dice Pol—, tú y papá, no necesitábamos llegar a esto.

Pero ¿adónde hemos llegado?, ¿o a qué? Hemos llegado, desgraciadamente, a lo literal, a donde no deberíamos habernos permitido ni siquiera aproximarnos, porque ahora vamos a necesitar una explicación. ¿Qué hay en el tubo de ensayo? ¿Qué es esa sustancia verdosa? Gastón especula con qué habrá querido decir el hombre mayor con «material sensible» y, antes que creer en vida extraterrestre, está más inclinado a pensar en elementos químicos raros, en material radioactivo, en experimentos de genética, semillas transgénicas, organismos híbridos.

—No puedes hacer eso —dice Gastón—, podría ser peligroso.

—Lo verdaderamente peligroso —interrumpe el antiguo profesor— es la idea de que todo lo que viene de afuera, lo alienígena, es una amenaza que hay que erradicar. ¿Sabes cómo se llama eso?

Gastón no dice nada, porque espera una respuesta de Pol, no un discurso del antiguo profesor.

—Fascismo universal —dice el antiguo profesor, contestando a su propia pregunta—. La fantasía de que hay que proteger una supuesta pureza, un orden original, primigenio, salvaguardar las esencias, las tradiciones, un pasado mejor, ¿tú de qué lado estás?

Pol se aproxima y pone las dos manos encima de los hombros de Gastón.

—Ahora me crees, ¿verdad?

Gastón le da una palmada en la mejilla, le devuelve el tubo de ensayo y se va caminando hacia

la caseta de herramientas.

76

«Llegué», leemos en la pantalla del teléfono de Gastón, en la aplicación de mensajería instantánea. «Solo tardaste dos días», teclea Gastón, «¿te fuiste nadando?, ¿dónde te habías metido?» «¿Tienes celos?», contesta Max. «Esto no va a funcionar», escribe Gastón, «será mejor que terminemos.» «¿Hay otra persona?», leemos el mensaje de Max, «¿la adormecedora?» «¿Estás mejor?», contesta Gastón.

Max envía una secuencia de emoticonos iguales, de caras que lloran de risa.

Entra al restaurante porque la persiana está levantada y las puertas abiertas de par en par, como si lo estuvieran ventilando. Adentro, el nororiental y su hermano están lijando la madera de la barra; le han quitado los pimientos que la decoraban y poco a poco la superficie va perdiendo la pintura verde. Gastón los saluda y Niko le dice algo a su hermano en una lengua que no comprendemos, aunque no es difícil imaginar que lo esté poniendo en antecedentes, explicándole de quién se trata.

En el umbral del comedor aparece Varya. Tiene los pimientos de madera en las manos, con los que entendemos que ha estado jugando, y se acerca arrastrando los pies, luchando contra su timidez, hasta el lugar donde está de pie Gastón. Le dice algo a su padre.

—Quiere saber dónde está el perro —traduce el nororiental, sin dejar de pulir la superficie de la barra con la lija.

Gastón titubea un instante, al elegir las palabras que va a usar, pero luego se da cuenta de que será el padre quien deba decidir cómo darle la noticia a la niña. Dice, simplemente, que Gato ha muerto. El nororiental interrumpe sus movimientos, mira a Gastón, y tarda mucho más de lo que debería si le hubiera transmitido la misma información a su hija. Lo que sea que le haya dicho funciona, porque Varya reacciona con indiferencia.

—¿Puedo llevarla a tomar un helado? —pregunta Gastón.

Niko cumple su función de intérprete. La niña sonrío y dice que sí con la cabeza.